

MAURICE BARDECHE

El huevo de Colón

(Carta a un senador de Estados Unidos)



EDITORIAL DE AUTORES, S. R. L.
BUENOS AIRES

Título del original:
L'OEUF DE COLOMB

Traducción del francés:
J. A. OSORIO LIZARASO

NOTA DEL TRADUCTOR

Un lenguaje fuerte y vigoroso, a veces áspero con la aspereza de los latigazos, caracteriza el libro de Maurice Bardèche cuya traducción emprendemos en seguida. Ausente de todo preciosismo literario, el autor ha querido presentar un cuadro tremendo de realidades crudas y objetivas. No ha pretendido hacer una obra literaria para diversión de puristas o para satisfacción de poetas, sino trazar un recio programa para el porvenir sobre los terribles hechos contemporáneos, y gritar, tan fuerte como le sea posible, su voz de alarma frente al peligro que gravita sobre la civilización y sobre la vida en Europa.

Este ha sido su propósito: y para llevarlo a cabo no le importa repetir una vez y otra una idea o una frase. Lo que le interesa es fijar la atención, presentar su panorama mortal, denunciar las ciénagas pestilentes, trazar las obras de sanificación moral indispensables, y presentar un cuadro de posibilidades efectivas. Nada de fantasías ni de lirismos. Y estas repeticiones, esta insistencia intencionada, que para un crítico de estilos podría parecer fatigosa, adquiere, así considerada, un valor y una consistencia arrogantes y combativas. La más poderosa evocación de la lucha, de la disciplina, de la marcha ordenada y uniforme que conduce a las victorias, está en los instrumentos de percusión, que despiertan ímpetus incommensurables.

Como traductor, he tratado de sostener este estilo tajante y vigoroso, y no he pretendido enmendar, aprovechando la riqueza y la exuberancia de nuestro idioma, la fuerza insistente con que el autor golpea sobre la inteligencia y sobre la sensibilidad del lector. Porque éste no es un libro de primores literarios, sino un gran grito de alerta a los pueblos intoxicados por el engaño y por la insidiosa de pérpidos consejeros inspirados en una política de odio y de represalias, de la cual sólo podrá salir la muerte.

J. A. O. L.

CAPITULO I

EL HUEVO RUEDA

Señor senador:

Usted me ha solicitado un informe: helo aquí. Es brutal. Pero prefiero hablarle así. En él encontrará un análisis, el de la situación presente de usted. Y encontrará también una solución. No sé si el análisis le parecerá justo y la solución realizable. Pero usted me ha preguntado lo que pienso y yo se lo expongo con sinceridad y sin lisonja. Así fué como hizo Cristóbal Colón con su huevo: el huevo se cae y yo le digo por qué; después le muestro que se puede mantener en equilibrio y le explico cómo. Y después de esto a usted le corresponde juzgar.

“Hemos matado al perverso cerdo”, declaraba un día Churchill. Esta frase lo resume todo. ¡Cómo era de hermosa la Europa de 1939! ¡Cómo estábamos de seguros del porvenir! ¿Quién no quisiera volver hacia atrás, al tiempo en que aún había polacos?

No se puede volver hacia atrás. Nunca puede volverse hacia atrás. No volverá a haber jamás polacos. Pero puede existir otra cosa. Los muertos que no se levantan más pueden ser reemplazados por los vivos. Las voluntades que ustedes han herido locamente y que ahora se han dispersado como las gemas de un collar roto, pueden volver a reunirse en torno de una nueva idea. Sobre las defensas destruidas puede surgir un muro de acero. Pero es necesario comprender, señor senador, lo que ustedes han hecho, o más bien, lo que ustedes han obligado a hacer. No basta comprender sus errores estratégicos y políticos; es necesario que comprendan también sus errores fundamentales, y sobre todo la causa de sus errores. Es preciso que ustedes reconozcan *quién* los ha conducido y *a dónde* los ha llevado. No basta denunciar el mal sino que es necesario desenmascarar el espíritu del mal. Porque ustedes se asemejan hoy a un alcohólico que pretendiera curarse bebiendo más *whisky*: ustedes quieren reparar los defectos de su política manteniendo los principios de esa política.

Este libro tiene por objeto mostrar, en primer término, esa con-

tradición esencial y sus consecuencias. También tiene por objeto enseñarles que existe otra ruta. No es la ruta del pasado, sino la de un mundo nuevo. Es la ruta que adivinan confusamente hoy millones de hombres en Europa, la salud y la salvación que imploran confusamente millones de voces hasta ahora silenciosas. Y es bueno que ustedes oigan esas voces.

**

“Ustedes mataron al perverso cerdo”. Esta frase no se explica lo suficiente. Voy a demostrarle que ustedes no han terminado de matar al perverso cerdo y que tienen que matarlo aún todos los días.

Esta será, si le parece, la primera parte de mi razonamiento.

Y desde luego, comencemos por una mirada hacia atrás. Veamos, desde luego, por qué la Europa de 1939, que nos parece ahora, por comparación, una Europa sólida, una Europa granítica, era así.

La contención del comunismo realizada entonces era en primer lugar estratégica y en segundo, y al mismo tiempo, política.

Menciono solamente de memoria el aspecto estratégico de esta situación. La existencia de grandes ejércitos modernos capaces de contener a las hordas rojas y por lo mismo de hacer químérica toda política de expansión fundada sobre la intervención del ejército rojo, es un elemento tan evidente de equilibrio europeo que no vale la pena de ser explicado. Son las consecuencias políticas de esta situación las que los compatriotas de usted parecen no comprender exactamente. En otros términos, es sobre las condiciones políticas del equilibrio europeo de 1939 sobre lo que yo quisiera razonar con usted.

La primera consecuencia política de esa contención estratégica es que el comunismo, por decirlo así, había *aceptado* esta situación y que en consecuencia en ese momento abdicó, o a lo menos pareció abdicar, del sueño mundial de Lenín. Al proclamar la doctrina del “socialismo en un solo país”, Stalin sentaba el acta de este fracaso. Se encerraba en sus fronteras. Admitía que su reino no sería sino un reino de consolidación. Le quitaba al comunismo su carácter religioso: porque una religión que se contenta con una área geográfica deja de ser una religión, puesto que renuncia a la universalidad. ¿Qué significaría el “cristianismo en un solo país” sino el fin del cristianismo?

Solamente hoy podemos comprender toda la importancia de esta victoria de la vitalidad europea. Antes de la guerra no apreciábamos sino las ventajas estratégicas de esta situación. No habíamos visto el gran significado capital de que la Rusia soviética hubiera quedado

reducida a ser “un Estado como los otros”. Enfrente del imperio formidable que se esparce actualmente en todas direcciones por encima de sus fronteras, aquella situación nos parece a la distancia sólida y casi tranquilizadora. ¡Y cómo es de rica en enseñanzas! En tales circunstancias la Rusia soviética podía ser contenida. Podía llegar a ser un imperio, ciertamente interesado en la expansión del comunismo, en cuanto éste implicaba la expansión de su influencia, pero quedaba obligada a conducirse como imperio, esto es, a someterse poco a poco a las leyes políticas de todos los nacionalismos.

La segunda consecuencia *política*, o más bien la segunda circunstancia política que acompañó esta acción colectiva de contención del comunismo fué el nacimiento de una ideología.

Lo que constituía el dique no era solamente la fuerza militar, porque un ejército no es otra cosa que un ejército, y el rojo era también un excelente organismo, sino sobre todo la voluntad colectiva de esos pueblos enfrentados en su totalidad contra el bolchevismo. Los cañones son necesarios, pero la voluntad es aún más necesaria que los cañones: los cañones no son nada sin la voluntad y la fe. Ahora bien, los bastiones de Europa eran justamente las fortalezas de la voluntad y de la fe. Cualquiera sea el juicio que se exprese sobre los regímenes que se colocaron a la vanguardia del combate antibolchevique, es necesario reconocer que no solamente supieron eliminar el comunismo en sus pueblos, sino animar a éstos con una profunda y durable convicción anticomunista. Este bloque anticomunista, esta voluntad de resistencia y de combate que ustedes buscan en vano hoy, fueron suscitados por aquellos regímenes desde el primer momento y mantenidos sin desfallecimiento. La sola policía no explica eso. Un pueblo se calla y se somete bajo una policía fuerte, pero no va gustosamente a combatir. Ahora bien, los hombres que montaban la guardia sobre la adormecida Europa se batieron como héroes. Encontraron ante sí combatientes fanáticos, admirables soldados, embriagados como ellos de su verdad, y no fueron desiguales en ese combate, y no sucumbieron sino por el número y la traición. El genio de nuestros viejos países de Occidente había sabido oponer a la mística comunista una mística igualmente fuerte. Del vientre fecundo de la vieja Europa, madre de las leyes y de las naciones, había surgido una nueva fe. No era que un sistema se elaboraba contra otro sistema, sino que nuestra tierra y nuestra sangre volvían a encontrarse repentinamente. No era nada abstracto, sino eran hombres que se acordaban. Eran toda nuestra fuerza y todo nuestro pasado, desde muy lejos en el tiempo, los elementos que les hacían encontrar las palabras capaces de despertar a los pueblos contra el

desbordamiento de Asia. El racismo de algunos no fué sino una exageración sistemática de ese ímpetu vital. En realidad, era que la raza blanca de Occidente se enfrentaba a las invasiones asiáticas y buscaba en su genio mismo, en su sangre, en su pasado, el grito de guerra que podía concentrar a todos sus pueblos. Su anticomunismo fué sólido porque era una esencia de sí misma y la fidelidad a esta esencia.

Tales fueron los dos caracteres políticos que acompañaron la detención de la expansión comunista en Europa. El equilibrio visible de las fuerzas estratégicas estaba sostenido por el equilibrio invisible de las fuerzas ideológicas. Y era este segundo equilibrio, el de las fuerzas que no se ven, el que daba sentido y solidez al otro, al equilibrio de las fuerzas que pueden contarse.

Yo no tengo sino una cosa que decirle al respecto, señor senador: debo recordar cómo se hizo todo esto. No fueron diplomáticos, ni generales, ni banqueros los que se colocaron a la cabeza de esos movimientos populares. Esta reacción defensiva nació por todas partes del instinto nacional. Ante el desorden, la anarquía, el miedo, la corrupción de la burguesía, ante la timidez del poder, fué el pueblo mismo quien reaccionó. La unión se hizo alrededor de un hombre, de un grupo, de una idea, pero siempre de la misma manera. Fué el país mismo el que se levantó espontáneamente, y no una clase o una liga de intereses: eran las fuerzas nacionales las que, en cada país, cristalizaban de repente y formaban un bloque. Siempre, cuándo un país se ha sentido amenazado, su instinto vital ha impuesto la unión necesaria. Todo ocurrió a la manera brutal e inmediata como se opera una reacción química. Cuanto era nacional reaccionó casi materialmente, como la limadura de hierro reacciona ante el imán. La repugnancia contra el comunismo fué un reflejo. Cuanto era nacional se encontró de súbito en el mismo campo. En todos los países de Europa las fuerzas nacionales se designaron inmediata e instintivamente como las fuerzas anticomunistas por excelencia. Y la yuxtaposición de las fuerzas nacionales de Europa formó el frente antibolchevique, la barrera que se formó espontáneamente y que en aquel momento nos protegía a todos.

Tal es la lección de nuestra reciente historia, señor senador. Tal fué el obstáculo que el comunismo encontró en su camino y que no pudo franquear, y ante el cual el ejército rojo se disolvió y la expansión se hizo imposible.

De esta suerte pudo ser cierto en aquella época lo que dice hoy Stalin: el régimen soviético podía existir al lado de regímenes de otro tipo, y hacerlo sin guerra y sin catástrofe, pero con la condición de

que aquella barrera ideológica y militar existiera, que obligara a la Rusia soviética, por el solo hecho de su existencia, a convertirse en "un Estado como los otros", y que fuera, en suma, la garantía de su prudencia y de su renunciamiento.

Este es el primer punto que yo quería recordarle, señor senador.

Lo que precede no es sino una introducción, un recuerdo que era necesario. Lo que me interesa es otra cosa. Es el punto siguiente: ¿cómo llegó el comunismo a derribar este obstáculo? ¿Qué fué lo que inventó para introducirse en Europa a pesar de esta barrera? ¿Cuál es, en suma, la figura que toma el comunismo cuando quiere camuflarse? ¿Cuáles son sus métodos, sus apoyos y sus cómplices? Cuando usted haya comprendido esto, señor senador, habrá comprendido también por qué la actual política de su país en Europa es ineficaz y habrá comprendido finalmente que ustedes continúan matando el perverso cerdo.

El dique europeo era una especie de buleva fortificado, una muralla exterior en arco de círculo que comprendía Alemania, Polonia, Hungría, Rumanía, Bulgaria, Italia y España. En el interior de este arco existían zonas débiles donde la acción comunista era posible. Pero estas zonas débiles no estaban totalmente desamparadas, porque estaban cubiertas y protegidas por el cinturón anticomunista. La disposición geográfica hacía imposible el empleo del procedimiento clásico, *putsch* comunista local apoyado por la intervención del ejército rojo. Los partidos comunistas de las zonas débiles se encontraban, pues, en la imposibilidad de tomar el poder. Era necesario inventar otra cosa.

Fué aquí donde la técnica comunista vino a ser muy interesante. Al no poder intervenir directamente, el Kremlin buscó un medio de saltar por encima de las fronteras, de hallarse presente sin haberse trasladado, de estar en el gobierno sin verse obligado a apoderarse del poder y para ello inventó el *antifascismo*. Este invento genial no ha sido apreciado como conviene. Es el alma de la política moderna. Ha renovado los métodos de la política, de la misma manera que la aparición de la artillería cambió los de la guerra. Le permitió al partido comunista hacerse omnipotente permaneciendo en minoría, conducir los asuntos de un Estado sin necesidad de mostrarse jamás, imponer la política de Rusia por dóciles instrumentos *que no son comunistas* y que con frecuencia se dicen anticomunistas, en fin, obtener de la tontería y de la credulidad de los hombres, lo mismo que de sus pasiones, lo que no podía conseguir por la fuerza. La infiltración por el *antifascismo* ha sido el arma política más poderosa de los comunistas durante esta guerra y después de ella entre ustedes,

en América, señor senador, tanto como en Europa. El antifascismo es el arma política moderna por excelencia del comunismo. Es el arma que sirve más eficazmente contra ustedes en este momento y es la que servirá para apuñalarlos por la espalda en caso de guerra. Y por esta razón es indispensable que ustedes comprendan en qué consiste el antifascismo. Trataré de demostrarlo parte por parte, como un fusil o como un lanzabombas. Y usted verá entonces que el error esencial de su política en Europa ha sido el de considerar que solamente los comunistas declarados eran sus enemigos, cuando en realidad, los verdaderos y los más útiles servidores de la política del Kremlin son con frecuencia hombres que no son comunistas, que verbalmente combaten el comunismo, que se dicen aliados de ustedes, que les piden dinero y que, en realidad, se apoderan de todas las posiciones y cumplen todos los actos que responden mejor a los designios secretos de Moscú.

¿Qué es el antifascismo? Hasta cuando éste surgió los partidos combatían bajo su propia bandera: los comunistas como comunistas, los socialistas como socialistas, los católicos como católicos. El Kremlin comprendió que en tales condiciones y encontrándose en todas partes en minoría, el comunismo no podría alcanzar el poder. Era necesario, pues, cambiar todo esto, dejar de combatir a cara descubierta, seguir luchando con máscara. ¿Pero cómo podría hacerlo? Fué aquí donde el comunismo, con una brillante maniobra, se apoyó sobre las fuerzas de resistencia contra el comunismo para asegurar su penetración. Fué bien simple: puesto que se le impedía poner fuego a Europa, se pondría a pedir socorro, a llamar a las gentes sensibles, a gemir y a retorcerse las manos y a reclamar en nombre de la libertad el derecho de pasearse con antorchas. No se habló de programa. No se habló de comunismo. Era la humanidad entera la que se sentía amenazada. Había un monstruo: allá, sobre la frontera de la pobre Santa Rusia, sus cohortes formidables no permitían la realización de mitines comunistas y contra él se llamaba al ejército rojo liberador. Había un monstruo: nos amenazaba a todos; no solamente a los comunistas, sino a todos los hombres, a todos los que pretendieran tener mitines y contra él se llamaba a cualquiera liberador. Había un monstruo: era necesario forjar una cadena contra él, olvidar que se era burgués, católico, sindicalista o nacional; había que realizar y sostener la *unidad de acción* contra él. Los comunistas se mostraban dispuestos a todo para conseguir esta unidad de acción, no hablaban más del comunismo, iban a olvidar que existía una república soviética, abandonarían todos sus ensueños y no pensarían en otra cosa que en la pobre humanidad amenazada.

Desde entonces no hubo para nadie necesidad de decir *qué* era; bastaba estar *contra* ese monstruo. Se le pintó con los colores más atroces. Se le llamó la tiranía. El monstruo, ingenuo, mostraba sus haces: se le llamó el crimen. Familias llorosas vinieron a decir que habían sido despojadas: se le llamó la injusticia. Todo lo que hizo fué calificado como delincuencia y desgraciadamente, como en todas las cosas humanas, había en lo que hizo errores que no eran difíciles de explotar.

Por el solo hecho de que alguien se pronunciara contra esta pretendida tiranía, se le consideraba defensor de la libertad. Los hombres no seguían siendo considerados comunistas, socialistas, católicos, sino que desde entonces formaban parte de un *frente común* de la libertad. El régimen stalinista llenaba las prisiones e imponía un implacable terror: pero los comunistas estaban contra el fascismo y por consiguiente luchaban por la libertad. Los adversarios de Stalin eran deportados por millones y el hambre despoblaba provincias enteras: pero los comunistas estaban contra el fascismo y por lo tanto estaban por el pan del obrero. Rusia no pensaba sino en fabricar cañones y tanques, pero los comunistas no veían sino los cañones y los tanques que podían oponerse un día a la potencia soviética y de los cuales pedían la desaparición, porque estaban por la paz. “¿No está usted contra el fascismo?”, decían los comunistas a los católicos y a los socialistas. “De consiguiente, ustedes están por la paz, por el pan, por la libertad”. Y felices de estar por la paz, por el pan y por la libertad, los católicos olvidaban que el régimen soviético había hecho desaparecer el catolicismo y los socialistas fingían creer que el régimen de Stalin era una democracia. Así, de la misma manera que en las batallas navales una nube de humo disimula los acorazados, una pantalla de palabras cubrió nuestra vida política. Se concluyeron dentro de esa confusión alianzas contra la naturaleza. Los católicos despreciaban tranquilamente la cruz, y los demócratas se burlaban del sufragio universal. Todo estaba permitido, todo era santo, puesto que era contra el fascismo. Se fabricaba el perverso cerdo y se le entregaba para que fuera golpeado. ¿Y quién aprovechaba de todo esto? El ejército rojo.

Este admirable camuflaje contiene más de una lección. Usted volverá a encontrar en él imposturas que conoce y que durante algún tiempo formaron parte de su propia historia. La impostura esencial fué ésta: los comunistas se disfrazaban de neutrales, de neutrales inquietos, desolados, espantados, ante la idea de que algunos países no reconocieran el derecho de huelga y la legitimidad de los partidos comunistas. Este disfraz no les costaba gran cosa, porque no abju-

raban de su fe comunista, pero tuvo para ellos consecuencias muy útiles.

Desde luego, cesó de temerse a los comunistas. Dejaron de ser militantes feroces que prometían una disciplina de acero, comisarios políticos despiadados, tribunales del pueblo, el terror, los pelotones de ejecución. Todos se habían equivocado sobre ellos. *Eran hombres como los otros.* Se olvidó su programa, se olvidaron los ejemplos que de su conducta habían ofrecido en el pasado. No siguieron siendo terribles arcángeles. Saint-Just fué puesto entre los accesorios y se salió del busto de Jaurès. Nada de dictadura del proletariado, nada de revolución sangrienta, nada de ninguna de esas viles acusaciones. Se tendieron los brazos a los grandes hermanos enérgicos que venían al fin a batirse al lado de gentes honradas por la libertad, de la cual eran valientes neófitos, y también, como estaba en su derecho, por el progreso.

Desde entonces un tierno rosicler ciñó las frentes sonrosadas. Este fué el primer color del antifascismo, que no era, en realidad, sino el reflejo de su vocación sangrienta. Se combatía, no sólo por la libertad, sino por el progreso. Se quería libertar a las masas obreras, electrificar las granjas, construir viviendas, desmontar usinas y nacionalizarlas, despejar y construir, abatir los monopolios y darle a cada obrero metalúrgico su pequeño automóvil, sus vacaciones pagas y una semana de cuarenta horas. Muchas gentes podían estar de acuerdo con este programa, que, por una especie de encantamiento, quedó ligado al antifascismo. Era en vano que se hiciera notar que era Mussolini quien construía, que los "volkswagen" se fabricaban en Wiesbaden y que los obreros alemanes tenían grandes ventajas. Tales observaciones se consideraban grandes impertinencias contra el progreso. No había sino una represa en el mundo, y era la del Dnieper. No había sino una juventud alegre y era la de los komsohmos. No se construía realmente sino en la república de los Kirghizes, y los "volkswagen" no podían aclimatarse en Francia sino bajo un ministerio presidido por León Blum. Por lo demás, nada que fuera específicamente comunista. El antifascismo se cuidaba mucho de incorporar en su programa la constitución de soviets de obreros y de soldados, la repartición de las tierras y la hegemonía del partido único. Se limitaba a dar una dirección de pensamiento. No le exigía a nadie otra cosa que mirar a la Rusia comunista como un bello y lejano modelo, como una patria ideal, como una especie de paraíso y jardín que merecía ser considerado con amor. Este era el sentido del progresismo. Lo que se reivindicaba tenía poca importancia y eso se sabía. Lo que se reivindicaba generalmente había sido ya realizado

en los países llamados fascistas y eso también se sabía. No se pedía a los adeptos sino confesar una sola afirmación, pero ésta era esencial: que el progreso humano culminaba en el régimen de la Rusia soviética y que todo lo que fuera en esta dirección se llamaba dicha, gozo y paz, aun cuando fuera en realidad la miseria y los disparos de cañón, en tanto que todo lo que alejara de la Rusia soviética, todo lo que le fuera hostil, era el imperio del mal.

Alcanzado este punto, la noción del progreso se hizo como una mancha de aceite y el mundo quedó desde entonces polarizado. No había sino dos vías para elegir: la una conducía a la salvación y la otra a la perdición. El antifascismo no era solamente la defensa de la libertad sino que llegó a ser una religión. Todos éramos como vírgenes con las lámparas encendidas. ¡Desdichado de aquel que no encendiera la suya en las antorchas del Oriente! Se estableció así que la mezcla de la libertad, del progresismo y del socialismo produce efectos maravillosos e imprevisibles. Se podía ser a la vez partidario de la libertad, del progreso y de las reformas sociales y ser, sin embargo, un enemigo del antifascismo. Todo residía en cierta disposición de los corazones o más bien en una marca original que hacían nacer a cada cual antifascista o inadaptable. Las cosas más indiferentes en apariencia se clasificaban en un campo o en otro. Un obrero sindicalizado podía ser un bruto fascista mientras que un millonario podía ser un antifascista indiscutible. Amar la pintura de Picasso era una profesión de fe antifascista. Amar el cine soviético no era una suficiente profesión de fe. Leer a André Gide fué durante largo tiempo una prueba de progresismo, pero un día se convirtió en una señal de fascismo. Había elegidos. Forzosamente un negro era antifascista, lo mismo que un judío. Por el contrario, un árabe podía ser fascista. También había malditos. Un oficial de Saint-Cyr era evidentemente un negrero y un oficial de marina era más odioso aún. En general, un antiguo combatiente era siempre sospechoso. El amor libre era esencialmente progresista y antifascista. Por el contrario, era un acto ridículo tener hijos. Un militar de aquel tiempo que se llamaba coronel de La Roque y que murió más tarde en el exilio, reunía sobre sí todos los signos de la bestia. No cesaba de hablar de la familia, del trabajo y de la patria, palabras que tenían entonces una resonancia poco progresista y de las cuales se debía descubrir más tarde que estaban cargadas de un intolerable significado esclavizante. Eran las palabras mismas lo que hería más profundamente la epidermis antifascista. El antifascismo conjugaba fuerzas que habíamos visto trabajando desde hacía mucho tiempo. El amor a la tierra, el amor a los hijos, el amor al trabajo, todas las cualidades campesinas,

todas esas cualidades carnales de la raza francesa, y no sólo de la raza francesa sino de todos los pueblos de occidente, eran el enemigo que debía destruirse. No era suficiente hablar de libertad y de progreso, sino que era necesario matar en nosotros los reflejos de la raza, los reflejos de la vida. Era necesario matar la vida en nosotros para que no estuviéramos expuestos a descubrir un día lo que eran la verdadera libertad y la alegría. Esta raza nuestra, compréndalo, señor senador, tiene la vida dura y algunas veces se despierta brutalmente. Era necesario impedir ese despertar. De allí provenían las naturalizaciones en masa de ghettos enteros, el embrutecimiento por los periódicos y la radio, la pornografía, la publicidad, la idolatría del rico, la adoración del oropel, la beatificación del boxeador y de la danzarina desnuda, toda esa feria que esparce el polvo y el papel de Armenia y en la cual una generación dopada se pasea dócilmente, ensordecida por los tocadiscos y las orquestas de los picaderos, sobresaltándose ante los petardos, embobándose frente a las sirenas y los monstruos, con la boca seca, el ojo tierno, dando vueltas sin detenerse en esta kermesse sin diversión, en este tropel sin objeto, soñando vagamente en el eterno domingo repugnante que sería toda su vida. El antifascismo era eso. Al principio tenía la palabra libertad, pero después tuvo una línea; era necesario querer el progreso, tender hacia el progreso. Tenía, en fin, una imagen de la vida y era necesario adorar esta feria, seguir esa multitud, pisotear detrás del pisoteamiento general.

Lo primero que se había expresado era la necesidad de defenderte contra el fascismo. Esta consigna negativa no era sino un marco. Poco a poco fué llenándose ese marco, que había acabado por contener *todo lo que era necesario al fascismo*. Y como el fascismo era esencialmente la defensa de una nación contra la infiltración bolchevique, el antifascismo había exaltado e impuesto todo lo que era contrario a este instinto de conservación. En la medida en que el fascismo era la salud y la fuerza, el antifascismo era lo contrario de la salud y de la fuerza. Ciertamente, el antifascismo no era el comunismo soviético, porque existen salud y fuerza en el comunismo puro. El antifascismo era el caballo de Troya. No tenía sino un objeto, y era el de perpetuar la existencia de las zonas débiles. No tenía por finalidad llevar al poder un régimen comunista, sino mantener a las naciones en un estado de impotencia contra la infiltración comunista. Su misión era la de corromper las naciones. Es por esta causa por la cual se apoderaba de la sangre, del alma, de la voluntad nacionales. Debía debilitar a las naciones y logró hacerlo. Esta Europa que lo espanta hoy, señor senador, es la Europa antifascista por fin realizada.

Era esto lo que se quería. La descomposición de Europa asegura

el porvenir. El comunismo tiene necesidad antes que todo de esta descomposición original. No se apodera de la noche al día sino de las naciones que han acabado por convertirse en una especie de terrenos baldíos, invadidos por las ortigas, llenos de basura. Pero los resultados inmediatos de la infiltración comunista no eran para ser desdeñados. Políticamente la situación de los partidos comunistas se había transformado. En lugar de ser partidos revolucionarios de minoría, obligados a sostener un programa de inversión del orden social, condenados a la impotencia o al *putsch* sin esperanza, llegaban a ser partidos de gobierno, suministraban ministros, colocaban sus agentes, reclutaban miembros entre los generales y los altos funcionarios. El *fellow-traveller*, que no existió mientras el partido comunista no se conducía sino en la clandestinidad, pululó cuando se comprendió que podía distribuir galones. ¿Quién resistiría al placer de ser a la vez un partidario de la libertad, de la paz, de la dicha del pueblo y al mismo tiempo un candidato bien colocado sobre el cuadro de ascensos? A partir de este día hubo en todos los países de Europa una quinta columna comunista, una multitud de simpatizantes no declarados, estimulados por todas las complicidades. Estratégicamente el dique de las fuerzas nacionales había sido derribado. El caballo de Troya estaba dentro de la plaza. Las fuerzas de protección anticomunista tenían detrás de ellas una especie de segundo frente político, y eventualmente militar, con el cual les era preciso contar. Desde antes de la guerra esto trajo consigo una distribución de las fuerzas ya favorable al dispositivo del ejército rojo. Y finalmente toda la conducción de la guerra por Hitler se explica por la necesidad de desembarazarse de este segundo frente antes de abordar al enemigo principal. Así, sin haber arriesgado un solo soldado, por un simple dispositivo político, el comando soviético intervenía en la conducción de las operaciones militares. ¿No le sugiere esto nada, señor senador? Cuando se analiza correctamente el pasado, ¿no encuentra usted que éste ilumina singularmente el presente?

Finalmente, desde otro punto de vista, se tuvo éxito en engañar la opinión. El "perverso cerdo" había obtenido un resultado cuya extensión debe usted ver hoy claramente: había realizado la unanimidad del mundo obrero contra el comunismo. Se dice hoy que esto no es cierto. Pero son los comunistas o sus agentes quienes lo dicen, porque basta este recuerdo para exasperarlos. Saben que si todos se pusieran de acuerdo para ese resultado, el fin del comunismo se aproximaría. Ahora bien, la unidad obrera nacional fué perfectamente realizada contra el comunismo en Alemania y en Italia. No por la fuerza sino, desde el principio, por la adhesión de los medios obreros.

El obrero alemán, y esto resulta, por lo menos, de las revelaciones que nos hacen hoy los diarios más favorables a las tesis de usted, era más feliz bajo Hitler que el obrero ruso bajo Stalin. El obrero alemán era libre, estaba bien pagado, podía ser escuchado en el Partido, estaba protegido contra la arbitrariedad capitalista, sabía por qué trabajaba y trabajaba con gusto. Si se cree en la propaganda de ustedes, ¿ocurre lo mismo en Rusia? ¿Y no estarían ustedes felices de ver en Europa, en lugar de nuestros millones de voces obreras comunistas, a regímenes respaldados por la aclamación espontánea de las masas obreras, como lo fué por un golpe de estado militar esa república de la América del Sur que ustedes describen gravemente como una dictadura antiobrera? Es tiempo de hablar objetivamente sobre Alemania y sobre Italia. No ser capaces de esta objetividad es infantilismo y debilidad. Ahora bien, es necesario reconocerlo, las fuerzas nacionales anticomunistas eran al mismo tiempo fuerzas obreras anticomunistas. Fueron los generales quienes traicionaron a Hitler y a Mussolini: no fueron los obreros. Nunca hubo "resistencia" en Alemania ni en Italia, y era porque el pueblo no experimentó nunca, sin duda, la necesidad de *resistir* contra el régimen. ¿No debería bastar esto para hacernos reflexionar?

Ese *verdadero socialismo*, ese terrible ejemplo que mataba el ideal comunista por su sola existencia, era lo que debía destruirse a toda costa. Y era eso lo que el *frente común* organizado por los partidos comunistas debía destruir. En nombre de la libertad nuestros sindicalistas encadenados explicaron que el obrero alemán no era libre. En nombre del pan cotidiano, nuestros obreros, hoy desnutridos y subalimentados, proclamaron que el obrero alemán no comía. Y en nombre de la paz nuestros regímenes de comerciantes en cañones acusaban al régimen alemán de fabricar cañones y tanques destinados a proteger la libertad del obrero alemán, protegiendo con el mismo hecho la nuestra. El falso socialismo acusó al verdadero socialismo. La neblina de las palabras se levantó contra las realidades. Y el partido comunista puso entre las manos de nuestros obreros los carteles en que les ofrecían a los obreros alemanes, perfectamente satisfechos de su suerte, los bienes que la democracia promete siempre y que nunca es capaz de asegurar.

Recuerde usted, señor senador, cuál fué nuestra historia antes de esta guerra. Ocultos bajo su careta, los agentes comunistas lo alcanzaron todo. Tenían una opción sobre las palabras: esto basta a los imbéciles. Se desgañitaban las gentes que los seguían, sin ver que se estaba combatiendo precisamente lo que se pedía con los grandes gritos. En ninguna parte fué esto más claro que en la guerra de España.

Los católicos se golpeaban la frente y se retorcían los brazos: era muy claro que los antifascistas violaban a las religiosas y asesinaban a los que pensaban bien, pero esto no quería decir nada: esto pasaría y no sería sino un mal momento. Era ciertamente a Franco a quien debía resistirse, puesto que el antifascismo se había pronunciado contra él. Y seguramente era la España de las brigadas internacionales, a pesar de sus suplicios y de sus cadáveres, la España de la paz, de la paz y de la libertad, puesto que así aparecía escrito en los carteles. Tal fué entonces el enceguecimiento europeo. Se vió claramente que los hechos no existían, que la realidad tampoco existía. Solamente existía el antifascismo: y el antifascismo era el principio y la legitimación de todos. El antifascismo era el verbo. Finalmente no se sabía a ciencia cierta lo que era el antifascismo. Sólo una cosa era segura: el antifascismo consistía en apoyar en todas las cosas y con los ojos cerrados los objetivos del Politburó.

El mundo, o a lo menos Europa, se dividió entonces en dos bloques que apenas han variado hasta hoy. De un lado se colocaron las gentes que llamaban las cosas por su nombre. Cuando se desterraban las monjas, pensaban que no se hacía bajo la inspiración del Espíritu Santo; cuando se ejecutaba a las gentes por centenares, pensaban que no se hacía por la paz; cuando se llenaban las prisiones, se negaban a denominar a eso la libertad. Estas gentes fueron llamadas *nacionalistas*, porque al defender el buen sentido, defendían también su propia nación. En el otro campo estaban quienes estimaban que la realidad es siempre trascendida por un objetivo superior no visible para el común de los fieles. Creían que cuando se violaba a las monjas se hacía al fin y al cabo para la mayor gloria de Cristo; que cuando se ejecutaba a las personas era únicamente para simplificar la reconciliación de los pueblos; y que si se llenaban las prisiones era para el triunfo de una noción superior de la libertad, la cual implica la permanencia de las prisiones, tribunales especiales y medidas de depuración. Los que se afiliaron en este lado tomaron el nombre de *patriotas*, en virtud de la gran ley onomástica que hace elegir siempre el nombre que significa lo contrario de lo que se es.

Tal era la situación de Europa antes de la segunda guerra mundial. Los estados de la zona fuerte, de la cintura anticomunista que circundaba a Europa, continuaban considerando al partido comunista como una asociación de agentes extranjeros. Cuando tales agentes penetraban en su territorio, una policía vigilante los albergaba en lugares reservados en todos los tiempos y en todas las naciones para los agitadores subvencionados por una potencia extranjera. Por lo demás, la Rusia soviética aparecía ante los ministros de esos países como

una nación semejante a cualquiera otra, inquietante solamente por su masa y por su producción, pero a la cual un régimen diferente no implicaba que debiera ser considerada forzosamente como un país enemigo.

Por el contrario, los países de la zona débil miraban con horror toda medida, cualquiera que fuese, contra los agentes del Kremlin. No era que fuesen insensibles a la ingerencia del extranjero: de buena gana encarcelaban a los agentes de esta ingerencia. Pero la Rusia soviética no les parecía un Estado como los otros. Era, para ellos, una especie de Estado modelo, cuya existencia los fascinaba. Expresaban su sentimiento diciendo que aquel era un país *progresista*. Segundo ellos, un país progresista tenía todos los derechos: el de espionar, el de controlar la movilización militar, el de poseer el plano del último cañón antiaéreo, el de señalar el deber de los ciudadanos en todas las circunstancias. Toda palabra que viniera de Moscú era considerada como la voz de una conciencia superior y desinteresada, como la emanación de un espíritu puro que no pensaba sino en el triunfo de Cristo y en la dicha de la humanidad. Gracias a esto todo le ha permitido al partido comunista, que tenía sobre los otros partidos el privilegio de estar iluminado por una claridad superior, por una inspiración venida de una segunda patria, a la cual se le concedía sin mucha dificultad la posibilidad de que fuera la primera y la única.

Este mecanismo intelectual no puede menos de maravillarnos. De un lado, "el perverso cerdo". Aquí todo es negro. Si el obrero está satisfecho es porque se ha embrutecido. Si el espía está en la cárcel es un atentado contra la persona humana. Si se fabrican cañones, es para preparar la guerra. Si se baila es por inconsciencia. Si se canta es por aturdirse. Si se aclama es por histeria. Si se obedece es por locura colectiva. Si hay orden, es la dictadura. Y si todo el mundo está contento es porque seguramente se ha intoxicado a toda la nación. De esta suerte, en esta cadena de naciones sanas todo es condenable. Pero en la zona débil todo es perfecto. La Rusia soviética es una gran nación amiga. Los progresos del comunismo no inquietan a nadie. Los soviets de obreros y de soldados son mirados como sindicatos de una naturaleza un poco especial que vendrán a intercalarse un día u otro entre los demás sindicatos o a superponerse a ellos, para satisfacción general. La dictadura del proletariado es tal vez un objetivo final al cual se llegará algún día con suavidad, simplemente en función del movimiento general que nos guía hacia un progreso indefinido. Todo está muy bien. El socialismo no es sino una etapa hacia una tarde de un rojo idílico. Y ciertamente, ¿no es una solución ideal la de ver a buenos e in-

ofensivos secretarios de sindicatos transformarse en buenos e inofensivos comisarios del pueblo, a incorruptibles periodistas judíos en incorruptibles depuradores, las iglesias en depósitos de forraje, y cada uno de nosotros en un engranaje consciente y silencioso de la más bella de las repúblicas soviéticas?

En esta forma ha sido la propaganda inspirada por los partidos comunistas desde antes de la guerra la que ha propuesto la división del mundo en dos bloques. Es ella la que les ha designado a ustedes el perverso cerdo. Es ella quien ha sindicado de maldición lo que llamaba el fascismo, después de que calificó como fascismo todo lo que significara una defensa contra el comunismo y finalmente todo lo que no fuera cómplice del comunismo. Ustedes viven, por lo tanto, y nosotros vivimos también, sobre una imagen del mundo que ha sido impuesta por el adversario. Tanto su pensamiento político como el nuestro están penetrados y totalmente inoculados del veneno que la propaganda soviética ha infiltrado. Ustedes han bebido las drogas de Medea. Ustedes se baten en un campo de batalla elegido y desbrozado por el adversario y marchan por él medio ciegos, titubeantes, con la cabeza pesada, vencidos de antemano y no encuentran a tiempo el aire puro.

Ustedes destruyeron a Europa, la sólida Europa de otros tiempos. En lugar del dique anticomunista no hay otra cosa que sus divisiones, sus frágiles divisiones. Pero ustedes no derrotaron, sino que, por el contrario, reforzaron el ejército secreto del comunismo, el que opera detrás de ustedes y contra ustedes, y que no se compone, como lo creen con simplicidad, solamente de los adherentes del partido comunista, sino de todos los que, bajo el pretexto de progresismo, trabajan, algunas veces inconscientemente, por el éxito final del comunismo. Ustedes marchan entre los traidores, pero no los ven. Es necesario que nosotros se lo digamos: en la guerra que se prepara, los Estados Unidos, a pesar de su potencia material, serán infaliblemente vencidos si no cambian radicalmente sus métodos.

Serán vencidos en el interior. Serán vencidos por la traición. Podrán hacer millares de tanques, pero los hombres que coloquen en esos tanques se pasarán al enemigo. Encontrarán secretos industriales, pero esos secretos industriales serán vendidos a los soviets. Proyectarán planes admirables, pero cada uno de esos planes será divulgado. Gastan ya millares de millones en propaganda y esas inversiones son desde ahora utilizadas contra ustedes.

Deben reconocer el auténtico rostro de sus enemigos. El verdadero enemigo no es solamente el comunismo, que se puede siempre desenmascarar y reducir a la impotencia. El verdadero enemigo es,

sobre todo y antes que todo, el instrumento que asegura el reinado del comunismo, el antifascismo mundial, multiforme, intangible, todo-poderoso, inflado por ustedes mismos, maquillado por ustedes mismos y cuidadosamente sostenido y alimentado por ustedes como el instrumento ineluctable de su derrota.

Ustedes comienzan a comprender todo esto después de que han tenido sus *fellow-travellers*. Ahora bien, estos *fellow-travellers* no son, como ustedes lo creen en los Estados Unidos, algunos centenares de intelectuales sospechosos sino que son millones: son todos sus amigos en Europa, todas las personas a quienes ustedes han sostenido y sostienen aún. Ustedes les han pagado y ellos los traicionarán. Los han traicionado ya. Y esto es lo que trataré de demostrarle ahora, señor senador.

**

Los acontecimientos más importantes de la *guerra fría* no son, como la prensa europea pretende hacérnoslo creer, el puente aéreo de Berlín y la guerra de Corea. Usted lo sabe mejor que yo, señor senador: son la cuestión Hiss, la cuestión Fuchs, la cuestión Pontecorvo. Gracias a estos individuos Rusia pudo avanzar por lo menos en tres años la construcción de sus armas atómicas y esta victoria es capital y gravita sobre cualquier guerra futura. Y gracias a ellos también, hemos descubierto, lo que es más grave, que los Estados Unidos son un coloso con los pies de arcilla y que su derrota es posible.

Ahora bien, ¿quiénes eran Hiss, Fuchs y Pontecorvo? No eran militantes comunistas, no eran agentes comunistas: eran *simpatizantes comunistas*. Obraron por un ideal. He aquí la revelación y el abismo. Porque hoy los Hiss, Fuchs y Pontecorvos son legión. Son esas legiones de idealistas que ustedes han desencadenado los que pueden cavar su tumba.

Porque los Hiss, Fuchs y Pontecorvos, a quienes ustedes desenmascararon con gran sorpresa y desconcierto cuando son agentes encargados de un acto de espionaje bien preciso e identificable, ¿cómo van a ser reconocidos cuando su traición es puramente política, impalpable, tendenciosa, cuando no se expresa sino por posiciones hábilmente disimuladas con alardes anticomunistas? ¿Cómo van a disimular sus innumerables encarnaciones? ¿Cómo esperan ustedes destruir o anular sus pretextos? Todos tienen buenas razones. Todos son defensores de la democracia. Ustedes les han concedido su confianza. ¿Y cómo no se la darían? ¿No los aclamaron a ustedes como

sus libertadores? ¿No pronuncian muy hábilmente las palabras que ustedes aman más? Pero mire usted sus actos. Los encontrará por todas partes sobre la ruta que le asegura a Rusia su superioridad en la guerra fría y están trabajando para darle mañana, si los métodos de ustedes no cambian, la dominación mundial. No son agentes pagados, sino agentes benévolos, frecuentemente inconscientes: esta variedad es la peor.

Ustedes han acabado por ver, con cinco años de retraso, lo que ellos vieron desde el primer momento, porque viven en Europa: que Alemania era la pieza capital en la partida que ustedes juegan contra el comunismo, que la unidad europea es ilusoria sin Alemania, que la defensa europea es imposible sin Alemania, y que cualquiera que se obstine en ignorarlo actúa contra Europa y por consiguiente a favor de los soviets. Este es el punto neurálgico, el punto esencial de la partida que ustedes juegan y que todos nosotros estamos jugando con ustedes en Europa. Y Alemania es una expresión que no designa especialmente aquí al gobierno de Adenauer, sino a todo el pueblo alemán. Es sobre esta cuestión sobre la que le pido que reflexione, señor senador. ¿Quién tiene interés en una Alemania humillada y desesperada? ¿Quién tiene interés en una Alemania desarmada? ¿Quién tiene interés en una Alemania desmantelada? ¿Quién tiene interés en una Alemania esclava? ¿Quién tiene interés, en fin, en que no haya más una Alemania? Respóndase usted mismo, señor senador, y sabrá entonces dónde están sus enemigos.

Nosotros no somos sus amigos, señor senador. Somos en primer término los amigos de nuestros pueblos, los amigos de nuestros propios países. Pensamos ante todo en el interés de nuestros pueblos, en la supervivencia de ellos, en su lucha y en su paz. Le explicaré más adelante todo esto. Pero justamente porque pensamos antes que todo en nuestros pueblos, nosotros, hombres arraigados en nuestros países de Europa, justamente a causa de eso, somos en realidad los verdaderos amigos de ustedes. No les tendemos la mano para pedirles limosna, ni somos de los que se inundan de contento ante la idea de llegar a convertirnos en una de sus colonias, ni somos tampoco, como esos señores, ni sus seguidores ni sus mayordomos. Es por esto por lo que se puede hablar con nosotros. Cuando los ponemos en guardia no es para prestarles a ustedes un servicio, sino para salvar nuestros propios países y al mismo tiempo el de ustedes. Es por esta causa por la que nuestros ofrecimientos son sinceros y útiles y por la cual ustedes deben escucharnos. Cuando nosotros les proponemos soluciones no es para adularlos ni para decirles las palabras que les

gustan. No es para que nos den una propina sino porque esas soluciones nos salvan y a ustedes con nosotros. No le hablaré, pues, señor senador, de la gran nación amiga ni me pondré la mano en el corazón, ni le recordaré a La Fayette. Pero le hablaré como un hombre le habla a otro. Y es en esta forma como somos, en realidad, sus verdaderos amigos.

Ahora bien, observe qué faltas les han hecho cometer a ustedes en Europa y quién se las ha hecho cometer. Y vea también qué obstáculos y qué contradicciones encuentran hoy, cuando sus ojos comienzan a despejarse, y quién se los opone. Son sus *fellow-travelers*, son los hombres que eran entre ustedes los cómplices ideológicos del comunismo y a quienes ustedes han estimulado con su desastrosa política de postguerra en Alemania. Son los mismos hombres, pero esta vez incluidos en nuestros equipos políticos en Europa, que los han imitado en seguida y que están decididos hoy a no permitirles cambiar a ustedes. ¿Va viendo por fin claro? ¿Tendrán ustedes ahora un poco de coraje? Si el Politburó hubiera dirigido secretamente la política de los Estados Unidos desde 1945 no habría podido hacerles cometer más faltas de las que han cometido.

Tenga el valor de hacer el balance de esta política. Al principio fué su odio, mejor dicho, el odio que se les inoculó deliberadamente, que no es lo mismo, su principal inspiración. Fué el odio el que les hizo asesinar con sus bombarderos millares de mujeres y de niños, el que los indujo a imponer a Alemania un plan de hambre premeditado que causó inmensos sufrimientos, el que los incitó a conducir a las cárceles centenares de millares de hombres, a transformar los prisioneros de guerra en esclavos, a alquilarlos y a venderlos, el que les hizo destruir con una estupidez agresiva las fábricas que hoy tratan de reconstruir, el que, en fin, los obligó a consentir en la deportación y en el suplicio de nueve millones de civiles inocentes, cortejo espantoso cuyo recuerdo los agobia a ustedes y cuya presencia los espanta. Se les obligó a hacer todo esto. Ustedes no eran un pueblo de salvajes. Ustedes eran, sin duda, naturalmente buenos. Ustedes amaban los niños, el hogar, la paz. ¡Y se les ha obligado a hacer todo eso! Su guerra ha sido no solamente la más insensata sino, se lo digo con pena, se lo digo en voz baja, ha sido tal vez la más cruel de todas las guerras: y su paz misma fué en realidad una cacería y una carnicería de los vencidos. Usted sabe todo esto, señor senador. ¿Pero se ha preguntado quién les inspiró este odio fatal a ustedes mismos, este odio que les ha costado tan caro y que todavía les costará más caro aún? ¿Qué les habían hecho los alemanes

a ustedes los americanos? ¿Por qué los han golpeado ustedes con esa histeria feroz, con esos ademanes dementes? ¿Quién los lanzó en esta aventura? ¿Quién ha hecho de ustedes ilotas embriagados? ¿Quién tenía interés en todo esto?

Nosotros lo sabemos. Hemos reconocido los síntomas de su mal. Esa misma histeria es un signo que no nos engaña. Para producirla se han usado medios ampliamente conocidos: las mentiras de la propaganda, la radio, la prensa belicista, el tambor que retumba, que atonta, que ensordecе, que lleva a la cabeza de un pueblo un vino de palma, un alcohol violento, y que hace de los muchachos americanos asesinos y también cadáveres. Y detrás, los mismos aprovechados. Frankfurter, solapado detrás de sus antiparras, poblando con sus criaturas el gabinete de Roosevelt, Baruch, Thomas Lamont, los Field, los Vanderbilt, y en sordina los Alger Hiss y los Bentley. Es el *antifascismo*, son sus hombres, sus especialistas, con su propaganda y sus métodos, los sabuesos del Kremlin, quienes les han impuesto a ustedes esta conducta imbécil de la guerra, esa serie de crímenes contra la humanidad, contra el buen sentido, contra el honor, contra ustedes mismos. Los remolcadores del comunismo los han conducido hacia la desgracia como a un gran barco ciego. Ustedes lo saben hoy. Han desenmascarado a los hombres. Han pagado muy caro por saberlo y todavía no lo han pagado todo. Y sin embargo, esto no les ha enseñado nada.

Porque si es cierto que su odio se aplaca, esto no sirve de nada. Los antifascistas continúan conduciéndolos a ustedes todavía por la nariz. Ustedes han comprendido que sería necesario organizar a Europa en una unidad armada. Pero han confiado esta tarea a los hombres que son los servidores del antifascismo antes que los servidores de los Estados Unidos. Gritan hoy para inspirarles confianza, gritan con más fuerza que todo el mundo que son los defensores de la libertad y los enemigos de la tiranía staliniana: pero cada vez que una medida podría ser eficaz en la lucha contra Rusia, ellos se oponen a esta medida o la sabotean.

Ustedes tienen la prueba de ello todos los días. Le hablaba de Alemania, señor senador —y lo repito, por Alemania quiero decir el pueblo alemán y no los políticos a quienes ustedes han patrocinado—. Pues bien, todo lo que podía ayudar al pueblo alemán a olvidar los atroces sufrimientos que le han provenido de ustedes, todo lo que podía contribuir a una reconciliación, la prensa a la que ustedes han llamado democrática, y que es, en realidad antifascista, se ha opuesto con todas sus fuerzas y se opone aún; y los estadistas americanos se apresuran a inclinarse ante esas pretendidas ma-

nifestaciones de la conciencia universal. Ustedes reclaman todos los días a los países europeos que se conviertan en los Estados Unidos de Europa. Ningún pueblo desea más profunda y sinceramente la unidad europea que el alemán. Pero en lugar de ayudar a los que aspiran a esta unidad, ustedes mantienen en vigencia las medidas de discriminación y de odio que imposibilitan esta unidad. Ustedes quieren una Europa fuerte, y hasta 1950, mientras que sus ministros y sus diplomáticos pronunciaban encendidos discursos sobre esta Europa fuerte y unida, ayudaban a los ingleses a desmantelar las usinas y los puertos alemanes que son la condición esencial y la estructura de esta fuerza. Ustedes quieren una Europa antibolchevique y todavía hoy se obstinan en mantener en las cárceles a los alemanes que cumplieron su deber contra el bolchevismo; y no hacen siquiera un ademán comprensivo cuando comprueban que los otros gobiernos europeos mantienen en la cárcel, siguiendo su ejemplo, a todos los que acudieron voluntariamente a la lucha antibolchevique. Ustedes quieren una Europa capaz de defenderse y se obstinan en reafirmar una legislación criminal y antinatural que castiga de muerte a los oficiales por el delito de haber ejecutado órdenes militares, a los industriales que entregaron pedidos y manufacturas al gobierno y a los soldados que se negaron a ser traidores. ¿Quién no los traicionará a ustedes, que exigen la traición? Quieren una Europa unida y libre, y en 1951, seis años después del fin de la guerra con Alemania, cuatro años después del comienzo de la guerra fría con Rusia, ordenan la captura de hombres para los cuales toda Alemania solicita no una gracia sino un juicio honrado. ¿Pero no se dan cuenta de que todo esto es una política de dementes?

Ahora bien: ¿quién les inspira esta política desastrosa? Contemple un poco, señor senador, las figuras de aquéllos a quienes ustedes dejaron detrás para gobernar a Alemania. Son los mismos que en 1945 pretendían hacerles aplicar aquel famoso plan Morgenthau, plan de exterminio y de vergüenza. Ciertamente ustedes renunciaron al plan, pero dejaron a los hombres. Se obstinan en no ver que quienes gobernan a la Alemania de hoy en nombre de las potencias ocupantes o, por lo menos, la mayor parte de ellos, tienen cabezas extrañas. Son las mismas cabezas que hemos visto en muchas partes: en las asonadas contra la España de Franco, en las reuniones políticas del Frente Popular que aclamaban a los ministros comunistas, en las huelgas ilegales, en los cortejos que reclamaban el fusilamiento de los generales, en los ghettos, en las bandas de terroristas, en todos los escalones y en todos los engranajes de la maquinaria de que se ha servido Stalin para golpear en el corazón a nuestros países de Occidente.

Son los mismos y cumplen el mismo servicio. Ustedes los han nombrado administradores y agentes de policía. Algunas veces han cambiado de nombre y si antes se llamaban Goldestein, ahora firman Pierrefond. Pero bajo un nombre u otro, en un lugar o en otro, no han cesado de trabajar. Trabajan simplemente sobre otro terreno encomendado de manera especial a su atención. Se les ha dicho que hagan todo lo que esté a su alcance para impedir que los soldados alemanes puedan batirse lado a lado con los franceses para la defensa de Europa. Y usted puede ver con claridad cómo desarrollan con todas sus fuerzas y con gran éxito esta labor. Lo han hecho tan bien que en cinco años de esfuerzos ustedes no han llegado a nada.

Por lo demás, estos agitadores no están solos. Los respalda la opinión mundial a la cual ustedes conceden tanta importancia. Le ruego que considere, señor senador, *por quién* está representada esta *opinión mundial* en Europa. Yo no sé si a usted se le ha explicado claramente que en Francia, por ejemplo, todos los diarios que existían antes de la guerra y que representaban una fracción de la opinión francesa, fiel a sus ideales durante veinte o cincuenta años, han visto instalarse en los sillones directivos, al mismo tiempo que el gobierno provvisorio de 1944, a personajes desconocidos a quienes nunca se había visto antes en la prensa francesa. Se han instalado exactamente como un ladrón de automóviles frente al volante de un coche robado. Se les ha dicho: "pónganse cómodos". Se les ha agregado: "Están en su casa. Estos diarios les pertenecen. Estas imprentas les pertenecen. Los millones que hay en las cajas les pertenecen. Son ustedes quienes representan a la opinión francesa, aun cuando hayan nacido en Bukhovine. Y lo que ustedes escriban en los diarios robados, con ayuda de linotipos también robadas, nosotros nos comprometemos a considerar que es exactamente lo que piensa el pueblo francés". Exactamente se ha hecho la misma cosa en Alemania, señor senador. Se ha elegido a un centenar de *licenztrager* y se ha tenido con ellos una conversación como ésta: "¿Afirma usted por su honor haber traicionado a su país mientras que combatía? ¿Jura que ha deseado sinceramente su derrota y que se regocija por su humillación? ¿Está seguro de haber sido lo bastante mal alemán? ¿No ha contribuido jamás para el Socorro de Invierno para los niños que morían de frío? Entonces síntese ahí, señor. Usted es el propietario de este inmueble, de esta imprenta, de este título, de esta clientela y también de ese castillo que usted ve en el horizonte. De ahora en adelante usted es la voz del pueblo alemán y cuando usted hable consideraremos que sesenta millones de alemanes hablan por su boca". Este género de operaciones es fructuoso para sus amigos,

señor senador. Pero lo es menos para ustedes. Porque resulta que la prensa no es ya, como antes, el instrumento de encuesta permanente que ofrecía informaciones sinceras, y en realidad ustedes no saben lo que piensan los pueblos europeos y están provocando sueños amargos que se producen en efecto. Porque de tiempo en tiempo ustedes descubren con estupor que el pueblo alemán no quiere batirse o que el pueblo francés no los quiere. Ustedes se manifestarían un poco menos sorprendidos si existiera en Europa una prensa veraz y propia que les mostrara los verdaderos sentimientos de los pueblos europeos.

De esta suerte ustedes son traicionados por *su prensa*, porque ella no los informa sinceramente. Y vuelven a ser traicionados porque ella apoya socarronamente todas las maniobras combinadas en la sombra contra la política americana. Ustedes no saben lo que piensa Europa y se les engaña sobre lo que Europa desea. Cuando ustedes expresan cualquier idea que no es muy mala un coro de voces se eleva: "la opinión europea no tolerará que..." Son los cien *licenztrager* y nuestros cincuenta ladrones de automóviles quienes hablan. Esparcidos, los generales americanos se esconden en sus conchas como los caracoles. Y ustedes pierden el tiempo, pierden tal vez todas las oportunidades de paz, y los nuestros se desconciertan a causa de ese *bluff* que ustedes han organizado contra sí mismos, a causa de ese ogro de cartón prensado que han fabricado con sus propias manos y que ustedes toman en serio hoy, como si fueran niños.

¡Oh, Casandra, Casandra! ¡Cómo era de fácil tu oficio! Los troyanos hablaban libremente entre sí. ¡Qué tiempos felices! Los de hoy tienen una voz que todas las noches cubre la tierra en todas las lenguas conocidas. Sus mentiras son aladas como la palabra de Dios y su enceguecimiento es como una noche que se extiende sobre el mundo. Su ponzoña se esparce como el rocío sobre las más pequeñas plantas pensadoras, y gotitas de estupidez y de odio quedan adheridas como perlas en el fondo de los lugares más ignorados. De allí mismo se levanta la lluvia que cae sobre todos los extremos del globo y que ha causado ya su pérdida. Estamos todos bajo una campana, en el fondo de una gigantesca cámara de gas, donde nos envenenaríamos metódicamente sin darse cuenta de que es el enemigo quien les ha vendido las emanaciones con las cuales nos arrasan. ¡Oh, Casandra!, ¿qué hubieras hecho contra tan maravillosa máquina? Levanto mis brazos y grito con todas mis fuerzas, solo sobre la montaña, como un hombre que ve a lo lejos por debajo de él a un tren expreso que se precipita sobre un abismo. Solamente los pájaros del cielo oyen mi voz. Y en ese tren viaja todo lo que más amo en el mundo, las

tardes que hemos conocido, los niños en torno de la mesa, una muchacha de vestido claro que nos espera por la tarde en el banco tendido frente a la casa, la salida de misa el día de Pascua, nuestras iglesias y nuestros libros, las muchachas, los camaradas, los fuegos del campo en la noche, y sobre todo los bienes más hermosos: la amistad y la paz. Tus troyanos charlaban entre sí, Casandra. Los míos escuchan el diario hablado entre dos aires de *jazz*, y una noche quince mil aviones les dejarán caer sobre las cabezas millares de bombas antes de que sepan por qué.

Desde hace algunos años, señor senador, hemos adquirido una costumbre que es muy saludable. Juzgamos a los hombres por lo que hacen y no por lo que dicen. A decir verdad los que practicamos esta higiene política somos aún poco numerosos. Pero nuestro grupo crece todos los días. Cuando nuestra prensa antifascista nos declara que abjura de la dictadura staliniana nos preguntamos al punto qué es lo que esta prensa hace para combatir la política de Stalin. Y comprobamos que cada vez que se trata del pueblo alemán, esta prensa que se declara antistaliniana sostiene en realidad las disposiciones del Kremlin. Es antistaliniana, pero está en *contra* de todo ejército alemán, o si admite el principio de una participación alemana en la defensa europea establece tales condiciones que hacen de esta participación una cosa imposible. Declara que Europa necesita armas, que es preciso fabricar aviones, que hay que construir tanques. Pero, usted lo sabe muy bien, señor senador, lo sabe acaso mejor que yo, que cuando uno de los miembros más importantes del Pentágono vino a pedir a nuestro ministro de la Defensa Nacional que hiciera fabricar nuestro nuevo tanque pesado en las usinas acereras del Ruhr, se encontró con una negativa total del ministro. Ese ministro entonces hablaba muy bien de la defensa de Europa contra el comunismo y era muy elocuente cuando lo hacía, señor senador, pero era también socialista y judío, es decir, antifascista. Y por esta causa el ejército europeo no podrá tener tanques pesados. Nuestra prensa es muy persuasiva cuando habla de la libertad y de la reconciliación, pero cuando se trata de hacer capturar generales alemanes, como en 1951, señor senador, se encuentra con que el ministro de Relaciones Exteriores de Israel viene a realizar una gira por París: y los generales alemanes son colgados algunos días más tarde. Y esta prensa tan europea, esta prensa tan antistalinista, no se pregunta un solo instante si los hombres que han insistido para que esta ejecución insensata y bárbara se efectuara no se han encontrado en esta circunstancia entre los agentes más eficaces del Politburó.

Hay una multitud de hechos de este género que nos desconciertan, señor senador. Usted no sabe sin duda, porque vive un poco lejos, que el diario de un gran partido antifascista de Francia había dejado de aparecer, por falta de lectores. Esto le muestra la adhesión de la Francia real al ideal antifascista. Además, algunos meses antes de las elecciones de 1951, el gobierno de Israel —siempre este gobierno— tuvo un bello gesto: pensó que era intolerable que el gran pensamiento de Karl Marx estuviera tan mal representado en Francia, y poco después el diario de ese gran partido antifascista pudo aparecer de nuevo, aun cuando muy pocas personas estuvieran decididas a leerlo. Este diario, proclamándose muy adicto a la libertad y a la democracia, no ha cesado desde esa fecha de reclamar todas las medidas adecuadas para hacer imposible un entendimiento entre Francia y Alemania y para paralizar de hecho la defensa europea de que se dice partidario. Este extraño fenómeno se reproduce entre nosotros todos los días. Verbalmente todo el mundo es europeo. En el hecho nuestra prensa y nuestros hombres de Estado lo arreglan todo de manera que la unión europea se haga imposible. ¿Y por qué habrían de proceder de otra manera? ¿No son todos ellos antifascistas? ¿No son todos antialemanes antes que ser antibolcheviques? Ustedes les han dicho que era necesario ser así. Ellos no han cambiado en los últimos siete años. Son los hijos espirituales de Marx después de todo, lo mismo que los bolcheviques. ¿Cree usted que no se arreglarán con los Comisarios políticos que veremos llegar después de las primeras avanzadas? Me imagino ya su diálogo: "Mi abuelo era de Jitomir, señor Comisario político". "¿Pero entonces conoció al buen rabino Rosenfeld?" "Creo haber oído ese nombre, señor Comisario político: era un santo varón de quien mi abuela hablaba algunas veces". "Murió hace algún tiempo, querido señor Rosenbaum, a edad muy avanzada. Su hija se había casado con un Mosevitch que ha llegado a ser uno de nuestros mejores trabajadores políticos en Alemania Oriental". "¿No será ésa una Sara Rosenfeld cuyo hermano era comerciante en cintas como antes mi propio padre?" Y de esta suerte encuentran vinculaciones inesperadas que los atan y los conducen a un final de colaboración. ¿Qué quiere usted, señor senador, que hagamos? Tan poéticos recuerdos no podrían ser evocados ciertamente por mí con el Comisario político que me interrogue.

Ustedes han tenido confianza en nuestros socialistas a pesar de sus precedentes. Incluso han tenido confianza en un gobierno auténtica e integralmente socialista como el de Su Majestad británica. Y han visto los resultados. Por rara coincidencia fué durante ese gobierno cuando se escaparon los mejores secretos atómicos. Esto

les pareció sorprendente: pero ustedes, en el fondo, son ingenuos. A nosotros nos pareció natural, porque seguramente Fuchs y Pontecorvo eran excelentes antifascistas. Han ido hasta el fin. ¿Qué tienen ustedes que reprocharles? Ustedes les han confiado los secretos de Estado a los diplomáticos de Su Majestad. Pero, mi querido señor senador, ellos son socialistas y antifascistas antes que súbditos de Su Majestad. Y por otra parte, como se lo explicaré en su hora, ellos no se inquietan de ser colgados en virtud de la legislación de Nuremberg, y al no inquietarse están en su derecho. ¿Escapan por los caminos con los documentos de ustedes y esto les sorprende? Lo que me sorprende a mí es que no haya más diplomáticos ingleses que desaparezcan con sus valijas. No veo, para explicar su relativa fidelidad, otra causa que la tradicional indolencia británica.

Si usted quiere tomarse la molestia de lanzar una mirada rápida y panorámica sobre la política del gobierno laborista de Su Majestad, podrá ver, señor senador, que tal política ha estado muy próxima a una traición perfectamente coherente, y las maniobras de los funcionarios del Foreign Office no le parecerán tan extravagantes.

Desde hace cinco años los marxistas ingleses, proclamándose como todo el mundo los más firmes sostenedores del anticomunismo, se muestran muy indiferentes respecto de todo lo que pueda impedir a Stalin practicar algunas experiencias marxistas hasta bajo el cielo de Normandía. Esto es de tal manera evidente que es innecesario explicarlo. Los esfuerzos de la Inglaterra marxista para continuar su comercio con los Estados comunistas no son menos conocidos, y usted sabe mejor que yo, señor senador, que están más ampliamente extendidos de lo que el público supone. Prácticamente Inglaterra no reconoce de ninguna manera la prohibición de exportar materias estratégicas hacia los Estados que se encuentran bajo el control soviético. Le vende a China, le vende a Polonia, le vende a Checoslovaquia, le vende a todo el mundo. Inglaterra no conoce sino una ley: exportar o morir. Ustedes hacen bien en reír de esos comerciantes energéticos cuando les hablan de las bombas que diezman a los soldados americanos. Nada, absolutamente nada, puede detener al gobierno laborista en su batalla implacable para llenar su tonel de las Danaides. Para pagar anteojos a sus asegurados sociales, Inglaterra está pronta a arrancarnos los ojos. La historia de los desmantelamientos es una espantosa locura que se escuchará con estupor durante cien años. Ahora bien, no es solamente el odio imbécil la causa de este desmantelamiento. Es también la voluntad de eliminar por todas partes a los competidores alemanes y de crearse la seguridad de poder vender sus mercancías inglesas en todos los puntos del mundo. Han

extirpado cuidadosamente del Ruhr todo lo que podía servir para fabricar cualquier cosa, y lo han hecho pacientemente, como se limpia una gran parcela de terreno para sembrar un campo de remolachas, y han esparcido por todos los caminos las enormes máquinas de que todos tenemos trágicamente necesidad hoy. Han desmenuzado pacientemente los puertos alemanes, los docks, las grúas, las dársenas. Gracias a ellos los puertos alemanes continúan siendo hasta hoy completamente inutilizables. Hace apenas seis meses, en el Ruhr, los soldados ingleses disparaban sobre los obreros alemanes para proteger a los técnicos que hacían saltar con dinamita instalaciones y maquinarias únicas en el mundo y cuya reconstrucción insumiría por lo menos diez años. Lo que debería ser el arsenal de Europa, la forja de nuestra protección, el más precioso de nuestros bienes comunes, es hoy un desierto que se extiende a derecha e izquierda de la vía férrea. Montones de hierros retorcidos pueden verse entre campos de inmundicias a lo largo de kilómetros, en los lugares mismos de donde deberían salir en filas interminables los cañones y los tanques que protegieran nuestra independencia. No ha sido a Alemania sino a Europa entera a quien el gobierno laborista ha asesinado pacientemente. ¿A quién aprovecha ese crimen? Únicamente a la Rusia soviética.

Desde hace cinco años el gobierno socialista de Inglaterra no ha cesado de suministrar a los países comunistas los materiales estratégicos que les faltan, y por otra parte no ha cesado de debilitar en Alemania todo lo que pueda ser algún día un obstáculo contra la ofensiva comunista. ¿Ustedes creen que Inglaterra es su aliada? Pues no es verdad. Inglaterra no piensa sino en Inglaterra. Su ley está en sus libros de cuentas. Para asegurar su comercio está dispuesta a todas las traiciones. No hay fidelidad para ella, no hay sino instrumentos. Y la Inglaterra socialista es, además, esencialmente un gobierno socialista. Mantiene estúpida y ciegamente la prioridad del peligro nacional-socialista. Ya no hay nazis: pero no importa. Existe aún la tierra del nazismo y de ella no puede salir nada bueno. Mantener a Alemania en la esclavitud y en la impotencia, es para los ingleses hacer una obra moral y una obra antifascista y al mismo tiempo defender una posición ventajosa. ¿Qué importa que todo esto sirva en definitiva a Rusia? Y después de todo ¿qué es lo que de ello puede resultarle a Inglaterra? ¿No tiene acaso el Canal y la R. A. F.? Europa se disolverá. Y siempre habrá tiempo de *liberarla*.

Tales son, en resumen, los resultados de una política socialista combinada con una política de egoísmo nacional. Yo no experimento mucha estimación por Churchill. Pero, por lo menos, podría espe-

trarse tal vez que un gobierno nacional en Inglaterra tuviera cierto sentido del peligro común. Un gobierno de tal naturaleza no tendría inconveniente en reforzar sus prejuicios insulares con sus prejuicios ideológicos. Tal vez Inglaterra llegara a descubrir por fin que su destino es inseparable del de Europa; que tiene interés en tener delante de ella a una Europa fuerte, capaz de hacer respetar su territorio; que nuestra barrera de tanques es el complemento indispensable de su cobertura aérea; y que tiene, por lo tanto, un interés especial en que el Ruhr pueda fabricar tanques y en que Hamburgo pueda recibir cobre aun cuando el Ruhr fabrique también cacerolas y Hamburgo pueda recibir también algodón; que Europa puede formar con el Commonwealth una alianza poderosa que todos deseamos; que importa poco el hecho de que Europa sea democrática o no, siempre que ello conduzca a alejar la guerra; y que esta última tarea es tan urgente y tan grave que muchos hombres, según lo esperamos, están dispuestos a olvidar el mal que les ha sido hecho si tal resultado puede ser obtenido en común. Se dice que Inglaterra es realista. Quisiéramos que fuera más realista aún, porque de esa suerte podría evitarse que continúe siendo la Inglaterra traidora de siempre.

Como usted lo ve, señor senador, ha habido en la conducción americana de la guerra y más tarde en la política de ocupación, y ahora en la política europea, un factor ideológico que ha perjudicado constantemente los verdaderos intereses de los Estados Unidos. En lugar de pensar durante la política de guerra y después, durante la política de paz, en la potencia de los Estados Unidos y en la creación de un equilibrio mundial favorable a los Estados Unidos, ustedes se han dejado arrastrar en una operación específicamente antifascista, es decir, específicamente marxista, que no sirve a otra cosa que a los intereses de sus adversarios. Y ustedes se han apoyado y se apoyan aún en Europa sobre fuerzas esencialmente antifascistas, es decir, esencialmente marxistas, que no pueden ser en realidad sino instrumentos del marxismo soviético.

Este es, acaso, el aspecto más dramático de la situación de los Estados Unidos: la traición de las fuerzas antifascistas de Europa no es probablemente premeditada; pero lo que es peor, es fatal. Los aliados socialistas y antifascistas de ustedes no tienen tal vez la voluntad de traicionarlos, no lo hacen ni lo harán expresamente, pero todo en ellos los conduce, los impulsa a tomar posiciones que los perjudican a ustedes. Su odio por Alemania no es fingido; es auténtico, es instintivo y falsea todas sus reflexiones políticas. Su marxismo es impreciso, descolorido, lejano y está indefinido, pero quiéralo usted o no, es marxismo. No es ni siquiera el primo, sino el

hermano mismo del marxismo de Lenín y de Stalin. Instintivamente y en lo más profundo de sí mismos aquellos aliados tienen las mismas simpatías y sobre todo las mismas repugnancias que sus hermanos de Ucrania o de Polonia. Piensan en los mismos términos. Han sido alimentados con las mismas quimeras. Salen de la misma matriz y no pueden menos de acordarse de ello. Cualquiera que sea su adhesión formal al ideal de democracia liberal, tan caro para ustedes, su sangre y su filiación intelectual habla en ellos y hablará cada vez más alto. Estarán con ustedes solamente de palabra pero estarán siempre con sus enemigos en el fondo del corazón. De buena gana quisieran no traicionarlos, porque ustedes son buenos señores para ellos y ciertamente mejores que los amos que tendrán más tarde, pero no pueden menos de traicionarlos. Esto es lo más dramático e irremediable: a pesar de su voluntad *no pueden menos de traicionarlos*.

¿Ha meditado usted en lo que llegaría a ser esta Europa socialista y antifascista en la cual han soñado con tanta ligereza sus estadistas? No experimento odio por los socialistas, y aun apruebo de buena gana algunas de sus aspiraciones generosas. ¿Pero no ve usted que una Europa socialista no sería otra cosa que la prefiguración de una Europa comunista? ¿O más exactamente la transición hacia una Europa comunista? ¿No ve usted que de la Europa de la Segunda Internacional, la internacional socialista, no podía salir sino la Tercera Internacional, la internacional comunista, de la misma manera que de la filiación ideológica de la Segunda Internacional salió la Tercera Internacional? ¿Cómo han podido ustedes olvidar que entre la forma socialista del marxismo y la forma bolchevique del marxismo no existe sino una diferencia de grado? ¿Cómo no ven ustedes que el marxismo diluido contiene exactamente, como el marxismo concentrado, la misma fuerza deflagratoria, el mismo comprimido inicial que es el pensamiento de Karl Marx, y no solamente su pensamiento, sino sus reflejos, su temperamento, sus repugnancias, sus odios, sus incompatibilidades, en fin, su sangre misma? Usted debe saber que en las dos formas es la misma ponzoña la que están bebiendo. Sus asociados socialistas y antifascistas, alimentados con esta droga, no pueden menos de desear en el fondo de sí mismos las mismas cosas que desean los comunistas y no pueden menos de tener en realidad sino los mismos enemigos que los comunistas. ¿O es que piensa usted que en este dilema los comunistas van a ser los traicionados?

Es hora de que ustedes reconozcan sus errores fundamentales en Europa, señor senador. Ustedes han apostado al caballo perdedor. Esta es la explicación de todas las decepciones que han experimentado en la política europea. Al apoyarse sobre el marxismo para

combatir al marxismo ustedes cometen un absurdo, un contrasentido político. Eso no puede dar resultado. Al dar su confianza a las fuerzas socialistas y antifascistas de Europa, ustedes no pueden encontrar sino el sabotaje, la mala voluntad, la predilección secreta por sus adversarios. Ustedes colocan sus problemas entre las manos de la quinta columna soviética; y por desgracia los problemas de ustedes son también los nuestros y esto es lo que nos importa. Ustedes se han engañado sobre los hombres, y esto es lo que yo quería demostrarle. Pero temo que ustedes se han engañado también sobre los principios y esto es lo que pretendo demostrarles ahora.

CAPÍTULO II
POR QUÉ RUEDA EL HUEVO

De la misma manera que los teóricos militares establecen las reglas de la estrategia estudiando los planes de los grandes generales, así quisiera yo conducirlo a usted a descubrir los resortes invisibles que han actuado sobre su política de ayer y que le dictan su política de hoy. Ya le he demostrado qué tropas extrañas sirven bajo su bandera, qué dudosos auxiliares tienen ustedes en sus cuadros, semejantes a aquellos que, en plena batalla, abandonaron las águilas de Napoleón para pasarse al otro campo. Ya le he dicho *cómo* son ustedes traicionados; quisiera decirle ahora *por qué* son ustedes traicionados y *qué* es lo que ustedes mismos traicionan.

Porque nada se gana con mencionar lo que no marcha bien: hay que descubrir por qué no marcha bien. Cuando un industrial recorre sus talleres, preguntándose cómo puede ocurrir que su competidor produzca mejor y más barato que él, no se contenta con desembarrazarse de los malos obreros, sino que se interroga y se pregunta si él mismo no ha partido de una idea falsa, si no es responsable, por la dirección que le dió a su negocio, de las decepciones que éste le produce. ¿No son ustedes como este fabricante? ¿No habría acaso en su maquinaria un principio fundamental errado que condena a la impotencia todos sus esfuerzos? Las decepciones actuales de ustedes ¿no provienen quizás de que están actuando sobre ideas falsas, o más exactamente, de que no han obtenido los resultados que debían producir necesariamente a la larga las ideas que les habían sido útiles en un momento dado? Esto es lo que sería conveniente descubrir.

Para dar una razón a la entrada de los Estados Unidos en la guerra ustedes acogieron todas las tesis del *antifascismo* que acabo de describir. Los Estados Unidos no eran en 1936 sino una nación que desarrollaba, bajo el proconsulado de Roosevelt, una política económica autoritaria. Esto no nos interesa en manera alguna. Que la democracia de ustedes sea enérgica, que trate de distribuir equitativamente los ingresos del país, no nos importa en absoluto, y ni si-

quiero ese esfuerzo de justicia nos es esencialmente simpático. Pero en el momento de entrar a la guerra, más exactamente, algún tiempo antes de mezclarse en ella, ustedes asumieron, cualquier día, la dirección de la cruzada antifascista. Esto fué para su país como un bautismo. ¿Vieron acaso sus hombres de Estado los compromisos que aceptaban? ¿Por lo menos el pueblo americano se dió cuenta siquiera superficialmente de la hipoteca permanente que esa conducta iba a establecer sobre el porvenir de la política norteamericana?

Ponga atención, señor senador: una nación que aplica la "Tennessee Valley Authority" no afirma nada, no compromete su porvenir sino que afronta solamente una dificultad presente; pero una nación que se proclama antifascista, que adhiere al frente antifascista y que pretende desempeñar un papel eminente, hace una cosa distinta: define una vocación, se coloca la tiara del pontífice, acepta una responsabilidad que contiene todo lo bueno y lo malo, una caja de Pandora de la cual no se ha hecho inventario. Ahora quisiera ayudarle a hacer ese inventario.

Hemos retirado de esa caja misteriosa una primera comprobación que ya es confusamente advertida por gran parte de la opinión pública americana; hemos reconocido que ese antifascismo del que ustedes han hecho su bandera, en realidad era la política de infiltración del comunismo. Pero la caja nos reserva sorpresas posteriores. Vamos a enumerarlas una por una.

La dificultad más grave, de la cual provienen las demás, es que ustedes han querido introducir la moral en la política internacional y en la guerra. La idea está muy bien, es excelente y laudable, y los aplaudimos por eso: porque todo el mundo está del lado de la moral y reclama la moral en la conducta pública; solamente que no todo el mundo tiene la misma noción de lo que es la moral. Esta pequeña reserva parece casi insignificante. Y sin embargo, es como esas nubes que son en el horizonte un puntito negro, un simple e insensivo puntito negro del cual sale un ciclón algunas horas más tarde.

Ese deseo de encarnar la moral no es más que una buena intención, y una buena intención digna de loa, de la cual salen repentinamente infinidad de complicaciones. Porque, señor senador, la moral es para todo el mundo; no es un coto de caza privada, sino que dentro de sus campos cada uno va a buscar la liebre que le provoca. Desde luego, ustedes dejan escapar las piezas grandes. No es una caza efectiva, sino un circo de animales amaestrados lo que ustedes encuentran en frente. Cada uno tendrá su moral, cada uno tendrá su preferencia, cada uno tendrá su conciencia. En su campo

se construye una Torre de Babel mental. Ustedes aseguran que son un campo, un ejército: el campo de la democracia, el ejército de la libertad. Pero temo que tales afirmaciones no sean sino palabras, porque cada uno opondrá su moral a la de los demás, su concepción de lo que es justo al concepto ajeno, su ideal de la democracia a otros ideales distintos de la misma democracia, su concepción de la libertad a distintas concepciones de libertad, y el acuerdo a que se llegue no será sino un caos. La coalición de las naciones libres que ustedes proyectaron no será sino un Parlamento de Polonia donde reinarán la dispersión de las fuerzas, el desperdicio de la energía, la discusión a propósito de todo y en particular de lo esencial, y finalmente la intervención de los enemigos en el estudio de los negocios más íntimos. Y si ustedes imponen su concepto de la democracia o su sentimiento de la libertad ¿no quedará el derecho de decirles que ustedes han trabajado en realidad en su propio provecho y en el de sus comerciantes y que los instrumentos de su política democrática son, en realidad, los instrumentos de su hegemonía?

Tienen ustedes que elegir, pues, entre la impotencia y la desconfianza. O tienen una concepción *obligatoria* de la democracia y de la libertad y entonces lo que nos proponen es una burla siniestra, o apelan a lo que hay de más noble en cada uno de nosotros y dejan lealmente la decisión de ese abogado de la causa justa en nosotros mismos: pero entonces ustedes arriesgan a cada instante provocar la discusión y la objeción de conciencia, inscriben la palabra indisciplina sobre sus estandartes y en frente de un ejército que avanza sobre ustedes en forma de batalla con arqueros, infantes y caballería, ustedes se portan como un tropel que avanza cantando himnos, con todos sus elementos de combate mezclados, gritando y bromeando entre sí.

Ustedes lo han elegido, o por lo menos creen haberlo elegido. Lo dirigen todo dulcemente, a pasos felinos, hacia una concepción autoritaria de la democracia, hacia una especie de *credo* obligatorio que cada vez permiten discutir menos. De esta suerte ustedes reconocen la libertad de opinión, pero persiguen a los funcionarios comunistas. Proclaman su adhesión al liberalismo, pero practican el dirigismo. Respetan el derecho de huelga, pero proscriben determinadas clases de huelga. Se encuentran en estado de democracia, pero con eclipses. Hacen trampa con los principios esenciales para obtener la eficacia. Y necesariamente tendrán que ir más lejos. La defensa nacional tiene sus leyes que no se pueden ignorar. Se verán obligados a restringir la libertad para defender la libertad y aun a suprimirla totalmente para salvarla.

Ustedes hablarán continuamente de libertad, de progreso, de bienestar, y enviarán a las gentes a hacerse matar por tan bellas cosas, teniendo que impedir *provisionalmente* la aplicación de ellas en su propio país. Esta contradicción no es una novedad pero no es tampoco una exclusividad. Si renuncian a la libertad, al progreso y al bienestar para asegurarlos mejor en el porvenir, los comunistas les contestarán que ellos están haciendo los mismos sacrificios y por la misma razón. Los campos de concentración soviéticos, la industria pesada, los sacrificios que el gobierno comunista impone a sus pueblos llegarán a ser legítimos porque serán, como las de ustedes, medidas *pasajeras* destinadas a crear un porvenir nuevo. Y ustedes no podrán acusarlos de mala fe. Porque después de todo, tal vez ellos estén tan perfectamente decididos como ustedes a afeitar gratis cuando hayan acaparado todas las navajas de afeitar. Por lo tanto ustedes se van a encontrar en una situación muy inquietante: pero no pueden hacer otra cosa. Admitamos que se les crea y que nadie les pregunte con mucha frecuencia por qué las democracias, para ser verdaderas democracias, deben parecerse a las dictaduras.

Pero al mismo tiempo que ustedes hacen eso les quedan, y no pueden evitarlo, vestigios de sinceridad que agravan estas contradicciones. Porque no hace mucho tiempo los hombres se han hecho matar al lado de ustedes, por ustedes, por tener el derecho de ser libres y no por una democracia dirigida. Eran sinceros, o por lo menos algunos de ellos eran sinceros. Han pagado duramente ese combate. Se sienten orgullosos y cuando se han batido lealmente tienen derecho a estarlo. Pero para llevarlos al combate, para sostenerlos, para exaltarlos ¿han olvidado ustedes, por favor, qué mecanismos intelectuales han montado para ellos? ¿Han olvidado ya lo que ustedes les han dicho durante cuatro años, lo que ellos han creído, lo que ha sido para ellos la razón de su combate y para ustedes la regla y la ley de toda guerra presente y por venir?

Ustedes no han cesado de decir, o de dejar decir en su nombre, que hay deberes más imperiosos que la obediencia al gobierno legítimo. Ustedes han proclamado o dejado proclamar que un soldado, un funcionario, un simple ciudadano no estaban obligados a observar la disciplina de su Estado o a permanecer fieles al juramento que habían prestado, sino que tenían el deber de pesar y analizar lo que su gobierno aportaba a la civilización y lo que prometía el gobierno enemigo. Ustedes han querido que cada soldado fuera el soldado, no de una nación, sino de un ideal. Y ustedes han condenado o dejado condenar a hombres que no habían querido faltar a su deber patriótico, que habían permanecido fieles a su juramento y a sus jefes, que habían

preferido la obediencia a la cruzada que ustedes emprendían. Ustedes han condenado a muchos funcionarios simplemente porque fueron leales. Ustedes han hecho fusilar a soldados simplemente porque habían obedecido órdenes superiores. Ustedes se han atrevido a reprochar a muchos generales que no hubieran conspirado contra el régimen mientras que los hombres se hacían matar en el frente. La objeción de conciencia fué la base y la piedra angular de toda la moral de guerra proclamada por ustedes: hicieron obligatoria la objeción de conciencia y varios tribunales, en el nombre de ustedes o en el nombre de su victoria, castigaron con la pena de muerte a los que habían rechazado aquella objeción. ¿Pero no ven que todo lo que ustedes han dicho o hecho, dejado decir o dejado hacer, se vuelve hoy contra ustedes? Han querido que se pese y que se examine. Pues bien, en efecto, todos aquellos a quienes ustedes se dirigen hoy, pesan y examinan, y por eso ustedes no están seguros de nada.

Todo lo que los agentes stalinianos dicen entre nosotros, todo lo que hacen, no tiene otro principio que el que ustedes han adoptado imprudentemente. Tales agentes reclaman para sí el derecho de preferir a la obediencia cívica una obediencia más elevada. Ustedes les han dicho que pesen: ellos pesan o fingen pesar. Ponen en balanza el régimen staliniano y el de ustedes y los méritos del régimen staliniano les parecen tan resplandecientes que su conciencia se pronuncia por él, lo cual los sustrae, por consiguiente, a su deber de ciudadanos, e incluso les impone la desobediencia. Ustedes quisieron que hubiera un campo maldito; y hoy son ustedes los hitlerianos. Porque la gran regla del antifascismo sobre la cual ustedes se apoyan es que no hay y no puede haber enemigo entre las naciones *progresistas*. En desenvolvimiento lógico de todo lo que ustedes han proclamado y sostenido, el partido comunista puede escribir en letras enormes sobre los muros de nuestras ciudades: "Francia no hará jamás la guerra a la Unión Soviética".

De esta suerte ustedes están reducidos a aceptar el campo de batalla que el adversario quiera imponerles. Ustedes acusan a Rusia de tener campos de concentración, de ser una dictadura, de imponer la esclavitud y la miseria. ¿Pero cómo quieren que esta propaganda actúe sobre tropas *antifascistas* adiestradas durante veinte años a admitir que la Rusia soviética está a la vanguardia del progreso? ¿Pueden ofrecer ustedes la liberación del proletariado, la abolición del régimen capitalista, la dictadura de los trabajadores, la sociedad sin clases? Ustedes saben muy bien que no pueden ofrecer nada de esto, y de ello resulta que la Rusia soviética será siempre más *progresista* que

ustedes, que la lucha será siempre desigual, que la situación de ustedes será siempre precaria.

La moral de guerra de ustedes ha hecho germinar entre sus gentes un principio permanente de selección y por consiguiente de traición. Cualesquiera que sean los resultados de su propaganda, subsistirá siempre en los países que son sus aliados, y aun entre los hombres que ustedes creen sus amigos, una importante fracción que le dará preferencia al ideal soviético contra el de ustedes. De esta suerte encontrarán, invertida, la situación que crearon durante la guerra. Cada país en guerra al lado de ustedes tendrá un gobierno disidente y una radio de Praga o de Moscú que desempeñará el mismo papel que la radio de Londres durante la guerra. Habrá una *resistencia*. Y esta resistencia — lo cual es muy grave — se fundará sobre los mismos principios sostenidos por ustedes durante la última guerra y sobre los cuales pretendieron establecer su política de hoy. La gente será más antifascista que ustedes: y lo será contra ustedes, que estarán ligados cada día más por su propio vocabulario y condenados por su propio pasado.

Todo volverá a comenzar. Se tomará presos a sus generales en nombre de las leyes de Nuremberg y volverán a difundirse contra ustedes los editoriales de la B. B. C. Esto comienza ya. Los alumnos de uno de nuestros grandes institutos, la Escuela Normal Superior, enviaron hace algunos días un memorial al presidente del Consejo para protestar contra la guerra de Indochina. Ese presidente del Consejo había sido durante la guerra un disidente notorio. En el memorial se le decía: "Los vietnamenses, agrupados en torno de su presidente Ho Chi Minh, sostienen hoy el mismo combate que sostienen contra el invasor los franceses agrupados en torno del C. N. R., del cual usted fué presidente. Esta es una de las causas por las cuales nosotros nos sentimos orgullosos de la cultura francesa, etc...." Yo no encuentro qué responder a esto. La asimilación es lógica. El ideal de independencia que propone Ho Chi Minh es, ciertamente, más elevado que el ideal de protectorado que le opone nuestra administración. Si aceptamos el principio que fué de ustedes, nosotros somos los opresores de Indochina. Y debe ser muy difícil para ustedes considerar como traidores a los idealistas que hacen saltar los trenes de municiones destinados a nuestros soldados de Indochina, puesto que ustedes aplaudieron como a buenos franceses a todos aquellos que asesinaban a los gendarmes del gobierno de Vichy.

Todo se enlaza y se encadena. La objeción de conciencia es indivisible. La disciplina también. El vocabulario que los antifascistas emplean hoy a favor de Indochina puede ser empleado mañana

respecto de Europa. ¿Qué les contestarán ustedes? Si se denomina traidor a todo aquel que, rehusando la obediencia a las órdenes del gobierno legítimo, ofrece informaciones y asistencia a un Estado extranjero, bajo el pretexto de servir así mejor los verdaderos intereses de su país, esta definición se aplica al Comité de Londres lo mismo que al Comité Central del Partido Comunista. Si, por el contrario, nos negamos a llamar traidor a aquel que obra así, porque le reconocemos el derecho de ser juez de los verdaderos intereses de su país, entonces no tendremos ningún medio para resistir al partido comunista.

No hay nada, en efecto, en la actitud de los *separatistas* comunistas, como dice el general de Colombey, que no haya existido antes en la actitud de los *separatistas* gaullistas. Los comunistas sostienen, como antes los gaullistas, que el campo del honor y de la libertad es el campo de la Rusia soviética, y siendo esta afirmación filosófica, es decir, indemostrable, tiene exactamente el mismo valor que las afirmaciones que hacemos en sentido contrario, y nuestras negativas no la disminuyen en nada. Los comunistas sostienen, como antes los gaullistas, que, no siendo libre el actual gobierno francés, sino sometido a una dominación extranjera, sus actos no pueden, por lo tanto, comprometer a la Nación: y esta constatación de hecho sobre la ingerencia del gobierno americano en la política francesa tiene sensiblemente el mismo valor y los mismos límites que la tesis gaullista sobre el gobierno del mariscal Pétain. Los comunistas concluyen sus afirmaciones diciendo que tenemos el derecho de no participar en las empresas de un gobierno tributario contra el honor y la democracia y que, por el contrario, tenemos el deber de oponernos a ellas por actos de sabotaje y por una resistencia pasiva o armada: y ésta es exactamente la conclusión que el comité gaullista había obtenido de las mismas premisas. Y los comunistas ordenan hoy a sus militancias los mismos actos que los gaullistas habían ordenado a las suyas. Condenar al partido comunista por su *resistencia* actual a lo que considera una opresión, es condenar al separatismo gaullista en su *resistencia* pasada. Reivindicar el principio del cual se obtuvieron en otro tiempo los elementos de lo que fué llamado la "Resistencia", es aprobar el principio en cuyo nombre obran los comunistas de hoy.

Tal es la guerra que ustedes se han preparado. Todo está contra ustedes: la propaganda, los principios, los cálculos. No pueden desprenderse de su pasado. Han hecho todo lo posible para hacer de Europa una plataforma podrida, y ahora ésta cede bajo sus pasos. Aquellos a quienes ustedes emplean contra el comunismo están desarmados, a causa de ese mismo pasado. El gobierno puede fulminar

sus condenas y expédir leyes contra el sabotaje. Pero todo el mundo sabe que lo hace sin convicción y que mientras las expide maldice por dentro. Además, es bien fácil ver que sus propios funcionarios no las cumplen porque están intoxicados por el recuerdo de la resistencia. Han visto el resultado de una primera empresa que tenía los mismos caracteres: están esperando la segunda. Todo el mundo es capaz de hablar contra el comunismo, pero nadie quiere obrar. Porque después de todo, ¿si mañana los rusos están aquí? ¿No será necesario haber sido progresista, como fué en 1944 haber sido "resistente"? Ante esto cada uno prepara sus coartadas y combina su doble juego. Como el coraje fué recompensado en la forma que ya se sabe, se ha convertido en la virtud de los energúmenos. Nada es tan saboteado como las leyes contra los saboteadores. Por lo demás, este miedo no es el único aspecto de la descomposición. Se ha repetido de tal manera a los franceses que el honor y el deber consistían en adorar cualquier becerro de oro lejano, que han acabado por persuadirse de ello. Al fin logran encontrar, si buscan bien, alguna grandeza en el ideal comunista, grandeza que en efecto existe. Y como se les ha enseñado que el culto del ideal lo excusa todo, incluso la traición y el crimen, se dicen con algún embarazo que los comunistas *quizá tengan razón*, que después de todo ellos luchan por sus ideas, por la liberación de los trabajadores, por el progreso, por el porvenir. Y los franceses no están muy seguros de que sea necesario condenar la traición, puesto que la traición es permitida a los ideólogos.

De esta suerte puede preguntarse: ¿Cómo pueden condenar al comunismo los hombres a quienes ustedes creen adversarios de éste, sin que condenen su propia posición? ¿Cómo quieren ustedes que de Gaulle restaure en Francia el sentimiento de la disciplina, cuando hizo todo lo posible por anularla? Ni siquiera el general se atreve a llamar *traidores* a los agentes de Moscú y los denomina *separatistas*. En efecto, ¿cómo quieren ustedes que les reproche a los comunistas sus atentados y sus incitaciones a la rebelión, cuando ha ordenado, partiendo del mismo principio, los mismos atentados y las mismas incitaciones? En verdad es un singular diálogo el que se desarrolla en toda Europa entre los asociados de los Estados Unidos y los comunistas. Quien lo observe y lo escuche se creería en un asilo donde se tratara de curar a un loco que se toma por César enviándole otro loco que se cree Jesucristo. "No es por esta razón, señor — diría uno de los locos — por la que usted debe poner cemento en los tarros de guisantes, sino por otra que voy a decirle. Yo mismo he puesto muchas veces cemento en los tarros de guisantes, pero lo hacía por

muy buenos motivos. Y si quiere saberlo, le diré en confianza, que es porque soy Jesucristo". Un discurso poco más o menos como éste fué el del castellano de Colombey al gotoso de Ivry. Y algunos millones de gentes ingenuas escuchaban esto beatamente y pensaban que tan bellas palabras arreglarían todas las cosas.

**

¿Y cómo quiere usted, señor senador, que pueda haber entre ellos otros diálogos? Mire de frente las fuerzas que ustedes han desencadenado. Los duendes y los elfos los rodean a ustedes. Bailan en torno la danza de la muerte y de la noche. Ustedes han querido el antifascismo. Lo que sale de la caja de Pandora no es solamente la objeción de conciencia, sino que, como en la mitología en que los dioses tienen familia, es la conciencia entera la que brota, desconocida como el soplo que fluye de la boca de Eolo, poderosa como la tempestad, enemiga de las ciudades y de las leyes, fuerza bárbara que no obedece sino a demiurgos misteriosos.

Es aquí donde ustedes se encuentran ante el problema más grave de toda política. Han querido enarbolar la bandera de la conciencia universal para cubrir una guerra inútil e intereses inconfesables. Hoy, ese instrumento terrible que es la conciencia universal, el sufragio universal del guerrero, cae con todo su peso sobre el dispositivo militar que ustedes han armado. Porque la conciencia universal, que está inscrita sobre su bandera, debería ser vista como es y llamada por su propio nombre: es el fariseísmo y falsificación en la mayor parte de los casos y casi siempre puede llegar a ser la traición.

Usted conoce el apólogo de Esopo, señor senador, que se enseña a los niños en las escuelas, según el cual la lengua es la mejor cosa del mundo y también la peor. Lo mismo ocurre con la conciencia universal. Toda política no es y no puede ser otra cosa sino su expresión. Porque si es justicia y verdad, es evidente que toda política que se separa de ella está condenada por el mismo hecho de su separación. Y si es el deseo del bien y el deseo del orden, no hay poder del cual no sea ella el alma y la fuerza bienhechora. Pero, por el contrario, si es la voz del extranjero que falsifica la justicia y desnaturaliza la verdad, que exalta el desorden en nombre del orden y suscita en nombre del ideal a los profetas de la rebelión, entonces la conciencia universal es la destrucción y la muerte, la invasión no tanto de las ciudades sino de las almas, es el veneno en lugar de ser la savia.

Ella se dirige a lo que hay de mejor en nosotros y en el mismo instante nos engaña, con las palabras que nos inspiran mayor confianza y respeto. No hay ninguna de sus afirmaciones que no sea loable, y no hay ninguna de sus deducciones que no sea falsa. Ustedes han querido la guerra de las conciencias. Han olvidado que la conciencia es semejante al rayo que los antiguos colocaban en la mano de Júpiter y que no se la debe entregar a los mercaderes ni a los aguadores. Son los príncipes y los grandes quienes deben interrogarse y pesar el bien y el mal. La religión les enseña que les será pedida cuenta de sus decisiones y de sus consejos, y la política les demuestra que los imperios durables son solamente los que se han fundado sobre la justicia y el orden. Pero las multitudes que forman las naciones no tienen por qué pensar en los destinos de los imperios. Es una locura querer darle a cada uno un cetro. Y es a esta locura a la que ustedes le han dado vida, o más bien a la que los enemigos de ustedes les han inspirado la idea funesta de darle vida. Ustedes han desembocado sin darse cuenta de ello en el absurdo de la democracia.

Quisiera demostrarle, señor senador, el interior de ese mecanismo sospechoso y temible. Ya verá hasta dónde es capaz de arrastrarlos.

Nosotros conocemos bien la política de la conciencia universal, que ha sido el alma y el resorte del antifascismo descrito atrás. Lo más temible que hay en ella es que parte siempre de una idea generosa. Apela a lo que hay de mejor en nosotros. ¿Cómo rechazar sus cruzadas? Ante ella cada uno se acusa a sí mismo de tibieza y de indolencia. Y es como todas las cruzadas: se sabe que cada uno parte de su ciudad pero no se sabe absolutamente sobre qué orilla de Barbaria acabará por arribarse. Millares de hombres han llegado así al antifascismo, sin saber lo que había al final, simplemente por generosidad, por bondad, por piedad, exactamente como los que un siglo atrás reclamaban la abolición de la esclavitud. Les parecía insopportable, su conciencia encontraba insopportable, que, en ciertos países, los hombres fuesen perseguidos porque se declararan partidarios del régimen soviético. Protestaban porque en otros países del mundo los hombres no eran tan libres como ellos. Estimaban que se encontraban encargados de una misión de control sobre la moralidad política de los otros países. Se reconocían a sí mismos un derecho de intervención en nombre de la moral y de la humanidad, proclamaban este derecho y aun lo convertían en un deber. ¿Qué cosa más noble que esta indiscreción? ¿No es ésa la política de los Estados Unidos, señor senador?

Desgraciadamente las ideas generosas se ejercen siempre en provecho de alguien. Esta es la principal dificultad de toda política.

La abolición de la esclavitud arruinó a los Estados del Sur en beneficio de los comerciantes de los Estados del Norte. El triunfo de la libertad asegura por sí mismo excelentes ventajas comerciales a las naciones virtuosas, liberales y bien equipadas, a costa de las que se encuentran en inferiores condiciones. De la misma manera el antifascismo atrae invenciblemente la simpatía de los pueblos hacia el país más antifascista de todos, y esta simpatía es, en la política actual, una fuerza tan importante como una flota marítima o aérea. El celo de los hombres de buena voluntad los conduce a convertirse, a pesar de sí mismos y sin saberlo, en agentes de intereses extranjeros. Y esto no se aplica solamente a los comunistas. Cualquiera que piense en otra cosa que en el interés de su propio país se convierte en servidor de intereses extranjeros. La generosidad es una manera de sacar las castañas del fuego: Bertrand se aprovecha de ello.

Ahora bien, es contrario a la naturaleza exigirle a la multitud que conozca esta contradicción de lo justo y de lo útil que los estadistas pueden ver, que deben ver y que es una de las dificultades esenciales de su oficio, y pedirle que desconfíe de ella. La conciencia es enteramente sentimental. Un relato impresionante la subleva y todos los tribunales lo saben muy bien. La violación de Lucrecia es el origen de la propaganda. De ésta provienen las noticias de Ems y de Büchenwald. No importa que sean ciertas o falsas. La indignación es como una inundación: no hay sino un problema y es hacer saltar el dique. Si se acusa a alguien de comer niños crudos al desayuno, no faltará quien lo crea y de ello se deducirá una filosofía. Porque en este caso la propaganda, los sentimientos y las conclusiones son una sola cosa. Ustedes han desencadenado una fuerza que no conocían. Han instalado entre ustedes mismos ciento cincuenta millones de bases morales que sus enemigos tratarán de utilizar, para que cada norteamericano pueda levantar el puño contra ustedes cuando se lo mande un técnico extranjero que sepa su oficio. Han hecho de la guerra una gigantesca campaña electoral: han instalado una tribuna mundial a la que puede subir todo el que quiera.

Ustedes creen combatir esas voces. Creen persuadirlas. Piensan que millones de hombres *elegerán* el ideal de ustedes. Su guerra será una guerra de voluntarios, una guerra de soldados-ciudadanos. Están pensando que su voz será la más fuerte y que todo el mundo estará convencido de que su campo es el de la paz y la libertad. ¿Pero es que ustedes no saben ver? Los partidarios del comunismo no dejan de aumentar en Europa. Los gobiernos que están a sueldo de ustedes adulteran los escrutinios e inventan leyes inhonestas: falsifican así la democracia y separan a los comunistas del poder, pero

no podrán cambiar los corazones. Cuando es necesario batirse lo que cuenta son los hombres, no los diputados. ¿Qué harán ustedes con aliados cuyas tropas son ya desleales y lo dicen? Ustedes repiten que la U. R. S. S. es el país de los campos de concentración y de los trabajos forzados: pero nadie les cree. Si miran las cifras de los últimos resultados políticos, comprenderán que nadie les cree. Ustedes han sembrado una cizaña que hoy los está ahogando. El principio secreto, pero esencial, del antifascismo es que un país progresista no puede ser un país criminal: *un país progresista no puede hacer mal*. Este axioma condensa lo que ustedes han hecho, lo que continúan haciendo, lo que harán si siguen la misma vía que hasta ahora han transitado. Hay una gran ley acerca del idealismo y es que el idealismo radical triunfa sobre el idealismo moderado. El idealismo es una especie de locura generosa que se apodera del corazón humano. Hace de los hombres profetas, sacerdotes, ídolos. El idealismo rechaza a los tibios. Obedece a las leyes de la locura, ensordece, enceguece. Aquellos a quienes toca están ebrios, olvidan su razón, su pasado, su vida. Le explicaba atrás, señor senador, cómo los católicos han venido a ser, sin saberlo, los cómplices de los agentes soviéticos. Es el idealismo lo que los ha conducido con un paso seguro, inexorable; es el mismo idealismo que ustedes nos recomiendan y del cual hacen la carne y la sangre de su doctrina.

¿No ha visto usted un pajarito hipnotizado por un milán? Esa fué la historia de esos católicos. Nada más contrario, no solamente a sus convicciones sino a la esencia misma del dogma, que la profesión de fe sobre el progreso humano que es el alma del antifascismo. La doctrina de la caída y del pecado original está presente para recordar al hombre que no es ni bueno ni perfectible y que no es de los medios humanos de donde le viene su salud. Los católicos saben que esta contradicción es evidente. Sin embargo todo es vano. El idealismo es una fuerza tal que les hace romper hasta el dique del dogma y traicionar la evidencia. Es imbecilidad en muchos, pero no en todos. Y para algunos de estos cristianos es ciertamente un drama y un drama muy grave, un drama muy doloroso, no hallarse del lado de aquello que piensan que es la libertad y sobre todo no hallarse del lado que creen ser el de los obreros, el de los humildes, el de los pobres. ¿Cómo no comprenderlos? No pienso aquí en los políticos sino en los cristianos que son sinceros, en los sacerdotes obreros, en otros parecidos. ¿Cómo censurarlos sin apelación? ¿Cuál es esta fuerza que les hace olvidar todo y los maneja? Aquí se pesca en aguas turbias. ¿Y si la libertad de los antifascistas no fuera la verda-

dera libertad, si el imperio de Moscú no fuera el imperio de los obreros, el imperio de los pobres? ¿Cuáles son los anteojos que permiten ver con claridad a esa conciencia que tortura y que punza? ¿Ha pensado usted en el llanto y en el remordimiento del hombre de buena voluntad que se ha engañado o que ha sido engañado? ¿Y en el remordimiento del hombre a quien se ha utilizado contra sus convicciones? El sentido verdadero de la guerra de España no fué visible para todos sino después de la segunda guerra mundial, cuando todo el mundo comprendió que los problemas llamados políticos son esencialmente problemas estratégicos. Fué entonces solamente cuando se descubrió que la guerra de España había sido en realidad una rivalidad por una base, una disputa en torno a un porta-aviones. Era por eso por lo que se había movilizado la conciencia universal. En este punto de nuestro razonamiento comenzamos a comprender que la conciencia universal no es sino una variedad de los "comandos" de desembarco.

Los católicos no eran los únicos a quienes se traicionaba. Otros hombres tenían también una misión: una misión tal vez menos grande que la de mantener la Cruz de Cristo, pero grande y bella: la de proteger a su patria y no permitir que le ocurriera daño alguno. Ellos también, señor senador, han dejado de escuchar, han dejado de reflexionar. No se han dicho que, cualesquiera que fueran sus sentimientos, era criminal dejar establecer sobre la península de España, clave del Mediterráneo, un estado satélite de la Rusia soviética. Ellos también se han negado a comprender, se han negado a ver la evidencia. Y han hecho todo lo que está a su alcance para que este territorio tan importante para el destino de Occidente pase al control de los enemigos del Occidente. ¿Dónde estarían ustedes hoy, dónde estaríamos nosotros, señor senador, si un mariscal ruso mandara en España? ¿Piensa usted que podría hablarse de una defensa de Europa? ¿Y siquiera de una defensa de África? ¿Siente usted qué representa en la balanza de las fuerzas la victoria de Franco? Ella los salva a ustedes, señor senador. Si ustedes pueden dormir tranquilamente en Nueva York es porque trescientos mil montañeses de Navarra y de Castilla se han hecho matar para que su país permanezca libre. En ese momento la conciencia universal nos gritaba y nos injuriaba, y yo conozco personas que todavía están hoy condenadas simplemente por haber deseado entonces la victoria de Franco.

He aquí, pues, lo que nosotros pensamos desde antes de la guerra acerca del idealismo. La serie de acontecimientos posteriores no

nos ha hecho creer que estábamos equivocados. Vimos desde ese momento que la conciencia universal tiene el poder de hacer olvidar a cada uno lo que es o debería ser lo esencial, de convertir a cualquiera en un mercenario del extranjero. El idealismo hipnotiza. Es el alcoholismo de las naciones. Ligadas por sus quimeras, exaltadas por sus sueños, sus víctimas se parcen todas entre sí. Se niegan a saber, se niegan a ver. Reban sobre la galera con los oídos obturados como los compañeros de Ulises. Las revelaciones de la evidencia no llegan hasta ellos. Es imposible que un país progresista haga mal, es imposible que la conciencia universal se equivoque. Perezca la Cruz, perezca la nación más bien que un principio. Sabemos por ellos que por donde la conciencia universal ha pasado no queda ninguna de las plantas del alma humana. Los paisajes de nuestro espíritu son devastados por ese viento desconocido. Todo se transforma en tierra árida, todo se convierte en una landa inculta y nadie puede decir ni se atreve a decir de dónde viene exactamente el viento.

Vea, pues, la conciencia universal tal como es, señor senador. Contiene un germen terrible, el germen de la traición. Vea las cosas tales como son. La defensa de la independencia nacional es un principio absoluto que no conoce ley ni límites. Es la voluntad de vivir de los pueblos. Está por encima del instinto más poderoso. Cuando desaparece nada la puede reemplazar. Cuando existe nada puede limitarla. Mezclar una idea extraña a esta voluntad de vivir es introducir un veneno en nuestra sangre. Encaminar ese capital de energía hacia un objetivo diferente es producir una grave herida en el alma de un pueblo entero, ocasionar una hemorragia mortal. Decir que un principio o un ideal es superior a los imperativos de la vida nacional es golpear a esa energía en su misma fuente. Esto es lo que el comunismo viene haciendo desde veinte años atrás y fué lo que ustedes le ayudaron y todavía le están ayudando a hacer. Son las ideas las que matan a los pueblos. Ustedes encuentran que Europa es un cadáver: fueron ustedes los que le suministraron la flecha envenenada.

Esta regla de la soberanía nacional no se aplica solamente a la ideología comunista sino a toda ideología. Ustedes no pueden luchar aisladamente contra la pretensión comunista de poner por encima de todo el servicio de la patria del proletariado, sino que tienen que aceptar la lucha en toda la línea y no tolerar que se ponga nada por encima del servicio de la nación. No se hacen compromisos con el suicidio. Si es permitido tirar sobre los propios generales, como lo dice "L'Internationale", en nombre de la libertad y en nombre de la democracia, todo pasa por esa brecha, incluso el comunismo. No

es permitido tirar sobre la nación. Eso es todo. No hay excepción a esta regla. No hay compromiso con esta regla. Todo lo demás conduce a Moscú.

Dígnese considerar, señor senador, que actualmente esa especie de traición ideológica decente, cubierta por las palabras respetables de libertad y democracia, irriga y fertiliza todas las formas de nuestra vida política. No hay uno solo de nuestros estadistas que no obre pensando en otra cosa que el interés de la nación, que no prefiera las multitudes a nuestras vidas, que no esté dispuesto a sacrificar a una ideología nuestra propia existencia y la vida de la comunidad a la cual pertenecemos, y que no sea en definitiva el instrumento y el capataz designado por otra nación.

Son los servidores de la democracia, de la libertad, de la persona humana, del progreso social, de todo lo que se quiera, pero no de lo que debía ser exclusivamente: los servidores de nuestro pueblo. Al dar constantemente la prioridad a un ideal sobre el servicio de la nación, al justificar el servicio de la nación por el servicio de un ideal, justifican también toda la propaganda comunista, aceptan el juego que les es propuesto y en el cual son vencidos de antemano. Un hombre de Estado que nos dice que es necesario servir a Francia porque es el país de la democracia y de la libertad, miente y traiciona. Miente porque no tenemos que servir a Francia por una razón de estas. La servimos: eso es todo. Traiciona porque cualquier día se le dirá que es necesario servir a la U.R.S.S. porque éste es el país de la verdadera libertad y de la verdadera democracia. ¿Y qué podrá responder?

Este es el resultado de su política, señor senador. Roosevelt hizo una guerra para entregar a los Soviets territorios que la diplomacia europea defendía palmo a palmo desde doscientos años antes contra la diplomacia de los zares. Despues hizo a los Soviets un don más precioso aún, irrigando en todos los pueblos en dosis masivas ese veneno que los paraliza, ese curare que la propaganda marxista intentó en vano inyectarnos durante treinta años. Esa ruptura del frente moral que cubría a nuestras naciones es tan grave por sus consecuencias como la pérdida de sus bases estratégicas. El frente está roto y estamos abiertos a todas las propagandas. Las naciones están hoy ante el comunismo como víctimas inmovilizadas, incapaces de mover un solo músculo y esperan el golpe de gracia lanzando débiles gritos. No fueron los partidos comunistas los que condujeron a este resultado: fué la política de Washington.

Desde entonces nuestros países, lo mismo que el suyo, las almas que les pertenecen a ustedes, lo mismo que las nuestras, están abier-

tos como un espacio aéreo sin defensa. La duda, el pánico, la discusión, caen sobre las almas como las bombas sobre las ciudades. El alma de un pueblo debe estar protegida como sus usinas y sus ciudades. El imperio cerrado del sistema soviético es la más grande lección de la política moderna. Hay una guerra microbiana que ustedes no previeron, y es la que se les hace cada día y cuyos efectos son invisibles y espantosos. Ustedes le temen a la peste. Hay una cosa peor: la disolución de las voluntades.

**

Hace cien años mi bisabuelo no sabía sino su Padrenuestro y su Credo. Era lemosino y partía en la primavera con los compañeros vidrieros, sus camaradas, para ir a las ciudades donde les ofrecían contratos. Obedecía a los edictos del principio. Y como no era soldado las cuestiones del Estado no le concernían. Era para él y para hombres como él para quienes se habían dictado los Mandamientos de Dios. Bastábales, en efecto, saber lo que un hombre común debe hacer respecto de Dios y de los otros hombres, y luego morían en paz habiendo vivido como hombres justos. En nuestro tiempo nos importan las noticias de los antípodas, nos preocupamos por ellas y, en efecto, nos conciernen, porque según lo que ellos nos informen, alguien puede desalojarnos de nuestro departamento o convocarnos bruscamente a Saverne (Bajo Rhin). Hemos venido a ser la materia prima para fabricar la historia, pero también somos una fuerza, porque es necesario persuadirnos. Somos semejantes a las partículas de limadura de hierro sensibles a una corriente magnética, la cual las orienta y las dirige: se hace pasar sobre nosotros todas las mañanas una corriente de pensamiento que nos hace utilizables. La conciencia de mi bisabuelo era su propiedad exclusiva, y nadie tenía derecho de mirar por encima de ella, a no ser su párroco. Nuestra conciencia de hoy es nuestra propiedad, o a lo menos lo creemos, y a la vez un bien colectivo, porque es su receptibilidad la que nos hace utilizables. Como de la citada caja de Pandora, de allí salen el bien y el mal. Es nuestra independencia y al propio tiempo es el instrumento de nuestra servidumbre. Podemos salvarnos gracias a ella, salvándola al mismo tiempo. También podemos perdernos para siempre por ella y perderla al mismo tiempo que nosotros.

Es, pues, desde este doble aspecto como debemos hacer la autopsia de este órgano hipertrófiado. El mundo moderno está saturado de pensamientos como un cielo tempestuoso está saturado de eléctri-

cidad. Y cada uno de nosotros es a la vez un receptor y un condensador. No debemos confundir estas dos funciones. Somos preciosos como condensadores, pero peligrosos como receptores. Si queremos permanecer como hombres libres nos es preciso escapar de la enorme escoba eléctrica que amontona las conciencias de la misma manera que la escobilla de una dinamo reúne las partículas de electricidad.

Esta prodigiosa cantidad de pensamiento que, semejante a un fluido desconocido, está como en suspensión en el mundo moderno, tiene sus proyectantes y sus ingenieros. Su objeto común es el de llegar a cada una de las conciencias que constituyen las partículas elementales de esta fuerza invisible y apoderarse de ellas para su provecho. La vida moral de cada nación, lo que podría llamarse su *espacio moral* por analogía con las expresiones "espacio aéreo" o "aguas nacionales", es violada cada día por recolectores de conciencia cuya acción no es menos peligrosa que la de los aviones extranjeros a los cuales prohibimos celosamente nuestro cielo. Cada día los proyectantes y los ingenieros del extranjero penetran entre nosotros, reclutan a nuestras gentes, y trabajan para ellos y por consiguiente contra nosotros.

Todos pretenden invariablemente representar la *conciencia universal*. Este es el fundamento de su método. Naturalmente la existencia de una conciencia universal no ha podido ser demostrada jamás y por muy buenas razones no lo podrá ser nunca. Pero esto no tiene, en realidad, ninguna importancia especial. Existe o no existe, hay quien se encarga de hacerla aparecer: es como el conejo del prestidigitador, que no importa si está en el sombrero, porque basta que el público lo vea. Y todo el mundo se burla, en cierto modo, de quien trate de averiguar si existe o no la conciencia universal: lo que importa es que se oiga por alguna parte una voz de la conciencia universal y que produzca la ilusión de que existe. De esta manera quien hable de la conciencia humana *delante* de diez millones de auditores está considerado como si hablara *en nombre* de esos diez millones, aun cuando nueve millones, en ese instante preciso, cierren el botón de su radio. La potencia del emisor representa el único mandato del que habla: es ese mandato. Expresa matemáticamente, por una cifra, el grado de Verdad que contiene su palabra y por tanto la proporción de conciencia humana que está en usted. Si su emisora no alcanza sino a diez mil oyentes, usted no representa ninguna parte de la conciencia humana; pero si su comanditario es lo bastante rico para que el emisor alcance para trescientos millones, usted se convierte en la conciencia de los pueblos, puesto que es su voz. Tal

es el instrumento nuevo que hemos descubierto para acaparar las almas. Esto se parece mucho al secreto de los hechiceros ventrílocuos que entre los Bambaras hacen hablar a los ídolos.

Desde luego, el ventrílocuo dice lo que quiere. Usted puede estar seguro de una cosa: él no dirá nada que no convenga a sus intereses. El ventrílocuo no pierde su tiempo y tampoco pierde su dinero. Cuando tiene necesidad de atrocidades alemanas, le sirve a usted atrocidades alemanas, y la *conciencia universal* exige muchos ahorcados y fusilados en nombre de este descubrimiento. Cuando necesita atrocidades rusas, descubre con la misma facilidad atrocidades rusas y la *conciencia universal* se prepara de la misma manera a exigir la expiación de ellas. De tiempo en tiempo el ventrílocuo clama a grandes voces: "¿Cómo pudo usted ser petainista? ¿Cómo se puede ser miliciano? ¿Cómo es posible llamarse fascista? ¿Cómo se puede ser comunista?" Estas grandes cóleras se parecen al monólogo enojado del profesor ante los muchachos que han tenido malas notas. Sería raro que eso no terminara por pelotones de ejecución. Porque el ventrílocuo habla a grandes voces pero también mata. Tiene sus espías, cuyo ojo vigilante escruta la tierra entera, con excepción del suelo donde reposan sus pies. Estos espías describen con precisión los campos de Siberia que nadie ha visto jamás, pero no han oído nunca hablar de Clairvaux y de la Central de Eysse, a donde podrían trasladarse en cuarenta y cinco minutos. Es verdad que no son pagados para esto. El ventrílocuo no gusta de perder su tiempo. Sus vigilantes son sus servidores. Son los capataces de las almas. Están encargados de darles de latigazos cuando se adormecen y de inspirarles grandes indignaciones que harán de ellas excelentes movilizadas, pero todo esto para el exclusivo servicio del ventrílocuo.

La conducción de la opinión por los métodos de la *conciencia universal* no puede, pues, llevarnos sino a una impostura, a un reinado permanente de la mala fe y de la mentira. Se establecerá el poder de los ricos y de los fariseos sobre pobres almas sin defensa. Se apelará a los buenos sentimientos de las personas honradas y éstas se convertirán en instrumentos. ¿Pero cree usted que la ilusión durará largo tiempo? ¿Cree que el hechicero se burlará de nosotros indefinidamente sin ser desenmascarado? Algún día se sabrá que sus dioses pintados son de madera. También se sabrá y se comprenderá rápidamente que esta industrialización de la conciencia y de la sensibilidad se hace a costa de nuestra conciencia íntima, de nuestra fuerza, de nuestra rectitud. Ella oscurece el deber y sobre todo se presta a todos los oscurecimientos del deber. Elimina la certidumbre natural y abre las vías de la confusión, del romanticismo, de la disidencia

y algunas veces del crimen contra la nación. Ahoga nuestra propia conciencia verdadera, la que reposa sobre el honor y sobre el sentimiento de que un hombre se debe a sí mismo. Y esto es lo que no se tarda en descubrir. Es lo que no puede, al fin, dejarse de ver.

Permítame recordarle aquí un ejemplo preciso, una desgracia ilustre, que muestra lo que puede esperarse de la citada industrialización. Pienso en el complot de los generales alemanes contra Hitler el 20 de julio de 1944. Le anticipo que no puedo evocar sin emoción el destino de esos hombres. Representan una tradición que no transige con el honor. Llevan nombres ilustres, consagrados por varias generaciones al servicio de su país. Todo lo que emprendieron estuvo fundado en la convicción de que servían, por vías extraordinarias, a un interés superior de la humanidad y sin duda al mismo tiempo a su patria. Sabían lo que arriesgaban y ninguna decisión fué más dramática que la suya, ningún fin más atroz. Sin embargo no puedo decir sobre ellos otra cosa que ésta: cualquiera que sea el respeto que su carácter me inspire, su conducta fué un acto de traición y su ejecución fué merecida y necesaria. En el momento en que tramaban una revolución palaciega, cuya vanidad hubieran debido aprender en la experiencia italiana, cada día, en cada frente, la juventud se hacía matar, se hacía matar inútilmente y lo sabía, porque se le había enseñado que el honor consiste en ser fiel a los juramentos y que sólo la muerte libera del deber de fidelidad. Se le había dicho a esa juventud lo que se nos ha dicho a todos cuando teníamos su edad: que el soldado no sabe nada, el oficial no sabe nada, el general no sabe nada, y que la orden que se les ha dado debe ser ejecutada sin discusión, porque el sacrificio que les parece inútil y absurdo puede salvar tal vez un regimiento, o una división, o el ejército entero; que ganar dos horas o dos días es quizás salvar el destino; que su juramento de fidelidad significaba todo esto y se refería no solamente a su jefe sino a través de su jefe y por conducto de éste a todos sus camaradas, y que traicionando a su jefe era a sus camaradas y a todo su pueblo a quienes traicionaba. Fué a causa de esto y porque su juramento tenía tal sentido por lo que el último día de Berlín, ante la puerta de la Cancillería, se vió constantemente en su puesto de guardia a un SS inmóvil, bien apoyado sobre los talones, como era su costumbre, montar su guardia; y cada vez que caía, un camarada, corriendo bajo las balas, venía a tomar su puesto, con el fusil en el puño como él, inmóvil como él, hasta que caía a su turno. Su fidelidad aquí no era sino un símbolo, pero son esos símbolos los que hacen la historia. Esos muchachos sabían que la derrota no desliga de los juramentos y que no hay muerte inútil;

sabían y adivinaban que su muerte, inútil en ese instante, era útil y preciosa para el porvenir, precisamente porque representaba esa fidelidad a sus camaradas y a su país de la cual la fidelidad al Führer no era sino una traducción. Si un SS de diecisésis años sabía esto, ¿por qué lo ignoraba un general? Es la grandeza del estado de soldado lo que ni la misma desesperación puede diluir. Lo que los SS hicieron en la puerta de la Cancillería lo hizo también un oficial francés, el teniente Roimarmier, en 1940, a la entrada del puente de Geenes con sus camaradas de Saumur. Tal vez era tan inútil batirse delante de Saumur como guardar la puerta de la Cancillería. Pero si aún hay en nuestro país gentes capaces de saludar a la bandera, es a causa del teniente Roimarmier y de sus camaradas, y no a causa de M. Bidault. Y advierto que prefiero esta concepción del honor a todo lo que se ha escrito sobre la conciencia.

Hay dramas que son propios de los altos cargos. Pero hay también tradiciones militares. Cuando la conducta del rey hería a un oficial, éste entregaba su espada y se retiraba a su tierra. De esta manera se ponía en paz con su conciencia sin peligro para la unidad y el porvenir del Estado. Cuando el general Malet quiso hacer, bajo el Imperio, lo que el general von Beck meditó contra Hitler, el caso de conciencia no era menos grave y el interés histórico de la conspiración era el mismo: la historia ha aprobado sin titubear su condena y su ejecución. Cosa propia de nuestro tiempo es la de poner en discusión la evidencia. En nuestro tiempo preferimos los generales que se instalan detrás de un micrófono a los oficiales que se hacen matar en su puesto. Es necesario escoger. Si es al general De Gaulle a quien debe presentarse como el modelo de nuestros jóvenes oficiales y no al teniente Roimarmier, no vale la pena de entregar una espada a los oficiales de Saint-Cyr: que se los vista de "matres d'hotel".

Su política ideológica desemboca, pues, inevitablemente, señor senador, en la traición. Conduce a actos de traición calificados, como el que acabo de recordarle, y estos actos han sido recomendados, aprobados, y aplaudidos por ustedes. Conduce también a un espíritu de traición, al cual me he referido más atrás, y este espíritu de traición ha sido estimulado y protegido por ustedes. Conduce a la mentira, a la hipocresía, a todas las bajezas de la propaganda, a las cuales ustedes mismos se han condenado a pesar suyo. En ese mundo invisible del cual ustedes no comprenden nada, han roto todo lo que era sólido y lo han reemplazado por lo precario. Nadie está seguro desde entonces de su deber y de su derecho. Ustedes han matado la lealtad y la fidelidad y con ello han herido a nuestras naciones.

Pero las devastaciones de su conciencia universal van más lejos aún. No solamente atentan contra nuestras naciones sino también contra nosotros mismos.

Porque en resumidas cuentas es en nombre de la conciencia que exigimos el silencio, en nombre de nuestra conciencia íntima. La vida de las conciencias no obtiene ninguna fuerza de un régimen de máximas falsas, de mentiras, de provocaciones, como no obtiene ninguna fuerza de la contemplación de las nubes. Pero la vida de las conciencias armoniza con la vida profunda de la raza y de la nación. La vida de las conciencias es simplemente la pulsación del país real. Es nuestra historia, es nuestra raza, son generaciones de campesinos y de artesanos, de soldados y de trabajadores, de obreros y de marinos, todos hijos de la misma tierra, es todo eso que encarna en cada uno de nosotros y que dicta los movimientos de nuestra conciencia. La vida de las conciencias no es otra cosa que el sentimiento y el descubrimiento de esta comunidad. Cada uno de nosotros es un eco. Esta masa de energía, que es la de la nación misma, impone a cada uno de nosotros sus reflejos. La expresión más alta de nuestra conciencia es el sentimiento de esta comunión que nos liga a todo, a nuestro pasado, a los hombres de nuestra raza, como también a los camaradas de nuestro combate y de nuestra obra. Lo que es justo se nos aparece en una coronada que no engaña jamás. Y en esa coronada hay de todo: quince siglos de cristianismo y de civilización, la caballería y las comunas, los campesinos saludando a la carroza del Rey y las secciones de la Montaña, nuestras banderas y nuestras guerras. Esta vinculación secreta que nos liga a través de los tiempos y también a través de las fronteras no tiene nada de común con las nubes del idealismo. Ella está en nosotros mismos. Y la vida de la conciencia no es sino nuestra propia vida. ¿Cómo podría estar esta vida amenazada por un Estado cuya voz estaría hecha por el grito de todos? En un ejército que se bate, el sonido mismo de nuestra conciencia, es el teniente Roimarmier sentado detrás de su ametralladora, es el muchacho de uniforme negro de pie en su puesto en nombre de sus camaradas, es el valor, es la paciencia, y no es el héroe de Sartre sentado a la orilla del camino, que se pregunta por qué caen las bombas y qué importa el puente de Saumur al ghetto donde vivían sus padres.

De esta suerte nuestra conciencia es lo que hay de más precioso en nosotros y también lo más vulnerable. Mejor dicho, nuestra conciencia es nosotros mismos y lo que hay de mejor en nosotros: en cambio, la conciencia universal es el robo de nosotros mismos. Nuestra conciencia no es una voz, como decía Rousseau. No tiene nada

absolutamente de una voz, es decir, de algo que no somos nosotros mismos y que resuena en nosotros. Es, por el contrario, nosotros mismos, es decir, nuestras entrañas y nuestra sangre. No es un dios que habla en nosotros, sino es el dios que está en nosotros. Es lo que la descendencia y la tierra y el tiempo han hecho de nosotros. Es el campesino que está en nosotros y el cristiano que está en nosotros. Es el caballero y leal servidor que está en nosotros o más bien que es nosotros. Es nuestra raíz y nuestra raza. Capas de educación, de mentiras, de timidez la encubren, pero en los días graves es sensible en nosotros como la cuerda de nuestra vida. No se la hace resonar, sino que es el sonido que nosotros damos. Es el recurso supremo de nosotros mismos que no aparece sino en el mandamiento y en la tragedia. De repente todo nuestro cuerpo, todo nuestro pasado dicen "sí" o "no". Todo en nosotros repugna o agrada como un animal. El acto mismo que se nos pide reacciona como un ácido. Nuestra conciencia no tiene nada que ver con una iluminación que viniera de fuera, porque somos nosotros mismos la luz: nosotros mismos, es decir, nuestra sangre.

Quien pretenda despojarnos del poder de decidir que está en nosotros y sólo en nosotros, en nombre de cualquier imperativo exterior, nos roba y abusa de nosotros. Inventa ídolos y nos sujeta a ellos. Se viste de hechicero y substituye a la voluntad de la tribu la voluntad o el interés del hechicero. Habla de moral y nosotros hablamos de honor. Decimos que no hay ídolos contra eso. Somos los únicos depositarios y jueces de nuestro honor. Y el honor no es otra cosa que el sobresalto y el instinto de nuestra sangre. Cuando hay contradicción entre la moral y el honor, es la moral la que está mal. Porque la moral es siempre sospechosa, la moral tiene una cuenta en el banco, la moral tiene empleados, o yernos, o hijas para casar, mientras que el honor no miente nunca.

La conciencia universal, finalmente, es lo contrario de la conciencia: es el robo, el despojo de nosotros mismos, la expropiación de nuestras almas, el desarraigo y la esterilización de nuestros pueblos. La conciencia universal es el aborto de las almas. En ella está el verdadero genocidio. Quitarle a un pueblo su genio y su corazón es matarlo. Y es a ello a lo que tiende ineluctablemente lo que se llama la civilización moderna.

Vivamos, pues, en la claridad y no en la confusión. Hagan ustedes su política pensando en los hombres y en la vida de los hombres y no en las ideologías. Es en eso donde está la fuerza y donde está también la paz.

CAPÍTULO III

EL HUEVO SE EQUILIBRA

En buen sentido, la reflexión, la prudencia, señor senador, y también la estrategia que participa de las tres virtudes citadas les aconsejan a ustedes cambiar la orientación de su política europea.

Lo que nosotros les pedimos es que tengan el valor de ser lógicos. Ustedes se han dado cuenta de que Roosevelt se equivocó y están procurando reparar uno tras otro los más graves de esos errores. Vayan hasta el fin. Comprendan de una vez que se equivocó por completo y hagan en todo, en seguida, en todas partes, exactamente lo contrario de lo que él hizo. No se dejen arrastrar por las secuelas de absurdo que los debilitan, que nos debilitan a nosotros también y que hacen perder a todo el mundo un tiempo precioso. Ustedes abatieron al Japón y ahora están resucitándolo. ¿Por qué lo que es una buena disposición en Asia deja de ser un acierto en Europa? ¿Por qué, si no porque ustedes se entregan a intereses particulares? Sus generales comprenden, han comprendido desde hace tiempo. Pero sus políticos son como los chinos: no quieren perder la cara. Para no perderla terminan por perder a América y a todo el mundo con ella.

Les han sido necesarios a ustedes siete años para comprender primeramente que España forma parte de Europa, y luego que en una guerra moderna España es por su posición la puerta del Mediterráneo. Pero España no es antifascista. Esta gran sombra ha bastado para anularla. Y durante siete años, por un prejuicio imbécil, ustedes han aceptado el absurdo militar de ignorar a España, de ignorar la geografía y de privarse del mejor puesto de vigilancia sobre la cuenca de los petroleros.

Al fin, poco a poco su política da vuelta. Empieza a armonizar con el buen sentido y con la estrategia. Pero este cambio de escena no será completo, y sobre todo, no será fructuoso sino cuando ustedes se hayan convencido plenamente de que no basta encontrar soluciones de fortuna a las faltas militares de Roosevelt y tapar al azar y lo menos mal posible las brechas que aquel presidente abrió en su

estructura, sino que, siendo la política de Roosevelt una e indivisible y siendo sus faltas la consecuencia de esta política, es esta política en sí misma la que se necesita rectificar en sus principios para destruir los efectos. No basta, pues, buscar una solución para España, después otra para el Japón y más tarde otra para Alemania y detenerse en las soluciones menos malas posibles. Es necesario unir todos esos problemas en una sola concepción y adoptar una política que no sea la continuación modificada de la de Roosevelt sino que sea *totalmente otra política*.

Esta nueva política no puede ser sino una sola y sus jefes militares les dan la señal. *Hagan anticomunismo con los anticomunistas*. Lo que quiere decir que en lugar de apoyarse sobre las fuerzas antifascistas y sobre las palabras de orden antifascistas deben apoyarse sobre las fuerzas nacionales, anticomunistas desde siempre, y sobre las palabras de orden nacional.

Lo que voy a hacerle en este capítulo es la descripción de esa política. Usted verá que ella reúne en muchos aspectos las preocupaciones y los consejos de algunos de los estadistas americanos. Es lo contrario de una política de vasallaje; es una política de independencia europea. Pero espero mostrarle que ustedes tienen más ventajas en una política de independencia europea que en la política de colonización soñada por sus turiferarios europeos.

**

¿En qué consisten esas fuerzas nacionales? ¿Cuál es su importancia? ¿Cuál es su porvenir?

Esta es una de las cuestiones que ustedes conocen menos, señor senador. Y es por esto: porque ustedes han creído y siguen creyendo que *liberaron* a Europa. Yo no le expresaré mi sentimiento sobre este punto. Pero lo invito a observar solamente que en consecuencia ustedes creen que los países de Europa son libres, las elecciones sinceras, la prensa honrada e imparcial, todas las opiniones permitidas. Aceptan, pues, como evidentes y seguras todas las cifras que les son suministradas por nuestros actuales gobiernos europeos, y estiman igualmente que la gran prensa europea les da una idea justa, un resumen completo de los matices de la opinión. Este es un error fundamental y enorme, de donde provienen posiblemente todas las decepciones que ustedes han sufrido en Europa. Porque están actuando como navegantes cuyos instrumentos de a bordo hubieran sido adulterados.

Permitame que me explique. Después de su desembarco, en todas

partes de Europa se instalaron gobiernos de hecho. Su primer cuidado fué el de aprisionar y fusilar. El terror que sobrevino entonces fué el período más sangriento de la historia europea, y uno de nuestros ministros pudo declarar con orgullo que había sido infinitamente más sangriento en Francia que el Terror de 1793. Hubo cien mil ejecuciones sumarias o legales en Francia, otras tantas en Bélgica, trescientas mil en Italia. En Europa Occidental solamente, medio millón de personas pagaron con la vida su lealtad a sus gobiernos legítimos. Puede imaginarse, señor senador, cuánto odio permanente han sembrado estas medidas. Debe imaginar también qué terrible peso de temor y de prudencia impusieron a bloques enteros de población. Durante cinco años nadie se ha atrevido a expresar su pensamiento en toda la Europa que ustedes controlan. Todo el mundo se calla porque todo el mundo teme. La oposición que ustedes creían permitir conducía directamente a la prisión. Era un crimen escribir cualquier cosa contra el credo del régimen y era un crimen mayor reunirse para decirlo.

Por otra parte, los regímenes que subieron al poder contaban con medios más eficaces que la energía de sus magistrados. Se habían apoderado, desde su instalación, de la radio y de la prensa. La radio vino a ser sencillamente radio de Estado. El francés que gira el botón de su dial no escucha sino una voz, siempre la misma. Respecto de la prensa, ya le he dicho cómo nuestra prensa, cuya variedad puede producir ilusión, pertenece de hecho a un puñado de padres. En cuanto se trate de cosas importantes no expresa en realidad sino una sola opinión. Se hizo la misma operación sobre los partidos políticos. Con ellos se organizó un monopolio. No se permitió la existencia sino de aquellos que no ponían en duda las verdades fundamentales del régimen. Estos tuvieron su prensa, medios de acción, libertad de expresión. Los otros fueron considerados enemigos del Estado y en cuanto aparecían se los condenaba porque estaban, según se decía, formados por malos ciudadanos que no tenían el derecho de fundar un partido. En este sentido la Europa Occidental está más unificada de lo que usted piensa. Durante cinco años, los países que ustedes llaman *libres* tienen poco más o menos el mismo régimen que los países sometidos a la ocupación militar americana: han conocido la policía, la prensa dirigida, los partidos con licencia. De un extremo a otro de Europa, desde entonces, miles de hombres han tenido la impresión de vivir en países ocupados.

Conciba, señor senador, cuán difícil es, en estas condiciones, formarse una idea exacta de lo que piensan los pueblos de Europa Occidental. Ciertamente han votado; han tenido los instrumentos y las

apariencias de la libertad. Pero por todas partes han votado bajo la coacción y su libertad ha sido ilusoria. ¿Qué conclusiones pueden ustedes sacar de las cifras así obtenidas? ¿Cree usted realmente que todos los alemanes siguen al canciller Adenauer? Lo mismo ocurre con los franceses y con los italianos. Todos leen los diarios encogiéndose de hombros y votan, como decimos nosotros, por los menos malos. Conciba bien esta falsificación porque es capital. Desde hace cinco años toda la Europa Occidental vota no por lo que desca, no por lo que aprueba, sino *contra los peores*. Esos votos tienen, pues, un sentido negativo y no un sentido positivo. De ellos no pueden ustedes obtener ninguna clasificación, ninguna jerarquía. Ustedes consultan cifras falsas, razonan sobre estadísticas adulteradas no solamente por los gobiernos sino por el consentimiento general. Durante cinco años los pueblos de Occidente no se han atrevido a decir lo que piensan; se les ha mentido y ellos lo saben, como saben que están en la imposibilidad de expresar sus opiniones en la papeleta del voto. Durante cinco años nuestros regímenes han sido una construcción ficticia que les ha ocultado a ustedes la Europa real, una máscara que les ha impedido ver nuestro rostro. Durante este tiempo los pueblos de Europa han despertado: y es necesario que ustedes lo sepan.

Por todas partes han aparecido en Europa poco a poco fuerzas conscientes del peligro comunista e igualmente espantadas por la impotencia y la complicidad de los regímenes actuales a este respecto. Por todas partes hay hombres que se han dado cuenta de que, no pudiendo contar con sus gobiernos, deben contar consigo mismos. Han adquirido conciencia, al mismo tiempo que los jefes militares americanos, de los métodos nuevos del partido comunista. Pero esos hombres han visto perfectamente que los regímenes semimarxistas que gobiernan a la Europa Occidental, no son en realidad, sino introductores de la hegemonía comunista; y eso no lo han visto siempre los jefes militares americanos y mucho menos sus estadistas.

Las fuerzas que se han constituido así en cada país se reconocen entre sí por una interpretación diferente de los acontecimientos recientes. Abarcando la historia de la lucha del comunismo y de Europa desde hace veinte años, aquellas fuerzas no miran los sucesos de 1944-1945 como una victoria de las naciones libres sino como una derrota común de Europa a favor del bolcheviquismo. Por otra parte, toman los sucesos interiores de estos dos años por lo que son: los miran como los incidentes dramáticos de una guerra civil. Contemplan esta guerra civil, que poco a poco ha tomado las mismas formas en todos los países de Europa Occidental como el prodromo premeditado de una conquista política de Europa por el bolcheviquismo.

Consideran, pues, estos sucesos como un todo y no conciben que se pueda luchar eficazmente contra el bolcheviquismo sin luchar igualmente contra la forma preliminar adoptada por la revolución bolchevique en cada uno de nuestros países. No separan al antifascismo del comunismo de que aquél es el anunciador y piensan que luchar contra el antifascismo marxista, instrumento del comunismo, es una de las maneras más útiles de luchar contra el comunismo marxista. Lo rechazan todo y comienzan por la raíz. Son anticomunistas conscientes.

Por un reflejo del mismo orden esas fuerzas han rehusado igualmente separarse del espíritu de las luchas anticomunistas de antes de la guerra, es decir, asociarse a una condenación total y sin atenuantes. No desean de ninguna manera la reaparición de los regímenes fascista o nacional-socialista. Saben perfectamente que éstos cometieron errores y desean hacer objetiva y útilmente la crítica de las equivocaciones. Saben sobre todo que el fascismo y el nacional-socialismo han muerto y que no podrán resucitar, porque la historia no marcha hacia atrás. Pero saben también que no se pueden destruir veinte años de la historia de un pueblo y que las condenaciones sin atenuantes son tan contrarias a la lógica de la historia como las nostalgias intransigentes. Estiman solamente que se debe mirar a esos regímenes sin prevenciones, como experiencias históricas, con el mismo título que la experiencia democrática o la experiencia comunista. Lo que era justo en cada uno de esos regímenes no debe ser eliminado sin examen y simplemente desde su origen. Lo que era útil en la lucha anticomunista no debe ser abandonado de manera total. Y en una Europa que busca con tanta dificultad su porvenir, sería absurdo ignorar lo que fué la fuente de tanto heroísmo y de tanto sacrificio o desconocer los principios, cuando estos principios son también los del honor y la lealtad.

Estas fuerzas que vemos aparecer en todos los países de la Europa Occidental representan la reacción sana, y la reacción instintiva, por decirlo así, de los organismos nacionales contra el virus comunista. Por todas partes en el Occidente se ha querido instituir un sistema, conformar los pueblos a ciertas creencias, hacerlos entrar a la fuerza en un molde preparado totalmente para su vida política y moral. Pero las naciones son seres vivientes y tienen reflejos de seres vivientes. Esos tratamientos, esas transfusiones, esa medicina extranjera las conducen a la muerte. Las naciones lo sienten confusamente. La reacción que usted puede constatar por todas partes es una reacción casi biológica. Es el sobresalto que el instinto despierta en el ser viviente en el momento del peligro. No es de extrañar, pues, que ese instinto las haya impulsado a oponerse violentamente a todo lo que nos ha sido enseñado desde hace cinco años por el marxismo reinante. Sin

que se conozcan, esas fuerzas nacionales han elegido en todas partes las mismas palabras de orden. Les bastaría atacar por todas partes las palabras de orden de la conjuración antifascista. Usted podrá verlas, por todas partes, condenar la hipocresía, la palabrería, la demagogia: prefieren los hechos a las promesas. Desconfían del idealismo fácil y extraen de los principios que hicieron en otro tiempo la grandeza de nuestras naciones los preceptos que aseguren nuestra rehabilitación. Son fuerzas nacionales, es decir, que colocan a la obediencia por encima de todo, lo mismo que a la disciplina y a la lealtad, sin las cuales los Estados no pueden vivir. Son fuerzas obreras, es decir, que están decididas a ofrecerle al pueblo otra cosa que palabras y a asegurar efectivamente la liberación de los trabajadores, su derecho a la asistencia y a la seguridad, en detrimento de los intermediarios judíos y del gran capitalismo internacional. Son fuerzas que piensan que la restauración del instinto nacional es el único medio de asegurar la fuerza y la independencia de las naciones de Occidente y que una justicia social real es el ejército más eficaz que puede emplearse contra el comunismo. Quieren así poderes fuertes que no titubeen en atacar a los agentes del extranjero. Su anticomunismo no es de ayer. Los hombres de que le hablo luchan contra el bolcheviquismo desde hace más de veinte años. Frecuentemente han recibido en ese combate terribles heridas y saben cómo se conduce la batalla. Las heridas de esos veteranos hablan por ellos. Han aprendido qué el único medio de obtener una Europa sana es por medio de naciones sanas. Han pagado cara esta experiencia. Diga usted si prefiere creer en sus recién convertidos.

Tal es la experiencia que les viene de su instinto y de su pasado. El estado presente de Europa les ha enseñado otra cosa y en este aspecto es indispensable que usted también lo sepa. Han comprendido que sus escisiones de otros tiempos les fueron fatales. Estos hombres, los más celosos de su independencia nacional, conocidos en el pasado por la intransigencia de su nacionalismo, han venido a ser hoy en sus países respectivos los militantes más activos y los más decididos de la unidad europea.

Estos hombres representan, y es necesario que usted lo sepa, señor senador, lo que ha hecho la grandeza de nuestras patrias en el tiempo en que éstas eran poderosas. Su concepción del hombre es la del soldado y la del creyente. Piensan que la religión del juramento es eterna y que nada prevalece sobre la palabra dada. Estiman que la desgracia no los desliga de ella, ni tampoco la perversidad del principio. Piensan, al contrario de los idealistas, que las formas políticas son transitorias y que solamente el país y el alma de ese país son eter-

nos. Quieren ser hombres y legar a sus hijos sus ciudades y sus tierras tales como las recibieron de sus padres y no como dominios anónimos sobre los cuales el más atrevido es el amo y donde el extranjero impone su ley. Tienen la paciencia de los campesinos y también el valor de los campesinos. Y la desconfianza de los campesinos. Son ellos quienes han hecho nuestras provincias y nuestros burgos y son ellos también quienes, en nuestras guerras lejanas, tomaron las armas para defender sus aldeas y sus campos. Son ellos quienes estuvieron en Verdún. Son ellos quienes estuvieron en el Chemin des Dames. Son hombres desconfiados: y saben que la libertad no está representada solamente por una papeleta de voto y saben también que una papeleta de voto puede ser un buen instrumento para hacer desaparecer la verdadera libertad. No crea usted que el senador Milwaukee, su colega, les haría creer todo lo que le pasa por su cabeza. Ellos han vendido muchas veces caballos en las ferias del cantón antes de que se supiera en nuestros países que existía un capitolio en Washington y desconfían del extranjero de perfil levantino que pasa por las ferias para engañar y especular. Son malas cabezas y escuchan al señor alcalde de mejor gana que al presidente Truman y al deán de Canterbury. Pero, qué quiere usted, son los soldados de Europa y no hay otros. Son los hombres que han hecho a Europa y no los otros, especialmente los hombres que estaban en esos tiempos en los ghettos de Lublin y de Cracovia. No se engañe, senador, son ellos y solamente ellos quienes defenderán Europa. Los otros hablan, hablan y en el momento de peligro reservan su puesto en el primer "skymaster" listo para partir. Ustedes tienen que elegir en Europa entre esos hombres y los políticos.

Aún una palabra, señor senador, sobre esas fuerzas que ustedes conocen mal. No se hipnoticen con sus estadísticas y sus papeletas de voto. A esos hombres, y ésta es una de las cosas más difíciles de comprender para ustedes en las cuestiones de Europa, se los ve salir por todas partes en las horas de peligro y entonces se descubre que son legiones, se comprende que son verdaderamente el pueblo de Europa: pero no se los ve o se los ve mal en el juego de los partidos. Es una carta que debe jugarse por instinto y no por ciencia y con seguridad. ¿Qué podría decirle de ellos que le indique su potencia? Nada puede darle una idea exacta de ello. Se siente pero no se comprende. Es un peso, no es un número. Es el peso mismo de nuestra civilización y de nuestra historia, el peso de nuestro pasado y no existe nada para calcularlo y medirlo. Y sin embargo esta fuerza, intraducible a los términos de la política actual, es tan sensible y tan presente que usted no puede dejar de ver por todas partes su

advenimiento y su marcha. Si las consultas populares que han tenido lugar en Europa desde hace dos años tienen algún sentido, es el que indica la decadencia cada vez mayor de las formaciones antifascistas salidas de la guerra civil y la entrada en escena de las fuerzas nacionales.

Seguramente formaciones políticas, como el partido del general De Gaulle en Francia o el partido de Winston Churchill en Inglaterra, no son fuerzas nacionales auténticas. El deseo y aún, para decirlo más claro, la aspiración a la servidumbre bajo los Estados Unidos, la influencia de los bancos judíos y de las palabras judías de orden, han impedido siempre a los estados mayores de esos partidos adquirir conciencia de su misión. Y Churchill, lo mismo que De Gaulle, destructores de Europa, cómplices de la invasión comunista, agentes conscientes y eficaces de todas las fuerzas de la destrucción, ilotas ebrios que se despiertan frente al abismo, no pueden ser hoy guías de sus pueblos. Su política siente al rabino como en el pasado. Pero los hombres que los siguen y que a falta de cosa mejor votan por sus partidos, experimentan antes que todo su disgusto por la política antifascista y su aspiración a una política nacional. Esta conducta es una protesta. Y lo que importa es esta protesta, que viene a ser un plebiscito. Aquellos políticos son los jefes indignos de fuerzas reales a las cuales procuran envolver y cuya potencia utilizan. Tenemos que cuidarnos de que su acción no conduzca finalmente a sacrificar a las divisiones judías algunos millones de jóvenes europeos. Pero en el juego político real de Europa las fuerzas que ellos han captado tienen su peso, su sentido, a los cuales debemos estar atentos. Negamos a De Gaulle el derecho de llamarse jefe nacional, puesto que fué un soldado felón pagado por el extranjero, y el de calificarse como jefe europeo, puesto que contribuyó tanto como pudo a la servidumbre actual de Europa; pero a los hombres que lo siguen y a los cuales está obligado a hablar ahora en un lenguaje nacional y europeo, en contradicción con su pasado, los llamamos y tenemos el derecho de llamarlos fuerzas nacionales; nos sentimos sus camaradas, sabemos que estamos comprometidos con ellos en un combate común y sabemos también que estamos separados transitoriamente por un soldado sin honor al cual pensamos que repudiarán un día.

Estas reservas y estos rechazos no deben ocultarle lo esencial, señor senador. Lo esencial es esta evolución decisiva de la mentalidad europea comenzada desde hace tres años. Por un lado usted ve surgir de todas partes fuerzas nacionales resueltas a combatir el peligro comunista, y no solamente el comunismo en sí mismo, sino a sus cómplices y las máximas que facilitan la infiltración comunista: y esas

fuerzas nacionales crecen tan rápidamente que se ve desde ahora el día en que la política de Europa deberá tomar cuenta de su existencia. Por otra parte, los jefes militares y los estadistas americanos, cada día más numerosos, les aconsejan a ustedes apoyarse, para combatir el comunismo, sobre las fuerzas anticomunistas que han existido siempre en Europa y cuya reconstitución ustedes deben desear y favorecer. Ustedes llegarán necesariamente a esta política lógica, a esta política natural. ¿Por qué perder el tiempo? ¿No comprende usted que la política de mañana tiene que ser la de una América anticomunista que deje desenvolverse libremente a una Europa anticomunista y que se felicite de ese libre desenvolvimiento? ¿No es más sabio prepararse desde ahora a esa política natural, adaptarse, pensar en ella con anterioridad?

¿No es éste el sentido de las decisiones recientemente adoptadas por ustedes? Era absurdo y criminal rechazar un entendimiento con España por simples razones ideológicas. Ustedes han acabado por comprender la evidencia y han escuchado los consejos de la sabiduría. ¿No es éste un ejemplo para toda su política? Desde hace tres años ustedes se obstinan en ignorar a las fuerzas que, en el equilibrio espiritual y político, son tan importantes como la península española en el complejo mediterráneo. Y se obstinan por las mismas razones que les hacían ignorar a España. Descubran esta geografía de las fuerzas morales como descubrieron la geografía estratégica del Mediterráneo. Esas fuerzas nacionales son a través de Europa la España invisible con la cual ustedes deben conversar. Ellas los esperan, no serviles ni venales, sino seguras de lo que son y de lo que quieren y convencidas de que lo que puede salvarlos a ustedes no es diferente de lo que puede salvarnos a nosotros y de que el poder de Europa no es contradictorio con el poder de los Estados Unidos. A ustedes les toca decidir si prefieren conversar con los soldados de Verdún y de Stalingrado o con los bribones de la B. B. C.

Las ideas que voy a exponerle en las páginas que siguen no son estrictamente personales y creo que pueden ser miradas como la posición de las fuerzas nacionales en Europa. He procurado asegurarme de que tenían este carácter, exponiéndolas delante de auditórios tan representativos como me ha sido posible. Es a causa de la aprobación que han encontrado por lo que me permitió presentárselas a usted como una posición común o por lo menos favorablemente acogida.

Para conservarles este carácter he procurado darles a estas páginas una forma tan parecida como es posible a aquella bajo la cual fueron presentadas y sostenidas en otros lugares. He dejado en ellas pasajes que hubiera debido suprimir porque quedan repetidos en este

pequeño libro y, por el contrario, me he abstenido de agregar consideraciones que me han venido al espíritu más tarde y que hubiera debido insertar para completar mi pensamiento. He querido que usted tenga con ellas, señor senador, una especie de documento que no ha sido escrito para agradar, ni para brillar, ni para ninguna de las razones que obran frecuentemente sobre los escritores. Es importante que usted sepa sin reticencias y sin ambajes lo que aprueban algunos millares de hombres que representan, así lo creo, el pensamiento de centenares de millares de otros hombres ⁽¹⁾.

**

La base de nuestro razonamiento político es la siguiente: tenemos la convicción de que faltas extremadamente graves han sido cometidas en la conducción de los problemas mundiales desde 1941. La conducción de esa guerra aparece hoy como un crimen contra la civilización. La guerra era evitable: pero no se la quiso evitar. A partir de 1942, y más aún en los años que siguieron, la guerra adquirió el carácter de una defensa de Europa contra el peligro bolchevique: se desconoció este carácter. Alemania cometió faltas, ciertamente, y faltas graves. Pero lo esencial es que a la postre la derrota de Alemania colocó a Europa en la situación más dramática y más desesperada de su historia. La derrota de Alemania en 1945 aparece hoy como la más grande catástrofe de los tiempos modernos.

Si analizamos la historia de los últimos diez años nos daremos cuenta de que, reconociendo las faltas de cada uno, el origen de esta situación dramática de Europa está en el frenesí antifascista de Roosevelt y de quienes lo rodeaban. Esta histeria les hizo perder todo contacto con la realidad. Roosevelt lanzó voluntariamente a su país en una guerra ideológica que la protección de los intereses americanos no exigía. Y agravó esta situación haciendo adoptar en Casablanca la tesis fanática de la rendición incondicional de Alemania, de la cual salieron todos los desastres de la posguerra. Y como si algún demonio del mal lo hubiera conducido con los ojos vendados hacia las catástrofes más previsibles, completó todas sus faltas con el rechazo del plan de desembarco por Yugoslavia, que hubiera llevado directamente la ofensiva americana sobre el Vístula, prefiriendo el

(1) El texto que sigue es el de una conferencia pronunciada el año último en círculos privados en una serie de ciudades de Alemania. Esta conferencia fué editada en un folleto en Amberes y publicada igualmente en Alemania y en Italia.

ataque estúpido por la costa francesa, el cual entregaba a los rusos la mitad del territorio alemán. El cielo intervino demasiado tarde para salvar a Europa. Cuando Roosevelt murió, todo el mal que había podido hacer había sido hecho. Y la inexperiencia de su sucesor hizo definitivas tan absurdas aberraciones políticas al aceptar sin discutirlas todas las condiciones que Stalin propuso en la conferencia de Potsdam. Con todo esto la conjuración antifascista alcanzó plenamente sus objetivos. Había anulado al enemigo, pero se había equivocado de enemigo. Alemania estaba destruida, aniquilada, había sido eliminada del mapa de Europa. Pero aquellos ignorantes y aquellos locos no habían olvidado sino una cosa: que el tiempo no construye en vano los continentes y las naciones, que la geografía expresa leyes necesarias y tan absolutas como las leyes físicas, y que en el momento en que Alemania había dejado de vivir Europa también había dejado de existir.

Al destruir el equilibrio político que existía desde hacía siglos, porque la Alemania moderna no es sino una transposición geográfica de la Casa de Austria, el "brain-trust" antifascista hacia desaparecer todos los obstáculos que se oponían a la extensión del monstruoso poder ruso-mongol. Jamás había sido tan necesaria la existencia de Alemania como en el momento que se elegía para destruirla. Al destruirla no eran solamente las llanuras de Brandeburgo las que se abrían a los ejércitos rusos, sino la Europa entera la que se les entregaba. Para comprenderlo basta mirar el mapa. Es insensato pensar que, si Alemania desaparecía, las potencias agazapadas que quedaban en el fondo de la casi isla europea pudieran oponerse a la invasión asiática. Se trata de una simple ley física, de una aplicación geográfica de la ley de la gravedad. Sin la barrera alemana el peso del continente asiático podría aplastar hasta la extremidad de Europa sin esfuerzo y aun sin guerra. Muchos hombres vieron esto con tiempo oportuno: pero nadie quiso escucharlos. Y desde el fin de la guerra en nuestros países sometidos a un régimen de sujeción y de policía ninguna voz ha podido hacerse oír para mostrar la extensión de las faltas que se cometían.

Otra culpa igual y paralela fué cometida al mismo tiempo y de ella fué responsable la misma histeria ideológica. El universo moral tiene sus leyes que son las mismas que rigen el universo geográfico. Las ideas actúan como fuerzas, se combinan o se contradicen, se hacen contrapeso o se equilibran. Cada una de las grandes ideas colectivas de una época tiene su función histórica y su lugar necesario en el equilibrio político. Es tan peligroso hacer desaparecer una de ellas como cambiar el mapa de un continente. El nacional-socialismo había

cometido faltas: como todas las ideas sometidas a la prueba de las altas presiones políticas, tenía necesidad, lo mismo que el fascismo, de una interpretación nueva que guardara lo que había de bueno y que eliminara lo que pudiera parecer causa de debilidad. Pero con todas las transformaciones y las correcciones que se quisieran continuaba siendo una idea necesaria y constituía en el mapa ideológico del mundo un contrapeso necesario para resistir al comunismo, de la misma manera que Alemania en el mapa de Europa era una barrera necesaria para contener al imperialismo asiático.

Los acontecimientos debían demostrarlo cada vez más claramente. La democracia de los partidos fué introducida en Europa, pero no hacía palpitar los corazones ni suscitaba los sucesos. La exhibición que ha hecho en todos los países de Europa desde 1945, la hipocresía de sus promesas y la crueldad de su régimen no han hecho sino agravar esta desafección. Todos sabemos que existe ciertamente una democracia más sabia, más razonable que la democracia del Frente Popular que pudimos ver en acción. Pero los pueblos no hacen esta diferencia. La democracia de los partidos aparece cada vez más como el dominio de los extranjeros. Es el instrumento de la servidumbre de Europa. Los partidos nos entregan, unos a los Soviets y otros a los financieros internacionales. Se combaten entre sí, pero terminan por proponernos a nuestra adoración a cualquier personaje oriundo de Bukovina o de Georgia. La democracia del Frente Popular nos arroja de nuestra patria: nos arrebata la libertad y la propiedad de nuestro suelo. Y finalmente, con el pretexto de asegurar sus derechos a todo el mundo, nos retira a nosotros el derecho de vivir. Defender esta democracia militante, no es defendernos sino defender a nuestros opresores, defender a los aprovechadores de la catástrofe. Los pueblos comienzan a darse cuenta de ello. El resultado es el siguiente: en la mayor parte de los países de Europa — y esto es verdadero respecto de Francia, como de Italia, como de Alemania — no hay hombres dispuestos a hacerse matar por los regímenes actuales. No hay mística de la democracia. Tal es la realidad política. No hay en Europa en absoluto mística alguna que oponer a la mística comunista. Tal es el resultado de cinco años de gobierno de Frente Popular.

Este es el punto al cual hemos llegado como consecuencia de la conducción de las cuestiones mundiales por la histeria antifascista. Desde el punto de vista geográfico, las naciones de Europa son actualmente presas indefensas a merced de una ofensiva soviética, y no pueden escapar a esta situación sino aceptando convertirse en instrumentos de la política americana. Y aun así la protección militar que se nos presta es poco eficaz. Todo el mundo sabe que en caso de ata-

que soviético no disponemos actualmente en Europa de ninguna fuerza capaz de contener una ofensiva o siquiera de dificultarla mientras lleguen refuerzos sustanciales, y las afirmaciones de algunos estadistas ("nos batiremos aquí y allá") no cambian en nada esta realidad. Desde el punto de vista ideológico, también este terreno vago está mal defendido. En todos los países de Europa la traición comunista se esparce a su gusto y en ninguna parte es enérgicamente combatida. Los gobiernos de Frente Popular no se atreven o no quieren combatir al comunismo. Se han ligado a éste por una secreta complicidad. Los partidos nacionalistas son los únicos capaces de combatir al comunismo sin cuartel.

El trabajo que tenemos que hacer es, pues, inmenso y además urgente. Es esta circunstancia de nuestra tarea la que debe conducirnos a buscar antes que todo soluciones inmediatas y prácticas, después de haber comprobado que estamos de acuerdo sobre los objetivos esenciales.

Pensamos que el deber de los hombres de nuestra generación es el de realizar un bloque de los países de Europa, un bloque militar y políticamente fuerte dentro del cual seremos nuestros propios amos, de cuyo seno serán excluidos los agentes extranjeros, y que no hará la política de los otros sino su propia política, con el propósito fundamental de mantenernos al margen de la guerra.

Una de las condiciones esenciales para el nacimiento de una Europa concebida así es la de convencernos de que las bases estratégicas y políticas del mundo moderno han evolucionado profundamente y de que esta organización no será viable si no está fundada sobre la reconciliación y la unión de Francia con Alemania.

Las invenciones modernas han acortado las distancias. La Rusia soviética no es actualmente un peligro lejano para Francia, porque en realidad Rusia ha venido a ser un país limítrofe del nuestro. Los problemas de defensa que se planteaban antes a los estados mayores franceses en relación con Alemania se plantean ahora en relación con Rusia. Cuando decimos con eufemismo en nuestros terrenos de maniobras "un asaltante procedente del Este", queremos significar un ejército ruso. Una guerra franco-alemana ha venido a convertirse en algo imposible. Por otra parte, la existencia de Estados colosos, consecuencia de la industrialización de los continentes, ha empequeñecido los Estados nacionales de antes, de la misma manera que la aparición de un tipo nuevo de avión desplaza los modelos de hace diez años. Los Estados nacionales, sobre los cuales se fundaba toda la vida política de otros tiempos, no pueden hoy funcionar. No tienen más existencia política real que la que tenían hace cien años el gran ducado de Baden.

o el gran ducado de Módena. Han cesado de existir como unidades políticas en cuanto han dejado de ser fuerzas políticas. Si se obstinan en sobrevivir en sus circunstancias actuales, están todos condenados a convertirse en Estados satélites.

Estas afirmaciones no son nuevas. En la hora actual son expresadas por todas partes. Es justamente esta unanimidad la que resulta inquietante y es sobre este punto sobre el que yo quisiera reflexionar un poco con usted.

Desde luego lo que dije más arriba define nuestra actitud sobre un punto esencial: no haremos la Europa unida con no importa quién y para no importa qué. Los hombres de la histeria antifascista que desde hace diez años han hecho todo lo que podían contra Europa y que la han puesto en peligro de muerte no nos parecen los médicos más indicados para salvarla. Si el pensamiento de algunos es hacer una Europa antifascista y apátrida, que sería, por decirlo así, telecomandada desde Nueva York o desde Tel-Aviv, esta Europa colonizada no nos interesa en absoluto, y creemos, por otra parte, que tal concepción no haría otra cosa que preparar la infiltración comunista y la guerra. La histeria antifascista es responsable, no solamente de la descomposición de Europa, sino de la decadencia y del desorden de los Estados nacionales que han sido dirigidos por ella. En todas partes ha sido, y continúa siendo, a pesar de las apariencias, el furriel del comunismo. Transportar al antifascismo del plano nacional al plano europeo es simplemente extender a la escala continental las causas de debilidad y de ruina y condenar a muerte a la Europa que queremos crear.

Por otra parte, la ideología y los ideólogos me parecen en esta materia tan peligrosos como en las demás. Desconfiamos de los teóricos. La Europa que deseamos no se hará sobre el papel. Es una cuestión práctica y es por medio del espíritu práctico y del realismo político como podremos encontrar las únicas soluciones viables. Desconfiamos también, por lo tanto, de los planes demasiado ambiciosos, de las afirmaciones prematuras que no pueden traer sino el descorazonamiento, y desconfiamos, finalmente, de manera general de todas las bellas invenciones que nacen en los terrenos de la utopía.

Nuestra primera proposición es la siguiente: No tenemos ninguna confianza en los hombres que actualmente están en el poder en Europa; no queremos ser sus instrumentos y pensamos que la condición previa para toda colaboración fecunda entre los Estados de Europa es la llegada al poder de las fuerzas nacionales en cada uno de esos Estados. Unicamente los hombres que las forman han sido enemigos resueltos y constantes del comunismo. Unicamente ellos sienten pro-

fundamente lo que atañe a cada uno de nuestros pueblos en su propio suelo, en su propia lengua, con sus propias leyes, y por consiguiente sólo ellos están calificados para decir a qué cosas es razonable renunciar para lograr la unión y cuáles otras no pueden renunciarse. Sólo ellos tienen el sentido de lo concreto y de lo realista y desconfían de las quimeras intelectuales. En fin, sólo ellos, por ser campesinos de su propia tierra y hermanos por la sangre y el pasado de los campesinos y de los obreros de su país, tienen el derecho de decir en su nombre por qué causa los camaradas están dispuestos a batirse, qué es lo que defenderán y qué es lo que no defenderán. M. Jules Moch no puede decir esto porque no lo siente. Su Europa no es la nuestra. El paso al nacionalismo sólo pueden dirigirlo los nacionalistas, porque si lo dirigen otros se hará contra ellos y el resultado será una catástrofe para todo el mundo.

Son en nuestro concepto, pues, los nacionalistas de cada país de Europa los que tienen naturalmente la misión de crear la potencia política nueva cuyo nacimiento es indispensable para restablecer el equilibrio locamente quebrantado. Y se ve así porque, como acabo de decirlo, sólo ellos tienen la misión de encontrar para Europa una mística nueva.

No puedo hablar aquí de este último punto sin imponerme ciertos límites. Pero es imposible que lo pase en silencio. Vivimos en un mundo distinto. No son solamente nuestras ciudades las que han sido arrasadas, sino sistemas enteros de valores y de creencias, mejor dicho, todos los sistemas de valores y creencias. Esas ruinas son invisibles pero son más terribles que las ruinas visibles. Las palabras con las cuales se dirigen a nosotros son como marionetas sin vida. Los hombres de nuestra generación no creen en nada, no serán los instrumentos de nadie y no se escucharán sino a sí mismos. Han aprendido que viven en un mundo trágico y grotesco, donde se destruyen las ciudades en nombre de la humanidad, se aprisiona en nombre de la libertad, se exige la traición en nombre del patriotismo, se echa un poco de agua después de haber prendido el fuego, se fusila contra un muro a los generales que combatieron al comunismo a la vez que se llama al pueblo a las armas para batirse contra él. Los hombres de nuestra generación han asistido durante cinco años al carrusel del absurdo y de la locura. Hoy se les pide su socorro. Responden negativamente a los payasos enloquecidos. Están resueltos a obedecerse sólo a sí mismos.

La generación de la guerra ha comprobado en todos los países de Europa la declinación definitiva de los valores sobre los cuales la propaganda oficial pretende engañarnos. Esta generación proclama que

Europa no podrá salvarse sino adquiriendo conciencia de nuevos valores que serán los de nuestro tiempo. Y en todos los países del mundo tiene el sentimiento de que su tarea esencial es la de hacer surgir e imponer esta visión nueva del mundo. Combate el colectivismo que hace del hombre una máquina y lo priva de su propia vida y de su alma. Rechaza el individualismo integral que disgrega la comunidad. Presenta otra vía que le dicta su propia experiencia. Entre los hombres de esta generación el rasgo de unión no es solamente la experiencia nacida de la guerra, sino el recuerdo de las esperanzas que la habían alimentado en otro tiempo. Todos hemos conocido más o menos, hemos sentido más o menos, la poderosa corriente de esperanza y de fraternidad que había atravesado un poco antes de la guerra a todos los pueblos de Europa. Jamás la unión pareció tan próxima: jamás había parecido tan fácil. Nos es imposible olvidarnos de esta esperanza. Europa sólo puede hacerse alrededor de ella.

¿Cuál será esta Europa? No puedo, en un cuadro necesariamente restringido, hacer otra cosa que mencionar los anhelos que se escuchan frecuentemente en Francia y en los cuales espero que muchos reconozcan sus propios anhelos. Pensamos que Europa es una unidad económica natural, teniendo particularmente en cuenta el aporte de nuestras posesiones en África, y que problemas económicos que no encontrarían solución en la escala nacional podían encontrar naturalmente una solución europea. Pensamos también que una concepción orgánica de la comunidad debe permitir el hallazgo de una solución del problema social ante el cual el capitalismo y el comunismo son igualmente impotentes, porque consideramos a la sociedad soviética como un fracaso para la solución del problema social. Pensamos que el trabajo no es una maldición sino que puede ser un goce; que condiciones de vida justas y decentes y condiciones de trabajo leales deben ser ofrecidas a todos; que una Europa unida podría eliminar la desocupación que los Estados nacionales son impotentes para reducir. Pensamos también que el puesto de cada uno en la comunidad depende de la contribución que aporte a la vida orgánica colectiva de que todos vivimos y que es justo y conforme a la naturaleza de las cosas que sea así. De la misma manera que la célula sana y que participa plenamente de la vida del ser viviente entero recibe más savia que las células envejecidas o atrofiadas, quien tenga un sentimiento pleno y fuerte de la solidaridad comunitaria será necesariamente más feliz, porque su vida y su trabajo serán fecundados por esta misma solidaridad. Es justo que el orden social y también el orden político tengan cuenta en esta salud humana y la salud social que colocan al individuo en plena unión con la comunidad de que forma parte. Es

por eso por lo que creemos poder dar origen a formas nuevas de la vida política que no afectarán la libertad y los derechos esenciales del individuo, sino que asegurarán el reemplazo de fórmulas caducas e impotentes por una concepción dinámica de la vida social.

Sabemos también que todo esto no se hará en un día. Desconfiamos de las promesas y de los planes demasiado ambiciosos. Especialmente desconfiamos de las promesas y de los planes que pretenden imponerse en la actualidad. No tenemos confianza sino en nosotros mismos y en nuestros camaradas. Sabemos también que todo no puede hacerse a la vez y que son necesarios infinita prudencia y buen sentido para conseguir la realización de semejantes pensamientos. Pero todos somos productos de la misma tierra de Europa, todos vivimos de los mismos recuerdos y los dioses de nuestro país son los mismos desde la Vendée hasta la Franconia. Con apoyarnos en las inspiraciones que esta ascendencia ha puesto en cada uno de nosotros y que nos son comunes, sabremos encontrar los medios prácticos para realizar lo que deseamos.

Ya he enumerado las concepciones sobre las cuales se unirán los franceses de nuestra generación cuando hablan de Europa. Quisiera decir cómo vemos políticamente la comunidad europea. Debo expresar desde el primer momento que hay una cuestión sobre la cual hemos tomado una posición categórica. Pensamos que Europa no termina en el Elba, sino que comprende a toda Alemania, y la unidad alemana es una de las condiciones de la unidad europea. El peligro eslavo, mejor dicho, asiático, que es uno de los elementos unificadores de Europa, ha hecho desaparecer en gran parte de la opinión francesa el antiguo temor de una Alemania fuerte. Estimamos que una Alemania fuerte no es un peligro para Francia, sino una condición de seguridad para Europa, que en la Europa que queremos construir cada nación debe tener una completa igualdad de derechos y que ninguna debe pretender la hegemonía o la dirección. Sólo los retardatarios o los histéricos hablan aún del peligro alemán. Su número es cada vez menor y su influencia cada vez menos fuerte. En todo caso, tendemos a todos los países de Europa, cualesquiera que sean, una mano leal y lo hacemos sin cálculo y sin reticencia. Entre nosotros existen igualmente muchos hombres dispuestos a protestar con nuestros camaradas alemanes contra la fijación arbitraria de las fronteras del Este, a considerar que éste no es un problema que afecte solamente a Alemania sino a muchos países víctimas de una situación de hecho y de un estado transitorio cuya revisión es indispensable, y a exigir en nombre de Europa el reingreso de los pueblos que han sido separados por la fuerza de la comunidad europea.

Por otra parte, la comunidad europea debe ser necesariamente una unidad política absolutamente independiente. Estas palabras "absolutamente independiente" se aplican igualmente a los dos vecinos de Europa: Rusia y Estados Unidos. Desde este aspecto las consideraciones que voy a expresar no reflejan tal vez fielmente lo que se piensa en Francia, sino que tienen un carácter personal. Pero las creo razonables y pienso que no es imposible atraer a ellas a buen número de franceses. Europa no debe ser una posición de avanzada de los Estados Unidos en la guerra contra el imperialismo ruso. No debe ser tampoco el instrumento ni el aliado incondicional de los Estados Unidos. La independencia política de Europa quiere decir ante todo que Europa tiene el derecho pleno de decidir si le conviene hacer o no la guerra. Desde luego, a lo menos por ahora, tal independencia no es inmediatamente realizable. Todos sabemos que habrá un período transitório durante el cual la alianza y la protección de los Estados Unidos son absolutamente necesarias para Europa. Pero yo creo que en el porvenir, tan pronto como la fuerza política y militar de Europa se haya constituido, el interés de los Estados Unidos, lo mismo que el nuestro, será que Europa pueda definir por sí misma su propia política, que sea estrictamente independiente y que pueda eventualmente intervenir incluso como intermediario entre los Estados Unidos y Rusia.

Respecto de Rusia pienso que la independencia de Europa debe manifestarse por su fuerza militar y por su potencialidad industrial, y que la comunidad europea debe tender a constituir tan pronto como sea posible una unidad política capaz de oponerse por la fuerza a cualquier tentativa imperialista rusa. Esta independencia de Europa debe manifestarse igualmente por la destrucción total de todas las posiciones de la propaganda comunista en Europa. Si Europa quiere vivir, es necesario que sea militar y políticamente sana. Todo punto de apoyo comunista o cripto-comunista, toda quinta columna, deben ser exterminados en su territorio. Pero al decir esto pienso que Europa no debe mostrar una hostilidad sistemática contra la Rusia soviética bajo el pretexto de que su régimen y sus concepciones de vida son diferentes a los nuestros. *Tenemos que defendernos, pero no tenemos que hacer una Cruzada.* No queremos el comunismo entre nosotros y debemos tomar todas las medidas necesarias para destruirlo. Tampoco lo queremos en nuestras colonias y de una manera general en ninguno de los territorios sobre los cuales Europa tenga un derecho o un interés vital. Pero no tenemos por qué atacar el comunismo en Rusia. Esto no nos corresponde. Si los Estados Unidos quieren hacer una guerra preventiva contra los Soviets, es cues-

tión que deben decidir ellos. Pero si esta guerra preventiva no estalla, debemos proceder de suerte que Europa, inaccesible a los Soviets, pueda convertirse en un elemento de paz y de concordia, de suerte que sus actitudes equitativas y razonables apacigüen la desconfianza del Kremlin, y que pueda ser útil y provechoso para los dos grandes adversarios servirse de la experiencia política de los estadistas europeos para buscar un terreno de entendimiento.

La comunidad europea deberá, pues, ser extraña a la vez a la histeria democrática y a la cruzada soviética. Su independencia política no será completa sino cuando culmine en una total independencia ideológica. Es en este punto donde está el error americano. Querer una Europa democrática es querer que Europa pertenezca a uno de los dos campos.

Insisto sobre esta idea porque la considero capital para nuestro porvenir común. Una Europa democrática sería la prisionera del campo democrático, no podría actuar sino como un satélite de los Estados Unidos, y sería, por consiguiente, un factor de guerra, en tanto que su estructura haría imposible la solución de los problemas internacionales. Es evidente que puede considerarse legítimo el que Rusia no pueda aceptar en ningún caso que los aeródromos militares americanos queden instalados en Prusia. La constitución de las bases militares americanas permanentes en Alemania es una amenaza para Rusia, y ésta tiene razón en considerarlo así. Si el poder ruso tratara de establecerse en Cuba, los Estados Unidos considerarían tal hecho como un *casus belli*. Es necesario ser lógicos. Si la potencia militar americana trata de instalarse definitivamente en Alemania crea una situación que no es menos grave. Por el contrario, la existencia de una Europa no democrática y no comunista es una garantía a la vez para Rusia y para los Estados Unidos. Sería la formación de un Estado amortiguador del cual Rusia no tendría nada que temer si sus disposiciones son tan netas contra la ingerencia democrática como lo son contra la ingerencia comunista. Sería un Estado amortiguador al cual Rusia podría hacer en el futuro concesiones que nunca les hará a los Estados Unidos. Porque lo que le importa a Rusia, y con justo título, es no tanto tener en Prusia una potencia avasallada, sino sobre todo tener en Prusia una potencia no enemiga, un Estado que no la atacará y que no tiene interés en atacarla. En esta posición, que no es de neutralidad porque para llegar a ella es necesario que Europa se arme fuertemente en lo militar, en lo industrial y en lo político, sino de *imparcialidad*, reside el porvenir.

Es un error creer que esta posición sea utópica. La Argentina

ha sabido adelantar una fuerte lucha anticomunista, guardando al mismo tiempo excelentes relaciones con la Rusia soviética. Rusia se encuentra actualmente colocada ante un grave problema político: o piensa realmente en la conquista ideológica del mundo entero y entonces sabe que deberá pagar esta conquista con una tercera guerra mundial, o procura asegurarse, como los Estados Unidos, bases de seguridad y entonces esta concepción es aceptable para ella. Es aceptable igualmente para los Estados Unidos, porque es una cuestión de inteligencia política. Es evidente que los americanos se manifestarán sorprendidos cuando se les diga: "ayúdennos a armarnos, porque tenemos necesidad de hacerlo, y después nuestra política será la neutralidad". Y sin embargo, es en eso donde está el interés de su porvenir. Porque el equilibrio mundial y la solidez de Europa son a la postre un resultado más interesante para los Estados Unidos que la posesión precaria de una base ofensiva y que una alianza equívoca con mercenarios poco seguros. Pero es indispensable que sobrepasen su miedo a Rusia. Si logran hacerlo, comprenderán rápidamente que es mucho más interesante para ellos dejarnos desempeñar integral y libremente nuestro papel de tercera fuerza, más bien que continuar exasperando al toro soviético, agitando ante sus ojos la capa abigarrada de una alianza a la vez atlántica y democrática que tiene por principal objeto colocar el receptor de bombas de los Estados Unidos a quinientos kilómetros de Leningrado.

Está, pues, en el interés de todo el mundo, repito, que Europa no pertenezca a ninguno de los dos campos, sino que viva su propia vida y que se desenvuelva según su propio genio. Europa no es un niño menor. Tal como la vemos en el porvenir es una inmensa potencia. Al poseer los recursos industriales de los diversos países que la forman, podrá un día hablar de igual a igual con los Estados Unidos y con Rusia. Además se apoya sobre el continente africano. Deseamos que un día, cuando Europa constituya una unidad política, las colonias de los diversos países sean ampliamente abiertas a todas las naciones de la comunidad europea. Y estamos convencidos de que en tal caso el África adquiriría un desmesurado desarrollo. Estamos también convencidos de que la concepción del mundo que adquiera Europa nos permitirá encontrar un terreno de entendimiento con los nacionalistas árabes. Al presentarles concepciones absolutamente nuevas sobre la presencia simultánea de los europeos y de los árabes en los territorios comunes, pensamos que podríamos resolver la mayor parte de las dificultades ante las cuales fracasan la hipocresía democrática y las supervivencias colonialistas. Por lo menos nosotros los europeos abordaremos esas discusiones con mentalidad generosa.

y leal respecto del pueblo árabe, cuyo valor y antigüedad como raza y como cultura reconocemos plenamente.

Existe un aspecto del problema que no puedo dejar pasar en silencio y es el de Inglaterra. La actual actitud de Inglaterra nos obliga a no darle cabida en nuestros planes. Es una constatación que debemos hacer sin acrimonia y sin hostilidad. Es posible que sea necesario hacer la Europa que pensamos sin Inglaterra. Y tal vez sea mejor así. La disposición del imperio colonial inglés debe necesariamente orientar hacia otras direcciones las miradas de Inglaterra. Por otra parte, tenemos la impresión de que la Gran Bretaña está muy alejada de las concepciones fundamentales de quienes alimentan el deseo de realizar la unidad europea. Sería tal vez un esfuerzo estéril y una gran pérdida de tiempo el tratar de forzar la naturaleza de las cosas. Pienso que Europa debe desear el establecimiento de relaciones de buena vecindad con Inglaterra. Pero por el momento no se puede contar con ella. Tal vez en el porvenir las cosas cambien. Pensamos que para entonces debemos estar dispuestos a acoger en todo momento a Inglaterra dentro de la comunidad europea, si acepta la disciplina y el espíritu de ésta. Pero, lo repito, por ahora debemos obrar sin ella, deseando que quienes trabajan con valor por convertir a sus compatriotas hacia las concepciones que nos unen a los otros países tengan pronto éxito en su tarea.

En esas condiciones los resultados del diálogo franco-alemán son absolutamente esenciales. Francia y Alemania no constituyen solas a Europa. La idea europea es una proposición que interesa igualmente a todos los pueblos europeos y sobre la cual todos tienen un derecho igual de hacer conocer su punto de vista. Pero sabemos que sin un entendimiento profundo y fundamental entre Francia y Alemania todo esfuerzo se reduce a conversaciones vanas. Y ese entendimiento es posible. Creemos que ha llegado su hora. Existen entre Francia y Alemania vínculos de estimación y de respeto recíprocos. Son los que existen necesariamente entre dos países que han medido largamente sus fuerzas y que conocen ahora sus propias cualidades. Las guerras que nos dividieron siempre en el pasado pueden contribuir ahora a unirnos. Los sufrimientos provocados por la guerra pertenecerán un día al dominio del pretérito, y tanto los unos como los otros debemos sobreponernos. No quedará de ellos sino la noción de que pertenecemos a dos grandes pueblos cuya colaboración puede dar inmensos y fecundos resultados.

En realidad es, en el fondo, necesariamente, por la actitud que se muestre respecto de Alemania como se demuestra si se es partidario o adversario verdadero de Europa. Esta proposición puede parecer

brutal pero es cierta. No son uniones aduaneras ni ingeniosos acuerdos particulares los que harán a Europa, sino esta reconciliación fundamental.

Reconoceremos, pues, como los partidarios y como los adversarios de toda verdadera unidad europea a quienes acepten o rechacen las proposiciones siguientes: 1º, entre Alemania y los otros pueblos de Europa la igualdad de los derechos debe ser completa y absoluta. Esto quiere decir que el estatuto de ocupación de Alemania debe terminar, que las tropas aliadas no deben seguir siendo sino unidades de protección estacionadas en Alemania y que en todas las actividades Alemania debe actuar en adelante como un Estado soberano y responsable. 2º, entre Alemania y los demás pueblos de Europa la igualdad moral debe ser completa y absoluta. Esto quiere decir que en adelante no debe haber cuestión de vencedores y vencidos, que la tesis de la culpabilidad de Alemania debe ser radicalmente abandonada, y que nadie, desde ningún punto de vista, debe invitar a Alemania a rescatarse o a aceptar una inferioridad cualquiera en razón de lo pasado. Decimos que sólo quienes acepten esas condiciones equitativas y claras de la reunión europea son nuestros amigos y los verdaderos partidarios de ésta.

Naturalmente y como consecuencia, todas las discriminaciones e injusticias que se han efectuado desde 1945 en los diversos países de Europa deben ser abolidas. Es necesario crear un frente común de todos los verdaderos enemigos del bolchevismo. Y ese frente común sólo puede fundarse sobre la reconciliación de todos. No tenemos fuerzas para malbaratar y toda división es un desperdicio de fuerza. No tenemos que preguntar dónde, cuándo, y por qué medios hemos combatido al comunismo. Lo esencial es reunir en un bloque sin fisuras a todos los que quieran salvar nuestra civilización. Nuestra nueva Europa desea olvidar las guerras civiles y relegarlas al pasado; tiende la mano a todos los que estén decididos a combatir con nosotros a los agentes del extranjero. No olvida nada, pero ante el peligro común tiene la voluntad de sobreponerse a las oposiciones del pretérito, y ofrece a todos la reconciliación y la fraternidad. Lo único que exige es que todos entren en esta alianza con la cabeza alta.

Naturalmente, la primera tarea de una Europa así unificada es la de forjar su propia fuerza, es decir, armarse. Una fuerza política no es nada si no es, al mismo tiempo, una fuerza militar. Todos los países de Europa deben participar igualmente con todos sus recursos a este rearme. Es la eficacia y la rapidez con que se proceda lo que condiciona nuestra seguridad. El rearme no debe excluir a nadie: es un derecho y un deber para todos, en el cual cada uno tiene fueros

absolutamente iguales. Es deseable que este rearme conduzca a una comunicación del potencial militar e industrial europeo y sea dirigido por un comando también común. Pero especificamos que en todo caso ese comando no puede ser sino europeo y no extranjero, y que dentro de él las responsabilidades deben ser distribuidas solamente según la nacionalidad o la conducta pasada. Porque repetimos que los pueblos europeos no aceptarán batirse sino por ellos y no por intereses extranjeros.

Este rearme material debe estar acompañado en toda Europa de un rearme moral. La infiltración bolchevique debe ser combatida en todos nuestros países con todas nuestras fuerzas. Es una condición de la independencia tan importante como su resurrección militar. No debemos combatir al comunismo con odio. Muchos militantes comunistas son hombres de gran valor y con frecuencia el comunismo no es en nuestros países sino una protesta desesperada contra la injusticia social y contra la explotación. Debemos eliminar al comunismo porque es el instrumento de una potencia extranjera, pero debemos hacerlo ahorrando los hombres y tratando de comprenderlos. Por otra parte, es muy importante para nosotros saber que la infiltración bolchevique debe ser combatida no solamente en los partidos comunistas propiamente dichos, sino bajo todas sus formas. Los mejores agentes del comunismo están frecuentemente fuera del partido, en otros partidos que se dicen anticomunistas, pero cuya real actividad consiste en preparar el advenimiento del comunismo. Los elementos socialistas que son responsables de la desorganización de Europa desde hace cinco años no son menos peligrosos que los comunistas. Son agentes camuflados del bolchevismo. Dentro de ellos hay algunos elementos judíos que han apoyado sistemáticamente las tesis pro-comunistas. Generalmente estos emparentados con el comunismo le han hecho más mal a Europa que los mismos comunistas. Y en el fondo, políticamente, puede decirse que la infiltración judeo-marxista no es sino una forma más diestra de la infiltración y de la conquista bolcheviques. Es contra todas estas fuerzas que debemos constituir a Europa. Una Europa independiente es una Europa fuerte y limpia.

Las dos condiciones esenciales de la restauración europea tienen más importancia que todas las conversaciones y conferencias. Pienso que seguimos un mal método si para hacer la unidad europea nos inspiramos en procedimientos históricos como el del Zollverein alemán. Con los simples proyectos de unión aduanera y económica nos expondremos a dificultades insalvables. No es por ahí por donde se debe comenzar. Por el contrario, los gobiernos nacionales, animados de un

mismo espíritu y de una confianza mutua, pueden realizar sin dificultades proyectos prácticos y limitados, tales como la constitución de un ejército europeo bajo un comando único, la definición de una política extranjera europea y la creación de un organismo propio para aplicarla, la unificación de una política interior europea para la lucha contra los agentes extranjeros. Una Europa que tuviera un ministro de guerra, un ministro de relaciones exteriores y un ministro del interior comunes tendría ya los caracteres principales de un Estado único. Podría entonces pensarse en uniones económicas y en arreglos legislativos. Las tareas más complejas deben ser realizadas poco a poco y teniendo en cuenta los intereses comunes. No son insuperables a partir del momento en que los países de Europa, al adquirir la conciencia de su destino común, se den cuenta mejor de la necesidad de las concesiones que les son exigidas, y sobre todo de su utilidad. Finalmente es viendo *marchar* a Europa, viendo un ejército, una dirección política, un espíritu europeo, como se apreciará que las dificultades que subsistan pueden ser resueltas por la buena voluntad de todos y sin la abdicación de nadie.

Sabemos también cuánta prudencia será necesario demostrar en esta cuestión. Las fronteras no se abatirán como castillos de naipes. Las naciones son obra del tiempo y sólo el tiempo puede soldarlas una a otra. Las economías nacionales son semejantes a organismos vivos. Pueden recibir una de otra poderosa ayuda, pero inversamente, una transfusión brutal puede serles mortal. Y el alma de cada una de nuestras naciones es una cosa preciosa y sensible, la vida misma de nuestros pueblos, su unidad y su fuerza, y debe ser preservada. Una federación europea no es cosa que puede improvisarse. Es posible que no pueda ser otra cosa, por lo menos al principio, que una "alianza perpetua" entre los cantones de Europa que al comienzo se limitaría a crear los organismos indispensables para esta dirección común. Y este resultado no es posible, en realidad, sino a condición de que una mentalidad política común se desarrolle en los principales países europeos. Las primeras realizaciones deberían conformarse también a este espíritu de alianza perpetua. Y ésta es la razón por la que el ejército europeo debería ser, más que una amalgamación dictada por la desconfianza, la yuxtaposición de grandes unidades europeas dependientes de un gran estado mayor europeo. De la misma manera, el sistema de los "pools" debería expresar sobre todo la voluntad de una planificación de la producción europea en acuerdo con la situación presente, y en suma traducir en los hechos el esquema provisorio de una dirección económica europea en lugar de ser únicamente, como es en este momento, un sistema de garantías recí-

procas presentadas por el más fuerte. Es, pues, una visión política de largo alcance, y una visión leal, amplia y honesta, la que debe dictarnos nuestros esfuerzos y nuestras soluciones. Lo que yo rechazo es la mentalidad, a la vez estrecha y quimérica, de los juristas y de los economistas. No me interesa saber cómo será elegido el Consejo de Europa. Es más: no creo en el Consejo de Europa. Tampoco me interesa saber cómo será designado el parlamento europeo: ésta es una idea prematura. Tampoco me importa saber cómo circularán las mercancías: a Europa no puede considerársela simplemente como determinado tonelaje de mercancías producidas sobre una casi isla de escombros; al fin nos arreglaremos bien con las mercancías y con los comerciantes, porque eso no es lo esencial. Lo esencial es el espíritu y la voluntad, el sentimiento de nuestra solidaridad, el instinto de nuestra fraternidad y el respeto de la lealtad y de la justicia, condiciones sin las cuales nada podrá hacerse bien. Son ellas las que unirán los troncos dispersos que hoy recelan y se rechazan, y no las combinaciones de los traficantes.

Es claro que el tiempo es necesario para esta construcción. Si falta tiempo, todo está perdido para Europa. La paz es para nosotros una necesidad absoluta. Si dejamos que nuestros gobiernos nos arrastren a la guerra, Europa, devastada y despoblada, no será sino una colonia de los Estados Unidos o de Rusia. Nuestros países, y con ellos Europa, habrán dejado de existir. Pero la guerra no es inevitable. Por el contrario, depende de nosotros, por medio de afirmaciones claras de nuestra voluntad anticomunista y de nuestra voluntad de paz, desprestigiar a quienes quieren a pesar nuestro llevarnos a la guerra. Esta es la tarea principal de los partidos nacionales de Europa, y la más sagrada de todas, puesto que es nuestro medio supremo para salvar no solamente nuestras libertades sino nuestra existencia y para cumplir el más grave y el último de todos los deberes como es el de salvar la raza. Pero creo firmemente que ese tiempo nos será concedido. Europa se despierta. Se desprende progresivamente de las ideologías que desde hace cincuenta años la vienen conduciendo al abismo. Todos debemos participar con todas nuestras fuerzas en ese movimiento de liberación que es también el movimiento de la paz. Si sabemos combatir sin desfallecimiento impondremos nuestra voluntad de independencia y tendremos tiempo de hacer de Europa la isla fortificada y sana, la fortaleza erizada en la cual no habrá lugar para las ideologías que sueñan con una dominación extranjera. Creo en esta Europa y creo en la paz. Creo que si expresamos con firmeza nuestra voluntad de ser nuestros propios amos, regímenes tan opuestos como los de Washington y Moscú pueden vivir el uno cerca del

otro sin guerra o arreglar sus querellas en otra parte que no sea en nuestros campos. Creo en Europa a condición de que sea una efectiva Europa que no obedezca ni a Washington ni a Moscú (1).

**

Las concepciones que acaban de ser expuestas puede considerarlas, señor senador, lo repito, como las de varios grupos y movimientos nacionales de Europa. Agregaré ahora algunas consideraciones o explicaciones que tienen un carácter más personal pero que corresponden también, según creo, al pensamiento de nuestros camaradas.

Sobre el pacto atlántico deseo desde luego darle algunas precisiones. Sabemos muy bien, se lo he dicho ya, que durante un período de varios años tendremos necesidad de la protección militar de los Estados Unidos. Sabemos muy bien que sin la presencia de las tropas de su país, Europa estaría desarmada y expuesta en cualquier momento a un "putsch" comunista local que implicaría la intervención del ejército rojo. No habría ni siquiera necesidad de llegar hasta eso. Soplaría sobre Europa tal viento de pánico, al sentirse sola y sin armas, que millones de hombres se precipitarían a la más próxima comisaría comunista para hacerse inscribir en el partido y Europa caería sin combate y aun sin "putsch", por aterrorizamiento, por desesperación, bajo la dominación soviética. Esto es lo que los neutralistas se niegan a ver y por esta ceguera el neutralismo es una posición quimérica y mortal. Reconocemos, pues, la necesidad temporal del estacionamiento de tropas americanas en Europa; más aún, esta presencia nos parece indispensable durante cierto tiempo. Dicho esto, creo que la mayor parte de nuestros camaradas son hostiles al pacto atlántico. El sistema del pacto atlántico nos parece, en efecto, una manera de ligar incondicionalmente para el porvenir la política de Europa a la de los Estados Unidos. Mantendría a Europa en una tutela perpetua. Nos hará pagar una ayuda temporal con una abdicación durable. Nos arrastraría automáticamente a la guerra al lado de los Estados Unidos. Nos negamos a ser arrastrados automáticamente a la guerra por quien quiera que sea.

Por el contrario, nos parece insuficiente y pueril ser protegidos en el porvenir por un pedazo de papel. Mientras las tropas americanas permanezcan en Europa el pacto atlántico es un compromiso superfluo, puesto que todo ataque contra Europa es un ataque contra las tropas americanas. Más tarde, cuando éstas no se encuentren ya

(1) Aquí termina el texto de la conferencia mencionada más arriba.

en Europa, preferimos tener confianza en nuestras propias fuerzas. El agresor estará siempre receloso ante la perspectiva casi segura de tener que combatir un día contra un ejército americano apoyado en un poderoso ejército autónomo: y esto lo hará reflexionar más que cualquier documento firmado. ¿Para qué darle a Rusia la impresión de que está rodeada y siempre bajo sospecha? ¿Para qué querer siempre que haya un culpable y varios gendarmes? Un instrumento diplomático no puede ser la espada de la ley. Su pacto atlántico, señor senador, me produce el efecto de una orden de movilización más que el de una alianza razonable. No nos sentimos dispuestos a ser movilizados no importa para qué locuras, de la misma manera que no pretendemos que el pueblo americano se movilice porque hayamos creído ver brillar los ojos del lobo en las sombras de la noche.

Por otra parte, los términos de *pacto atlántico* o de *alianza atlántica* me parecen tan mal elegidos como el famoso término de "colaboración" durante la guerra. Es obvio que la alianza atlántica es una alianza de ribereños. En esta comunidad el activo se cuenta en bases y en líneas de comunicación. Esta alianza lleva un nombre de compañía marítima y esta razón social dice con claridad lo que se pretende hacer y dónde están el corazón y el centro de toda la cuestión. Es al Atlántico al que se protege, es por el Atlántico por el que se va a combatir, es del Atlántico del que se espera la victoria, es el Atlántico, en fin, el que suplanta a nuestra patria. Pues bien, señor senador, piense que millones de hombres de Europa son como yo: son campesinos. Saben lo que es su pueblo, saben lo que es su tierra, saben lo que es una invasión, pero no saben lo que es el Atlántico. Son campesinos y no estrategas. Se batirán para que las brigadas mongólicas no lleguen hasta sus aldeas, para que no incendien las granjas, para que no violen a las mujeres. Se batirán como campesinos, y si los otros son más fuertes que ellos, se refugiarán tal vez en los bosques o en la montaña con sus vacas y sus ganados y, si pueden, también con sus mujeres. Pero si usted les explica, como el general Eisenhower, que deben batirse por cabezas de puente, que primero se avanzará y después se retrocederá, que se reembarcará después de haber desembarcado, en fin, que va a hacerse una guerra atlántica con magníficos instrumentos atlánticos, tales como puertos, convoyes, escoltas, raids y comandos, esos campesinos nuestros no comprenderán lo que se les quiere decir, y pensarán con profundo dolor en sus tierras laborables que no supieron guardar porque en lugar de cuidarlas fueron obligados a defender una extensión de agua que no es nada para ellos. Reconozco, señor senador, que

estratégicamente sus admirantes tienen toda la razón y que son más fuertes que yo. Pero piense que psicológicamente nosotros no somos ciudadanos del Atlántico de la misma manera que no somos ciudadanos de la luna, y la cruzada de ustedes, a la vez democrática y atlántica, es decir, apoyada sobre dos nubes, corre el peligro de no conmover a los espíritus más de lo que podría conmovernos un desfile de carrozas alegóricas de la mitología.

Yo no soy de los que hacen campaña sistemática contra la existencia de bases americanas en Europa o en África del Norte. Desde luego, hay bases y bases. Cuando el gobierno de la Cuarta República les da a los americanos en arrendamiento por noventa y nueve años el territorio de Port-Lyautey, permítame decirle que muchos franceses pensamos un poco en el gobierno chino de antes de 1914. Y no deben ustedes extrañarse de que este raro ejemplo de servilismo y de abandono disguste profundamente a muchos franceses. De consiguiente, nada de arrendamientos, nada de noventa y nueve años, nada de feria barata para nuestros territorios. Por el contrario, si pensamos que por desgracia Europa tiene necesidad para su protección de tropas estacionadas americanas, es necesario que esas tropas se acuartelen en alguna parte. Y es necesario también que tengan sus depósitos y sus parques en alguna parte, y que esos depósitos y esos parques sean protegidos por medidas propias para garantizar su seguridad contra la quinta columna comunista que opera sobre nuestro territorio. El objeto de nuestra política europea es que esas fuerzas estacionarias puedan ser relevadas tan pronto como sea posible por fuerzas realmente europeas, que aquéllas lleguen a ser, por consiguiente, superfluas y que sus bases, depósitos y parques puedan pasar un día al control de un comando europeo. Para obtener este resultado me parece que debemos tener conciencia de las exigencias de este período intermedio. Debilitar por una propaganda antiamericana la seguridad de esas bases provisionales es debilitar la cobertura de nuestro propio esfuerzo y por consiguiente nuestro propio esfuerzo mismo, es prolongar el plazo que nos separa de la independencia efectiva de Europa y es, finalmente, hacerle el juego al partido comunista y a la guerra.

Le ruego que tenga en cuenta que a ustedes mismos les conviene insistir sobre el adjetivo *provisorio*, y que son ustedes quienes deben tener la firme voluntad de devolver Europa a los europeos y únicamente a las fuerzas nacionales europeas y no a los asociados políticos acreditados por ustedes. Es de ustedes de quienes deben venir la lealtad y la diafanidad, porque ninguna propaganda puede ser más eficaz contra ustedes como la que los represente queriendo crear en

Europa, directamente o por intermediarios, Estados satélites de la política de Washington.

Veo dos objeciones al programa que acabo de exponer. Quiero expresarlas, no porque crea responder de manera perentoria, sino por honestidad y por deseo de ser claro.

La primera es la siguiente: ¿Puede ser militarmente viable la Europa militar que no posee ni bombas atómicas ni yacimientos de petróleo? No estoy calificado para responder a esta cuestión en el plano técnico, pero le diré lo que creo poder decir en el plano político. Creo que no importa esencialmente, en el fondo, que Europa disponga inmediatamente de un material igual al de Rusia, porque la intención de la Europa nacional no es la de hacer una guerra de agresión contra Rusia o asociarse en tal empresa. Es capital que Europa disponga de armas clásicas poderosas para hacer imposible o a lo menos muy difícil la ocupación de su territorio. Es probable que una guerra que utilice la totalidad de las fuerzas soviéticas contra Europa implicaría inmediatamente una guerra mundial. Y sería la guerra mundial la única que implicaría eventualmente el empleo del arma atómica, y la que en todo caso pondría esta arma a disposición de Europa. Para el presente y para el porvenir inmediato, Europa no necesita ser *invencible*, sino que basta que esté *acorazada*. Es la certidumbre de una guerra mundial lo que debe ser materia de reflexión y no la capacidad de resistencia de Europa. Basta, pues, que sea imposible apoderarse de Europa por la traición interior o bárrerla en ocho días por un raid masivo de infantería.

Sobre el petróleo la respuesta puede ser la misma. Es en el porvenir más lejano cuando estas dificultades adquirirán verdadera importancia. Si en el porvenir se reclama para Europa la situación de una tercera gran potencia, ésta debe poder hablar en pie de igualdad con las otras, y por consiguiente disponer de las mismas fuerzas que ellas. ¿Es imposible esta perspectiva? Me parece muy aventurado decir en dónde nos encontraremos dentro de diez años. La utilización pacífica de la energía atómica puede producir una revolución industrial, en la cual Europa podría encontrar una de las condiciones de su autonomía económica. Actualmente Europa no cuenta con una flota; pero podría construirla. Rusia ha logrado superar ampliamente su antiguo atraso. ¿Seremos necesariamente inferiores en energía y en eficacia a los rusos? La Europa de nuestros gobiernos actuales, seguramente, no tendrá jamás una flota; pero la nuestra, ¿cómo lo sabemos? En todo caso debemos persuadirnos de que la autonomía económica de Europa es inseparable de su independencia política y militar. Tal autonomía no existe por el mo-

mento. Pero las reservas mal aprovechadas de África, la riqueza de Europa en obreros calificados, la densidad de su población y su genio inventivo permiten esperar que un día Europa unida será lo bastante fuerte para vivir sin la ayuda de nadie. Si ustedes fueran sabios y previsores, deberían desear tanto como nosotros que la vieja Europa deje de ser un niño de pecho que ustedes deben llevar eternamente en los brazos.

Es a esto último a lo que debo consagrar mi último razonamiento, señor senador. Porque es indudable que usted tiene perfectamente el derecho de decirme: "¿Por qué quiere que renunciemos a una cadena de Estados vasallos o a lo menos aliados en Europa, sólo para tener el gusto de verlos jugar a los árbitros entre los Soviets y los otros? ¿Dónde está en eso el interés de los Estados Unidos?"

Aparentemente, en efecto, los Estados Unidos no tienen nada que ganar en la independencia de Europa. Aparentemente los Estados Unidos tienen interés en seguir disponiendo de un *imperio invisible* destinado a suministrarles tropas, instrumentos políticos y clientes perpetuos. Aparentemente los Estados Unidos tienen una gran ventaja en poder disponer de grandes reservas de infantería y de obreros especializados para oponer a la infantería y a la industria rusas, y también de un dominio ideológico, de una avanzada ideológica para hacer contrapeso al imperio ideológico comunista. Finalmente les es útil y puede serles necesario tener asegurado para el porvenir un mercado permanente de cuatrocientos millones de hombres. Pero todo esto no es sino una apariencia cuyas servidumbres, en realidad, son muy pesadas.

Le he explicado en los dos primeros capítulos de este libro que su vivero de infantería no está seguro y que su avanzada ideológica está abierta a todos los cazadores furtivos. En estos dos aspectos su imperio invisible es precario y no existe sino en el papel. Por el contrario, las cargas que éste les impone sí existen, son bien reales y ustedes están sintiendo todos los días su peso en las espaldas. Sostienen a Europa como se sostiene a un niño. Es un menor de edad que les cuesta muy caro. Para consolarse, o mejor dicho, para aliviarse, ustedes deciden disminuir progresivamente la pensión. Pero usted sabe muy bien que nuestros gobiernos fantasmas son incapaces de vivir sin el dinero de ustedes, y ellos demuestran mejor que yo que no lo utilizan para armarse sino para satisfacer los déficits permanentemente renovados por su gestión inepta. Ustedes están llevando a Europa como un fardo. Acabarán por llevarla como un muerto y no la despertarán jamás. Cuando teman ser destruidos por ese ca-

dáver lo abandonarán. ¿A quién? A los Soviets. Y todo lo que han pagado culmina en este final.

Una Europa nacional, una Europa energética, una Europa mayor de edad es la única que puede decirles: "Ustedes pagarán hasta tal fecha. Despues de esa fecha no pagarán más. Su dinero será transformado en armas y no en caballitos de carrusel. Esas armas no serán abandonadas en el campo de batalla: nos servirán a nosotros y no a los comunistas".

La segunda carga de ustedes, no menos real ni menos pesada que la carga financiera, es el riesgo permanente de guerra mundial que emana de su imperio invisible. Porque este imperio invisible que no es sino una sombra como imperio, los hace territorialmente *límites* de la Rusia Soviética. En realidad, ustedes tienen un interés evidente, un interés capital en que esta frontera común desaparezca. Un Estado amortiguador de la misma fuerza y de la misma importancia política que los dos antagonistas, o por lo menos de proporción similar, les es absolutamente necesario: es la condición esencial de la paz. Si este Estado amortiguador existe, si es viable, si es fuerte, si viene a ser para todos una isla escarpada e inabordable, entonces la guerra entre los Soviets y los Estados Unidos no puede ocurrir sino sobre teatros de operaciones exteriores y bajo la forma de operaciones fáciles de limitar y relativamente fáciles de terminar. Hasta la perspectiva misma de la guerra se alejaría, porque al alejarse de nosotros automáticamente se alejaría de ustedes.

Los más hábiles políticos americanos se han dado cuenta ya de las ventajas reales que ofrece la autonomía de Europa. La habilidad política, y no se repetirá esto lo suficiente, está fundada sobre la justicia y la moderación. Los planes ambiciosos seducen, pero a la postre sólo producen catástrofes. El mapa real del mundo no es el de los continentes sino el de las densidades de población. Y este mapa no hace sino traducir la verdadera realidad geográfica y política: el mapa real del mundo es el mapa de las grandes unidades étnicas y culturales. La autonomía de Europa está inscrita en la naturaleza, en la historia, en los hechos. Desconocerla es sacrificar a intereses provisionarios intereses permanentes y finalmente el porvenir. El imperio del mundo con que algunos sueñan entre ustedes no es sino una fantasía y tiene todos los peligros de las fantasías. Ustedes tienen interés, en su condición de gran potencia mundial, en el equilibrio del mundo, de la misma manera que en otro tiempo los más prudentes de nuestros reyes tenían interés, no en la dominación de Europa, que ninguno de ellos hubiera podido realizar, sino en el equilibrio de las fuerzas europeas. Les conviene escuchar las lecciones de nuestra vieja historia, señor senador. Ella nos enseña a desconfiar de las

quimeras. Tanto ustedes como Rusia tienen interés en que los respectivos límites sean claramente fijados, en que ninguno de los dos interfiera en los dominios del otro, en que no se disputen a Europa, y en reconocerse lealmente uno a otro los respectivos derechos. La coexistencia de un mundo capitalista y de un mundo colectivista es posible. Afirmarlo no es sostener una tesis soviética, sino una tesis de buen sentido y de paz, que su gobierno presenta igualmente como propia. Pero esta doctrina de la coexistencia contiene como corolario el hecho de que ni Rusia ni los Estados Unidos deben tratar de establecerse en Europa ni política ni militarmente. Por parte de la U. R. S. S., la prueba de su buena fe no puede ser sino ésta: que renuncie a sostener los gobiernos comunistas establecidos fraudulentamente y los partidos comunistas europeos, los cuales deben desaparecer totalmente con su consentimiento. Por parte de los Estados Unidos la prueba de su buena fe tendría que ser análoga: que su gobierno renuncie a una política ideológica y que los gobiernos seudodemocráticos, que en realidad no son sino instrumentos de la política americana, desaparezcan de la misma manera que los partidos comunistas. Sean ustedes, pues, dóciles a la naturaleza, a la historia y al buen sentido. Dejen a Europa entregada a su propio genio, a su propia cultura, para que encuentre en su pasado y en su sangre soluciones que son las suyas. No violenten esta imagen del mundo que Dios ha creado según su plan y no según las conveniencias de los Estados Unidos. Nosotros no somos negros, no somos amarillos, no somos semitas, no somos americanos. No superpongan su Babel a la naturaleza. Obren según la naturaleza de las cosas: en esto consiste la sabiduría política.

No veo sino un argumento al cual no he respondido aún, si bien no tengo gran cosa que responder. Es grave y si ustedes lo encuentran insuperable se convierte en definitivo, para ustedes, no para nosotros. Tal vez su América tenga necesidad, bajo pena de muerte, de cuatrocientos millones de consumidores europeos, y no está segura de estos consumidores sino a condición de que sean también sus súbditos. A esto no tengo nada que responder, lo repito. Si esta necesidad dicta la política de ustedes, quiere decir que se están firmando de manera brillante los análisis de Lenín y Stalin, que ustedes se acusan a sí mismos de hipocresía y que dan todos los derechos a proceder en su contra. Si es ése su último refugio, están condenados a la guerra y a la más ilegítima y más odiosa de todas las guerras. Permitame creer, por el honor de su país, que el sanedrín de sus comerciantes no impone tan fácilmente la ley a su pueblo. Este libro está escrito para el pueblo americano, por conducto de usted,

y no para los banqueros. Es a la nación americana a quien las fuerzas nacionales de Europa están apelando, es a los nacionalistas americanos a quienes tenemos algo que decir los nacionalistas europeos y no a los banqueros apátridas establecidos en Nueva York. Es necesario que usted comprenda muy bien esto, señor senador. Cualquier solución es posible con el pueblo americano. A pesar del mal que el gobierno americano bajo la dirección de Roosevelt hizo a los pueblos de Europa, a pesar del mal que ciertos funcionarios americanos hacen aún, todos sabemos que ni los recuerdos desagradables ni los rencores deben proyectar su sombra sobre nuestro porvenir. Debemos solicitar, especialmente a nuestros camaradas alemanes y también a nuestros camaradas italianos, que hagan el esfuerzo de olvidar sus terribles sufrimientos y las grandes injusticias que se les han infligido, y que no guarden odio contra un pueblo de quien se ha abusado, sino que se conduzcan como hombres justos que quieren obrar sin pasión. Lo que hay que detestar son las ideas falsas y no los pueblos que han sido arrastrados por malos jefes. Ocurre lo mismo respecto del pueblo ruso. Lo que constituye un peligro es el comunismo y no el pueblo ruso, al cual debemos desejar, lo mismo que a los demás pueblos, la paz y la prosperidad. Con el pueblo americano podrán entenderse siempre los pueblos de una Europa federada. Porque esta Europa, por vigorosa que usted la suponga, no dejará en mucho tiempo de necesitar los productos americanos. Y aun cuando esté equipada para asegurarse, en ciertos dominios, una especie de autonomía industrial, le faltará utilizar su enorme reserva africana, y allí, durante numerosos años, puede haber una salida para la economía americana tanto como para la economía europea. Lo que Europa no puede aceptar es una hegemonía económica de los Estados Unidos, que nos impondría sus productos, sus precios, sus contratos, que nos doblegaría por toda suerte de presiones y que finalmente aboliría por este medio nuestra libertad política. Lo que Europa no puede aceptar más, es que los bancos americanos adquieran poco a poco nuestras empresas, de las cuales se hacen amos por sus empréstitos, controlándolas por una representación discreta hasta que finalmente sus banqueros puedan decirnos un día lo que Tartufo le decía a su huésped: "la casa es mía, hágame el favor de salir." Es a ustedes a quienes les corresponde decir lo que debe eliminarse en la política americana de nacionalismo americano o de capitalismo internacional. Nuestra Europa puede tender una mano leal al pueblo americano, pero no puede aceptar a ningún precio el control del capitalismo internacional. Para ella, ésta es cuestión de vida o muerte.

CAPÍTULO IV

POR QUÉ SE EQUILIBRA EL HUEVO

SUPONGO que ya comenzará a ver las cosas como son, señor senador: toda la cuestión radica en la elección de los hombres. Nosotros no estamos alejados de sus propias concepciones de Europa. Pero penétrese bien de esta verdad. Determinadas cosas con ciertos hombres, eso es Europa; las mismas cosas con otros, eso no es Europa. Las mismas medidas con ciertos hombres constituyen una barrera definitiva contra el comunismo; con otros son el primer paso para la anexión de Europa por los Soviets. Con los unos Europa tiene un alma; con los otros no la tiene y ni siquiera puede tenerla. Elija las soluciones simples porque esas son las soluciones que sirven. Yo le decía atrás: hagan el anticomunismo con los anticomunistas. Ahora le digo: *hagan la Europa con los europeos*.

¿Qué quiere decir esto? Simplemente lo siguiente: no inventen una Europa a su imagen o una Europa según un sistema. No crean que Europa es un producto químico cuya fórmula se pueda encontrar en un escritorio de la Quinta Avenida. Con estadísticas, curvas, diagramas, se hace un trabajo de escritorio y nada más que un trabajo de escritorio. No intenten definir a Europa a través de las cifras aceptadas por ustedes. Tampoco intenten animarla por medio de un fuelle fabricado en sus talleres. Ni pretendan hacerla surgir por medio de hombres arreglados por ustedes. Hagan la Europa con los europeos, significa: déjennos nuestra alma.

Sean prácticos, señor senador. Acepten los hechos. En este caso los hechos son nuestras naciones. Con sus defectos y sus grandezas mezcladas, con su pasado, sus héroes y sus crímenes, porque nada de esto nos es separable, con sus prejuicios y sus golpes de sangre, con sus terribles recuerdos, con sus mañanas gozosas, con sus horas graves y también con sus somnolencias: en suma, con todo lo que hace de ellas seres vivientes. Porque estas naciones no están, como la suya, hechas alrededor de un código o alrededor de una ideología; no tienen, como la de ustedes, una Constitución por texto sagrado y

un legislador por padre. No viven de un *credo*. Se han hecho poco a poco, con el tiempo, como los árboles. Son como esos pólipos compuestos por millares de células que sin embargo no son un solo cuerpo. Tienen un alma, no una ideología. Y esta alma vive por sí misma. Sin ella, no hay nación. Todo reside en ella. Es esta alma de nuestras naciones la que es necesario dejar vivir. Reemplazarla por una ideología es crear naciones de laboratorio, que son tan naciones como un robot es un hombre.

No podemos reencontrar el alma de nuestras naciones sino en el silencio. En el silencio de las propagandas, de todas las propagandas, lo mismo la de ustedes que la de los Soviets. Ustedes piensan que lo que enseñan es la justicia y la sabiduría y que los pueblos no tienen otro medio para llegar a su felicidad. Los comunistas piensan exactamente lo mismo de su programa y tal vez sean más sinceros que ustedes. Europa está ensordecida por estas dos convicciones opuestas que tienen la desgracia de ser ambas pregonadas por representantes reconocidos y hombres de paja. No se extrañen ustedes porque rechacemos lo que lleva la marca americana tanto como lo que es fabricado en Rusia. Tenemos necesidad de estar solos, de volver a ser nosotros mismos, y esto más moral que físicamente.

Es, pues, este repliegue de nuestros pueblos sobre sí mismos, este renacimiento de los nacionalismos europeos, lo que ustedes deben dejar que se haga sin prejuicio. No se pregunte si este renacimiento está de acuerdo o no con sus propias concepciones, ni lo midan con sus reglas, sino procuren contribuir a que se desarrolle según sus propias leyes. Estos principios no pueden ser malos puesto que han sido hasta ahora los que han hecho la grandeza de nuestras patrias.

Las ideas que va a encontrar a continuación, señor senador, contrariamente a las del capítulo precedente, no son de ninguna manera una especie de programa colectivo. Son estrictamente personales y no han estado sometidas a ninguna prueba o examen. Cuando yo digo "nosotros" a este respecto, es impropio. Me excuso desde ahora sobre lo que pienso ante algunos camaradas de quienes me imagino que podrían estar en desacuerdo conmigo sobre lo que escribo. Por otra parte no espere encontrar aquí algún programa o panacea como los que se exponen en los Congresos. No presento proposiciones numeradas como frascos ni remedios soberanos cuidadosamente divididos en doce o en treinta y seis *puntos*. Más bien es una *dirección* lo que está indicado aquí. Afirmo principios, muestro su espíritu y sus consecuencias, pero dejo las aplicaciones y si alguna vez aparece al cabo de mi razonamiento alguna sugerencia concreta,

entienda usted que yo puedo no atenerme a esta solución más que a cualquier otra, que no me obstinaré en ella y que toda idea que sea una justa deducción de estos principios podrá ser aceptada por mí. No vaya a tomarme como a un fabricante de constituciones. Enciendo un fanal y eso es todo.

La riqueza más sólida de una nación es su propia unidad. Ella es el signo de que esta nación es siempre un organismo vivo y no un conjunto de individuos al cual se da impropiamente el nombre de pueblo. Esta unidad, puesto que es la salud y la vida misma de la nación, es lo que debemos defender más celosamente. Es su protección la que debe inspirarnos nuestras reglas de vida nacionales, eso que nosotros llamamos en otros términos nuestra política nacional. Ahora bien, la unidad nacional, como todo lo que se relaciona con la vida misma, es a la vez del cuerpo y del alma. En cuanto sea del cuerpo debe inspirarnos reglas de defensa y de salubridad; en cuanto sea del alma debe inspirarnos reglas de justicia y fraternidad. Y estas reglas no pueden sino fortalecerse al reunirse, porque lo que es del alma no se separa de lo que es del cuerpo, y con frecuencia lo que se refiere a la justicia es también lo que sirve mejor a la defensa y lo que asegura la salubridad es también lo que afirma mejor la fraternidad.

Los imperativos de la defensa nacional son de tal manera conocidos que es innecesario insistir en ellos. Es preciso, sin embargo, declarar aquí que la defensa o el mantenimiento de la unidad nacional no son deberes de circunstancias, deberes supplementarios del Estado, sino que son el deber esencial y aun la razón de ser. El militarismo no es, pues, una disposición enfermiza del Estado, sino su forma esencial. Un Estado es, desde luego, un ejército, y los primeros servidores del Estado, como se sabía bien en nuestras antiguas monarquías, son los que llevan espada. No debemos, pues, avergonzarnos de los Estados militares. Por más que nuestro más profundo deseo sea la paz, debemos tener conciencia de que el ejército es no solamente la garantía, sino la representación de la fuerza y de la unidad de la nación, que debe ser la emanación y la imagen de ésta, y que el soberano, así sea el príncipe o el pueblo, es antes que todo el jefe supremo de ese ejército.

Esto debe hacernos comprender lo que hay algunas veces de sospechoso en ciertos alegatos en favor de un ejército europeo. No es a "la más pequeña escala posible" como debe hacerse lo que se llama la integración, sino, por el contrario, "a la mayor escala posible" que sea conciliable con una dirección única. Porque cada ejército nacional en el interior del ejército europeo no debe ser una

reunión de hombres, sino que debe expresar una "alianza perpetua" manifestada por una dirección única. Pero es necesario hacer aquí otra observación. La protección material de la unidad nacional no supone de ninguna manera el expansionismo, sino que, por el contrario, lo excluye. Los límites reales de nuestros territorios son conocidos. Asegurarlos es nuestro deber. Desbordarlos por anexiones arbitrarias o con el pretexto de bases de seguridad, es robar a los otros pueblos, es estimular una guerra futura, es debilitar la propia unidad por elementos no asimilables. Nuestros propios principios, nuestro propio nacionalismo, nos conducen, pues, a condenar de manera absoluta las mutilaciones impuestas por la fuerza, lo mismo que las que son contrarias al derecho y a los tratados, como el dominio soviético sobre los territorios alemanes, como nuestra propia anexión de los cantones italianos de Tende y de Brigue, o como nuestras pretensiones sobre el Sarre. Aun cuando en una comunidad europea semejantes cuestiones de límites convencionales queden reducidas a la categoría de cuestiones secundarias, debemos por lealtad y por justicia, no despojar a nadie. La Europa que queremos hacer será tanto más fuerte cuanto el derecho de cada uno sea respetado mejor.

Pero la defensa nacional no es sino un aspecto, el más evidente, tal vez el más grosero podría decirse, de la protección de la unidad nacional. De la misma manera que un organismo no está solamente amenazado por otros animales o por cosas, sino también por enfermedades y venenos, la protección de la unidad nacional comienza por la defensa contra el extranjero instalado fuera de las fronteras, pero es inseparable y es naturalmente continuada por la defensa, también necesaria, contra el extranjero que se ha introducido entre nosotros.

Esta necesidad no es de polémica o de mal humor. Aparecerá en toda su fuerza si se recuerda lo que expresé atrás sobre el carácter mortal de las infiltraciones extranjeras. Si se reflexiona sobre las condiciones del mundo moderno se descubrirá rápidamente que el pensamiento es el más poderoso de los agentes de destrucción inventados por nuestro tiempo. La bomba atómica, la misma guerra bacteriológica, no son sino medios pueriles comparados con ese formidable envenenamiento de todo el organismo por un virus imposible de aislar. El pensamiento inyectado por el extranjero en las venas de una nación es peor que el curare. Embriaga y paraliza. En dosis débiles pervierte. En dosis altas hace titubear a naciones enteras como animales ebrios, oscurece el instinto más fuerte, adultera la verdad más evidente. Los pueblos se manifiestan algunas ve-

ces aterrados de lo que hicieron durante su embriaguez: así, la vergüenza de Francia ante su prisionero de la isla de Yeu, o ante el terror de 1793, o ante el de 1944. Algunas veces nunca despiertan y naciones enteras van así al abismo, presintiéndolo, pero sin fuerza para reaccionar y sin ojos para ver.

Por eso, si es importante, si es capital que nuestros países sean defendidos contra la invasión militar que les retira y suprime su existencia física, no lo es menos que nuestros pueblos estén protegidos contra la invasión invisible que les anula su mismo ser, disuelve su voluntad y su fuerza y los convierte finalmente en naciones dependientes, domesticadas, rebaños de otras naciones. Esta defensa interior no es xenofobia, sino buen sentido e imprescindible deber. Consiste para el estadista en vigilar la salud de la nación de la misma manera que un médico vigila la salud del cuerpo. No entraña el ostracismo, sino que, por el contrario, está de acuerdo con el sentimiento de armonía y de orden que es como la impresión que existe en nosotros de lo que es bueno y de lo que es justo. Hubiera podido conducir a un celo excesivo en los tiempos en que Europa estaba dividida por las pretensiones de varios nacionalismos. Pero puesto que hoy los hombres más celosos de las pretensiones de sus naciones se ponen de acuerdo en Europa sobre un programa y un espíritu comunes, no es respecto de una u otra nación vecina que tenemos que defendernos, sino por el contrario, de todo aquello que es inasimilable para el espíritu europeo, de todo lo que nos amenaza conjuntamente, no oponiéndonos emulaciones o prerrogativas antiguas, sino protegiendo a nuestras naciones y a nuestras voluntades de común acuerdo contra lo que es extraño a todos, tal como si Europa fuera una sola nación.

Actualmente dos peligros amenazan la unidad de las naciones de Europa. El uno es muy conocido y ustedes lo sienten tan vivamente como nosotros. Es el escándalo de la actividad que desarrollan en nuestros países los partidos comunistas y otros agentes del extranjero que no ocultan su condición. ¿Aceptan ustedes que permanezcamos inertes ante este peligro mortal, mil veces denunciado, pero jamás combatido? Es un ejemplo tan claro, tan elocuente de infiltración extranjera, y por lo mismo de perversión de la vida nacional, que es superfluo analizarlo. Pero las medidas de policía, usted lo sabe bien, no bastan para desembarazar a un país del comunismo. El verdadero contraveneno es la unidad de la nación, porque sólo ella permite la justicia social, sin debilidades ni trucos, a la cual ninguno de nuestros régímenes puede pretender haberse aproximado siquiera. Esta parte esencial será tratada en otro lugar. Por el mo-

mento quisiera solamente referirme al otro peligro que amenaza la unidad de Europa, el que ustedes sienten menos pero que no es menos grave, el que la propaganda no menciona y que sin embargo es esencial, puesto que explica tanto la impotencia de ustedes como la nuestra.

Usted debe sentir en sí mismo, lo mismo que sus compatriotas, y muy vivamente, hasta qué punto nuestras naciones están en peligro de muerte porque cierto número de hombres de nuestro pueblo profesan ideas aprendidas en el extranjero, consideran los intereses extranjeros antes de considerar los de sus propias patrias, y se regulan en todo por las creencias y las apreciaciones que emanan del estado mayor político y militar de un país extranjero. Este no es sino un caso particular de las invasiones invisibles. Y un caso particular muy simple, porque, en definitiva, los hombres atados al credo comunista no son eslavos sino que son de nuestro país, de nuestra tierra, accesibles a sentimientos y a razones que también nos son accesibles a todos; en suma, hombres recuperables y que no han llegado a ser todavía extranjeros de corazón y de preferencia sino tal vez por un momento, pudiendo volver a ser mañana nuestros compañeros. Pero si le parece, señor senador, suponga que estos hombres sean eslavos; suponga que uno o dos millones de eslavos se hayan naturalizado franceses oportunamente y prematuramente y que a sus convicciones de origen extranjero agreguen sentimientos y reacciones incomprensibles para nosotros, razonamientos extraños a nuestra propia naturaleza, instintos incompatibles con los nuestros. ¿No le parece que la situación de nuestros países sería extremadamente grave? Y si esos hombres ocuparan además los primeros puestos del Estado, si estuvieran unidos por una francmasonería de intereses, de parentesco y de conformidad, ¿no le parece que la situación de nuestros países estaría irremediablemente perdida?

Ustedes conciben en su país hasta qué punto una nación se pone en grave peligro cuando abre excesivamente sus puertas al extranjero y hasta qué punto es importante, es capital, mantenerse en guardia contra tales infiltraciones. El extranjero prematuramente nacionalizado u hospitalizado por el azar de las migraciones es un portador de gérmenes. No sabemos de él sino una cosa, y es que fundamentalmente difiere de nosotros, que en las crisis graves que pongan en peligro la existencia de la nación no reaccionará como nosotros. Y no sabemos, no podemos saber qué vínculos, qué principios extraños, qué venenos le serán amables, dulces y nutritivos. Al recibirlo, al adoptarlo, al hacerlo uno de los nuestros, nos hacemos cargo de un fumador de opio. Sueños monstruosos se agitan en su cerebro y

su mirada ve, a pesar de él mismo, a pesar de nuestras ciudades, más allá de nuestras ciudades, una urbe fantástica, un miraje que le llega por siglos de inestabilidad, de pánico y de profecías. Y su sangre tiene movimientos desconocidos por nosotros, se emociona y se agita ante llamamientos que proceden del fondo de las edades y del fondo de otras tierras. A pesar suyo y aun cuando se aplique a servirse de las mismas palabras, a pesar suyo y sin que pueda considerársele culpable, simplemente porque es diferente, es el receptor más sensible de las ondas que se dirigen contra nosotros. A pesar suyo, porque está sujeto al encantamiento de sirenas lejanas. A pesar suyo tiene oídos y no los ha obstruido con cera como los compañeros de Ulises. A pesar suyo, tiene un corazón. A pesar suyo y aun cuando algunas veces anhele con todas sus fuerzas participar en nuestros sufrimientos y asociarse a nuestro destino y aun batirse a nuestro lado por esta patria que cree la suya, a su pesar y simplemente porque es distinto, es accesible a las ideologías, a los mesianismos, a las divisiones, a las fantasías, a todas las formas menores de la traición que en realidad son las vías más seguras de la misma traición; a pesar suyo, es un agente de disolución de la voluntad nacional, un punto de apoyo, un instrumento inconsciente del enemigo, un canal natural del veneno utilizado contra nosotros.

La existencia de estos receptores cuyas antenas están naturalmente orientadas hacia el exterior a tiempo que son insensibles a las presiones secretas de nuestro suelo, de nuestra sangre, de nuestro pasado, constituiría por sí sola un peligro. Simplemente porque son el terreno fértil sobre el cual la inoculación bacteriológica prosperará sin encontrar ningún obstáculo natural. Desde esos focos de infección oportunamente preparados, se esparcirán, aproximándose cada vez más, convicciones o esperanzas que enervan y dispersan el esfuerzo común, antipatías y supersticiones que lo dividen, corrientes de mala voluntad, de maldad, de egoísmo, que provocan la cólera y el descorazonamiento de quienes sirven lealmente para la protección de todos. Pero estos efectos son infinitamente multiplicados si se ha tenido la debilidad de confiar a estos extranjeros una posición capital en el Estado, en las finanzas, en la prensa. Entonces la voz del extranjero se amplifica y repercute como por millares de altoparlantes. Ensordece e impide que se oiga otra cosa. Un pueblo está cada día alimentado con venenos a dosis elevadas. La venalidad y el snobismo contribuyen a ello. Aparecen intereses que son de los extranjeros y no nuestros y que pesan más en el Estado que los intereses nacionales. Se levanta una formidable conjuración que lo invade todo, dicta sus órdenes, esparce sus máximas y forma a ciclo-

descubierto un Estado dentro del Estado. Los que no son vendidos a esta conjuración o agregados a ella por combinaciones y alianzas, se ven arrastrados en la subordinación política que establece. La mayor parte cierran los ojos y los oídos, no se atreven a comprender y esperan otro porvenir de un imposible milagro. Muchos se callan por miedo, queriendo conservar sus puestos o temerosos de ser afectados en sus negocios, y con la boca cosida no se quejan ni en secreto y se muestran paralizados por el sentimiento de su impotencia. El mayor número de ellos se queja por la desdicha de los tiempos, porque es más fácil acusar a la Providencia que a los poderosos.

De esta suerte el extranjero instalado en nuestras naciones no constituye solamente un punto de apoyo del cual los enemigos pueden servirse contra nosotros, una base cómoda para la infiltración, sino que está en el corazón mismo de nuestros Estados: son el cerebro, el sistema nervioso entero del organismo nacional los que son atacados y gangrenados. Sin que haya guerra, todos los elementos que están interesados en la impotencia de nuestras naciones y por su conducto en la impotencia de Europa, han dispuesto ya sus baluartes, que son formidables. Todas las naciones de Europa, en grado diverso, son en realidad países ocupados. Esta ocupación sin uniformes no los inquieta a ustedes, señor senador, porque les parece que no sirve directamente a los intereses de la Unión Soviética. Pero en realidad sí los sirve y más poderosamente de lo que ustedes puedan pensarlo. En primer término, los sirve estableciendo en Europa el reinado del dinero y de la inmoralidad. Lo que impulsa irresistiblemente a millares de hombres hacia el comunismo es, principalmente, el disgusto por el actual estado de cosas. Agobiados por una vida sin luz, por un trabajo sin esperanza, sintiendo confusamente que su sangre y su vida son explotadas continuamente para engrosar y enriquecer grandes parásitos anónimos, ensordecidos por las voces y el tumulto de las propagandas, escuchan a quienes gritan más fuerte, a quienes prometen más renovaciones y se sirven de la bandera roja para expresar su cólera y su legítimo odio contra el invisible explotador. Esto le explica a usted por qué los partidos comunistas se convierten fácilmente en partidos nacionalistas. Es la pudrición, es la gangrena de nuestros regímenes actuales lo que facilita, antes que todo, el reclutamiento del comunismo. Purifiquemos el ambiente y la mitad del trabajo contra la propaganda comunista quedará cumplida. Pero esa descomposición les sirve también de otra manera. La colectividad extranjera no tiene seguridad entre nosotros sino pronunciándose contra todas las máximas del nacionalismo. Cumple un trabajo de desintegración y de debilitamiento moral. Tiene interés en

darnos almas de esclavos para asegurar su propio reinado. Esos rebuños emasculados son fáciles de gobernar. ¿Qué serán cuando sea necesario batirse? Propaga también los cultos vagos, las sentimentalidades hipócritas. Es necesario adorar a la humanidad y colocarse por encima de todas las patrias. Esto es bien cómodo para todos los que no tienen patria. Pero se ve también todo lo que puede obtener de ello un invasor que se presente como un heraldo de humanidad. Nuestras religiones nebulosas no sirven sino para establecer un día su culto de acero. Han hecho ustedes muy mal, señor senador, en creer inofensivos a aquellos que nos infectan y nos empujan. Ustedes se están preparando un porvenir amargo. La ocupación invisible que ustedes creen favorable es ya el reinado de sus enemigos. Las vanguardias se han establecido ya en Europa. Si las cosas continúan así el Estado Mayor de Eisenhower no tendrá mucho que hacer: Europa caerá como una fruta podrida. Está minada. Los gusanos están adentro. Toda sangre corrompida inyectada en nuestra sangre ha hecho de la Europa actual como de la Turquía de otro tiempo, un "hombre enfermo". Tengan cuidado, ustedes, los que tienen interés en el hombre enfermo. Nadie puede desear más sinceramente la rehabilitación y la fuerza de Europa que un americano inteligente.

Tal es, pues, el más grave, el más esencial imperativo de nuestra defensa nacional, tan capital como nuestro rearme. Debemos abordar con firmeza, pero también con buen sentido y moderación, esta obra necesaria. El objetivo esencial no es eliminar a los extranjeros sino hacer constar su condición de tales. No son su vida ni sus bienes lo que nosotros queremos, sino su influencia. Que algunos de ellos permanezcan entre nosotros en calidad de huéspedes, sin poder mezclarse en nuestra vida política, sin ocupar puestos que puedan decidir la conducción de nuestros negocios, es una situación ventajosa de la cual es seguro que los más inteligentes de ellos mismos se darán cuenta. Porque todo pueblo tiene deberes respecto de su huésped y esos deberes son sagrados, se relacionan con el honor, en tanto que un pueblo que no tiene deberes respecto de los intrusos, tiene por el contrario todos los derechos contra ellos. Nuestras pretensiones son en ese caso muy moderadas y realistas, señor senador, y yo quisiera que usted comprendiera cuánto sacrificio implica eso para nosotros. A esos hombres que nos han causado infinitos males, casi siempre con odio, con el odio que inspiran a quienes se despoja y a quienes se persigue injustamente y a sabiendas, a esos hombres que llegados a nosotros en harapos, se han convertido, gracias a nuestras divisiones, en jueces, y después en maestros, y que hoy hablan más fuerte que nosotros en nuestra

propia casa, les ofrecemos exactamente el equivalente de lo que fué en nuestra historia el Edicto de Nantes, que, dictado por uno de nuestros reyes en una situación análoga, ha sido considerado como una de las leyes más justas y más sabias. No queremos que el odio intervenga en esta cuestión y tampoco nada que se parezca a la pasión. Rehusamos todo lo que pueda parecer una injusticia o una persecución. No queremos tocar a las personas ni a su vida privada. No queremos liquidar el pasado sino porque contiene amenazas terribles para nuestro estado presente y para el porvenir.

Quisiera que usted comprendiera, señor senador, el espíritu de esta restauración necesaria. Yo no puedo entender lo que es odiar a alguien por el color de su piel o por la forma de su nariz. El respeto de mi propio pueblo me ha enseñado a respetar a los otros pueblos. Para esos hombres a quienes el trágico destino de su pueblo hace frecuentemente dignos de piedad, pero a los cuales ni sus desgracias pasadas ni sus decretos de nacionalización dan una sangre y un alma iguales a las nuestras, creo que lo más sabio y saludable es expresar el voto de que encuentren en alguna tierra lejana una patria que les sea propia y que por sí sola los ponga al abrigo de persecuciones y matanzas. Tienen el deber, como nosotros, de salvar su raza y, también como nosotros, tienen el derecho de vivir. Una solución clara y neta es su protección más segura y también su ventaja. En todo caso, amo demasiado a mi país y siento profundamente su vida y su destino, para no estar convencido de que no recobrará su salud y su fuerza sino cuando los hombres de nuestra sangre y de nuestro suelo gobiernen solos el país al cual pertenecen. Ese día las fuerzas de traición habrán perdido la partida, lo mismo entre nosotros que en toda Europa. Reconozca una cosa, señor senador, y téngala por cierta: Si tuviéramos los bancos, la prensa y la policía, tres fuerzas que en este momento no están en nuestras manos, el comunismo desaparecería en tres años de todos los países de Occidente.

Defender a nuestras naciones es, en primer término, volver a ser nuestros propios amos en nuestra casa. Un ejército fuerte contra el extranjero de afuera, una legislación adecuada contra el extranjero del interior, nos producirían gran provecho. Pero ese mínimo es absolutamente necesario. Porque un ejército bajo las órdenes de un poder gangrenado es como si no existiera. ¿Quién querrá batirse para defender las cajas fuertes de los demás y los dividendos de otros? ¿Quién querrá batirse para perpetuar su propia servidumbre?

**

El otro enemigo, que en el fondo es el mismo, es el dinero. El reino del dinero es el reino del extranjero; y también el reino del vien-
tre. La primera cosa que tenemos que decir es que el valor de un hombre no se cuenta en dólares ni la potencia de una nación en cifras de exportación. Por encima del dinero colocamos al hombre; por encima del éxito colocamos la propiedad; y por encima de las cifras de ventas colocamos la disciplina y la energía. En la sociedad que queremos, el comerciante debe ser, como en la India, una casta acomodada, pero poco distinguida. Por encima de él están el soldado, el militante, el trabajador. Por encima están también todas las personas que hacen cualquier cosa por nada. Porque el poder de una nación está en los hombres que están dispuestos a dar por nada su sangre, su vida, su acción; por nada, por el honor. Cuando una nación no tiene tales hombres deja de ser una nación y no es sino un conglomerado de intereses, una sociedad por acciones con cárcel y gendarmes.

Queremos en nuestras naciones, pues, una jerarquía nueva. Queremos también que esta jerarquía se inspire en el espíritu mismo de nuestro tiempo. Disciplinar y ordenar las gigantescas fuerzas espirituales y materiales liberadas por nuestro tiempo es nuestra obra. De ello proviene la prioridad del militante y del trabajador.

El servicio de los Estados modernos comprende dos noblezas iguales: el servicio de la sangre y el servicio del trabajo. El Estado moderno debe ponerlos a los dos en un mismo plano y debe disponer a la vez de una fuerza de choque para la creación y de otra fuerza de choque para la defensa. Las brigadas de trabajo no son menos importantes que las divisiones de selección. Aquéllas son, lo mismo que las últimas, también unidades de selección y representan las mismas cualidades, la misma voluntad de crear y de servir.

Al lado del ejército, el servicio del trabajo es indispensable. Tiene la misma función simbólica: asocia a todos los muchachos de una generación a la lucha continua que una nación debe sostener por su desarrollo, como el ejército los asocia para el esfuerzo continuo que debe sostener para su defensa. Hay una función efectiva más grande: el ejército, en tiempo de paz, puede no servir para nada, pero las brigadas de trabajo sirven siempre. Hay una función moral: coloca al trabajo y al combate en el mismo plano, les acuerda la misma primacía, y eso es justicia.

Porque la nación se expresa por el trabajo tan bien como por el combate, y quienes la conducen al primero tienen el derecho de ser llamados los servidores de la nación con el mismo título que quienes la conducen al combate, y los dos conductores son iguales. Finalmente el ejército y el servicio del trabajo se completan, no forman sino

un solo tipo de hombre, porque los soldados de hoy son los mecanismos de una enorme máquina militar y los obreros de choque son a su vez soldados de trabajo. En unos y otros son necesarias las mismas cualidades: la camaradería, la conciencia, el valor, la paciencia. Y éstas son las primeras, las más altas, las más graves entre todas las cualidades del hombre. Son aquellas que el código no escrito de los hombres ha llamado siempre las cualidades viriles. Son las cualidades de Roma y las cualidades de Esparta. Han hecho las grandes naciones y también los imperios. Se adquieren con la espada en la mano y también con la pala a la espalda, en la lucha contra las cosas y en la lucha contra los hombres. Son las cualidades que nosotros queremos para nuestra Europa. Sobre ellas se harán las selecciones. Los pueblos que sepan encontrarlas podrán vivir. Los otros desaparecerán. Y como creemos en nuestros pueblos y pensamos que esas cualidades existen en ellos, las reivindicamos como fundamentos de las jerarquías del porvenir y pensamos que el servicio de la nación es el más propio para hacerlas aparecer.

No vea, sin embargo, señor senador, las patrias con que soñamos como gigantescos cuarteles. Ese servicio de la nación no tiene sentido sino en el caso de que sea lo contrario de un reclutamiento. Es el gozo lo que debemos mezclar con el trabajo. Y hay un placer en desmontar, en construir, en crear. Hay un placer en el trabajo en común, en la obra difícil, en el esfuerzo del cuerpo y de la voluntad. También lo hay en conducir los tractores, en arreglar los caminos, en construir diques. En Europa nosotros pertenecemos a una raza de fundadores de imperios. Queremos que la juventud de Europa reconozca otra vez estos placeres. Y no solamente que los reconozca sino que se entregue a ellos y que se embriague con ellos. Queremos que haya tanto orgullo en contarse entre los constructores de una represa difícil como entre los vencedores de una batalla célebre. Los que hayan mostrado esas cualidades de soldados y de obreros serán reconocidos por nosotros como los mejores, y es a ellos a quienes una nación bien constituida debería entregar los cargos del comando y del poder. Estaremos seguros, después de esta prueba, de que serán ampliamente los portadores de las cualidades de nuestra raza. Habrán sido seleccionados no por el favor ni por la política, sino por la prueba del trabajo y de la voluntad. No crea que queremos poblar a Europa de reclutas desilusionados a quienes les entregaremos una carretilla además de un fusil ametralladora y que esperarán con impaciencia el día de salida. Queremos que ese servicio de la nación sea como la apoteosis y el triunfo de toda la juventud y que sea el orgullo de su vida. Queremos que en este goce y esta comunidad, su

vida, a los veinte años, adquiera todo su sentido y toda su plenitud. Y queremos también que Europa se construya por sus carpinteros y por su juventud, por su comunidad de trabajo, de vigilia y de gozo. No, señor senador, no queremos que jóvenes alemanes sollozantes vengán a reconstruir entre nosotros la población de Oradour. Pero sueño en el día en que las brigadas de choque irán desde el extremo de Europa hasta nuestro imperio de África a construir mano a mano diques en el Danubio, acueductos en la Apulia y estaciones térmicas en el borde del Sahara. Sueño en el día en que desfilarán a lo largo de nuestras grandes avenidas en filas de a veinte, con el torso desnudo y la pala sobre las espaldas, los muchachos de todos nuestros países al regreso de sus campañas. No serán seguidos solamente de sus tanques sino de las poderosas máquinas con las cuales hayan despedazado las rocas y dirigido las aguas. Llevarán, como las legiones romanas, insignias sobre las cuales se verán nombres de las montañas vencidas y de los desiertos domesticados. Ese día, señor senador, usted verá desfilar a Europa entera. Y no la busque en otra parte, no la busque de otra manera. Europa está en la acción, en la fraternidad del trabajo y en la prueba por el trabajo, en nuestras juventudes mezcladas. No está en las conversaciones, en los acuerdos aduaneros, en las combinaciones de divisas llamadas "pools", ni en los pactos, ni en las convenciones.

Dejo a un lado, porque no es sino una ventaja incierta, todo lo que la economía europea podría esperar de esta masa de trabajo movilizada sobre todos sus puntos débiles. La cifra de los desocupados descendería totalmente; cuestiones que hoy son insolubles encontrarían fáciles soluciones; refuerzos poderosos podrían ser dirigidos rápidamente hacia todos los sectores vulnerables; los precios serían rebajados o a lo menos se dispondría de recursos poderosos para aliviar toda la economía europea; las preferencias dramáticas que se plantean actualmente sobre nuestra producción desaparecerían o se atenuarían. Todo esto puede ser comentado hasta lo infinito. Pero concedo menos importancia a esto, se lo aseguro, que a la transformación moral que este ejército del trabajo y esta selección por el trabajo aportaría para nuestros países. Es la calidad de los hombres lo que me interesa y el peso de su vida: porque sobre ellos reposan la vida y la salud de nuestras naciones.

**

No he terminado aún con el dinero. Contra la potencia del dinero no basta una jerarquía nueva. Es necesario crear también po-

deres. La unidad de los pueblos de Occidente no puede hacerse hoy sino contra el capitalismo internacional. Luchar contra el capitalismo internacional es la mejor manera de luchar a la vez por la independencia nacional y contra el bolchevismo.

El comunismo no dice sino una cosa, pero la dice con fuerza: "ustedes no tienen sino una vida y les es robada". Y muestra un mecanismo monstruoso, una máquina que el mismo Wells no se atrevió a imaginar, un mastodonte bien cuidado, esmaltado, bien aceitado, bruñido, inabordable y dice: "esto es lo que es necesario saltar: esto es lo que les roba la vida".

Tal es el argumento que debemos arrebatarle y no hay sino una manera de hacerlo: tomarlo por nuestra cuenta. Pero entre nosotros este argumento puede ser más completo y más fuerte. Porque, desde luego, para nosotros el capitalismo no carece de rostro. Quién quiera que ataque al capitalismo sin decir quién representa la fuerza agresiva, quién detenta el dinero y el poder del dinero, está mintiendo. Los comunistas mienten cuando dicen que el capitalismo no tiene cara. Sus pretendidos adversarios mienten cuando aceptan esta ficción del capitalismo sin rostro. Nos aseguraremos una ventaja que ningún partido está en capacidad de reivindicar, si desenmascaramos esta ficción, llamando las cosas por su nombre, y con ello les impondremos a los comunistas el terreno de la batalla. Por otra parte, tenemos el deber de explicar tanto a los obreros como a los patronos que la misma potencia los explota y los expropia. La máquina tritura a todo el mundo. Toma la vida y la savia del obrero, la usina del patrón, la riqueza y el patrimonio de la nación. Todos nosotros nos encontramos como gusanos en la calle, desnudos, devorados por los empréstitos: ¿despojados por quién? ¿Explotados por quién? ¿Esclavos de quién? No se sabe.

Nosotros, los nacionalistas, tenemos algo que decir respecto a esto. La nación puede poner su espada en la balanza, como el famoso gallo. Puede decir: "esto basta, todo esto es mío, cada uno a su sitio!" Y puede decir lo que deben ser las relaciones entre el hombre que tiene el dinero y el hombre que tiene sus brazos. Lo ha dicho. Lo dice. Es a ella a quien le corresponde decirlo y a nadie más. Pero solamente una verdadera nación puede hacer esto y no los hombres que nos gobiernan hoy.

Al decirlo, la nación no hace otra cosa que ejercer su derecho de soberana. Porque es la dueña de todo, como el rey, y quien quiera que nos despoja, la despoja, y quien quiera que nos explota, la explota. Hay feudalismos capitalistas. La nación está por encima de estos feudalismos capitalistas, como el rey estaba por encima de los señores

nobles. La nación es soberana de sus grandes señores feudales como el rey lo era de los suyos. Los dueños del dinero no tienen como propiedad sino lo que la nación les concede y esta concesión puede ser retirada en cualquier momento. Si los feudalismos capitalistas se conducen como vasallos leales y fieles de la nación, es decir, si están al servicio del país, su poder puede ser indefinidamente controlado. Pero si obran contra el interés de la nación, es decir, si culminan en la explotación de los trabajadores y en la disgregación de las fuerzas nacionales, la nación posee por sí misma y por simple usufructo de lo que le ha sido concedido, el medio de eliminar los obstáculos que se oponen a su desarrollo y a su unidad.

No hay derechos contra la nación. No hay intereses privados contra la nación. Siendo el soberano, es el árbitro. Las soluciones que impone son elaboradas por el consejo de todos, porque la nación es todo el país, no es una clase levantada contra otra; es tanto el industrial como el obrero. No tiene odio contra el que posee, que es su vasallo y su servidor, y lo escucha como el rey escuchaba a sus condes y a sus barones. De la misma manera, los planes son elaborados por todos. La voluntad de los trabajadores es el motor, pero los técnicos y los industriales aportan su experiencia y dicen lo que es prudente. De esta suerte la nación es la colaboración de todos y su soberanía tiene por consejo la presencia de todos. Ella no tiene que mostrar al enemigo. El enemigo es el que se separa de la nación, el que pone sus intereses por encima del interés nacional, el que rehusa la disciplina y el servicio. Y cualquiera que sea su poder privado, la nación soberana tiene entonces el medio de retirarle todo poder y de reducirlo a la condición de un particular.

Esta concepción es sistemática pero es flexible. No destruye nada ni deja en pos de sí montones de ruinas y huellas de sangre. No cambia nada y lo permite todo. No creo en las fórmulas totalmente hechas, como no creo en las panaceas. Hay entre los jefes de los trusts y de los grandes negocios hombres que no piensan sino en el poder y en el sostenimiento de sus privilegios. Hay también patronos industriales que han comprendido su época, que aprecian y respetan a quienes trabajan bajo sus órdenes, y que posiblemente han empezado como éstos. Los hay también capaces de comprender que el medio más seguro de salvarse a sí mismos es salvar a la nación. ¿Por qué no apoyarse sobre esta diversidad? Si el trabajador tiene derecho a nuestro respeto y a nuestra fraternidad, el que ha montado una empresa, el que ha hecho de ella una fuerza y una riqueza para su país, ¿no es acaso, también un trabajador en el sentido más pleno y más noble del término? Despojarlo o perseguirlo con pretexto de doctrina no es

otra cosa que una monstruosa injusticia y un crimen contra la nación misma. La soberanía de la nación permite tratar de manera diversa y según sus méritos a aquellos que se han construído una provincia en nuestro patrimonio económico, del mismo modo que trata diversamente y según sus servicios a los particulares. Los que se han instalado como chacales sobre nuestra decadencia y nuestra pudrición moral tienen que temerlo todo de una nación soberana. Pero sólo ellos. Un pueblo sano sabrá reconocer a los suyos y protegerlos.

La misma diversidad se aplica a las soluciones. Las legislaciones sistemáticas no valen nada. Las fórmulas que se nos proponen como remedios universales son buenas aquí y malas en otras partes. La asociación capital-trabajo no vale más a este respecto que las nacionalizaciones. Es aplicable algunas veces, pero frecuentemente es una quimera. Uno de los defectos del espíritu francés es el de buscar reglamentos universales. Lo que debe estar unido es el espíritu de la nación y su voluntad, pero los acuerdos y la reglamentación pueden ser infinitos. Un organismo social ofrece tanta diversidad como la naturaleza. Las plantas viven y crecen según una infinitud de mecanismos diferentes, y sin embargo todas miran al sol. De la misma manera, en un país todo el que trabaja y produce debe ser reglamentado por el interés y la salud de la nación, pero las fórmulas que establecen las relaciones justas entre los que trabajan y los que dirigen pueden ser múltiples. Estoy con los que desean seguir en cuanto se pueda el curso natural de las cosas. Y en política, más que en otras cosas, desconfío de los vendedores de electuarios.

Europa es el país del equilibrio. Es ese equilibrio fundamental el que debe inspirarnos nuestras relaciones. El obrero que aporta sus brazos y su experiencia no debe ser, en nuestras fábricas, una máquina ambulante que se va a las seis de la tarde. No debe ser un número en una masa inmensa. Debe comprender y participar. Debe ser como un soldado en una batalla. Es necesario decirle dónde están las dificultades, cuál es la maniobra, de dónde vienen los refuerzos. Es necesario que la empresa sea su vida y también su propiedad. Y es necesario también que trabaje no solamente para su empresa y en una gestión que conoce y por beneficios de los cuales participará, sino también sobre un frente de trabajo cuyos objetivos son expuestos a todos. Es necesario que se encuentre en el centro de una vasta acción, de una enorme batalla, que la sienta como suya y no como de otro. Sólo podrá construirse a Europa mostrándole al trabajador todo esto, asociándolo al esfuerzo colectivo de todos sus camaradas. Que trabaje en el placer y para una Europa obrera y unida, y su vida será transformada.

El principio de la soberanía de la nación me parece el único que permite a la vez guardarla todo y transformarla todo. Este principio aporta la justicia para que la nación sea justa. Asegura la fraternidad, para que la nación sea la fraternidad. Es una amenaza constante contra los patronos antisociales, sin que el castigo de éstos afecte a los demás. Permite mantener, donde hagan falta, las formas más absolutas del capitalismo e ir, también donde hagan falta, hasta las formas más completas del comunismo nacional. Respeta el carácter orgánico de la nación, su carácter de ser viviente y su perpetuo crecimiento. Es conforme a las experiencias de nuestra historia y a la noción misma de soberanía. Permite la esperanza para todos y no exige la abdicación de nadie, excepto de aquellos que se reconocen a sí mismos como fuerzas antinacionales. En fin, realiza lo que buscamos todos: una revolución sin devastaciones.

Esta disciplina de la nación no es contradictoria con la libertad. La propiedad del hombre privado no está amenazada ni tampoco sus derechos. ¿Pero por qué habría que respetar la libertad de especular y la de destrozar, a ciertos grupos? En nombre del librecambio alguien terminará por detenernos en los caminos con una escopeta y el liberalismo se sentirá amenazado si llamamos a los gendarmes. Yo no comprendo lo que es una ley económica que se opone al interés nacional. La supremacía del comerciante desaparece cuando la soberanía nacional entra en escena. El comerciante no es más que un ejecutante especializado. Es la nación la que decide soberanamente de la política económica que quiere seguir, la que fija lo que debe comprar y lo que quiere vender. El comerciante no es más que un subalterno de quien ella dispone. La especulación es por sí misma un crimen contra la nación. Es una de las formas de la traición en tiempo de paz y debe ser castigada como la traición misma. Es uno de los actos más graves contra el trabajo de todos y frecuentemente es una de las formas predilectas de la intervención extranjera. La disciplina nacional no puede acomodarse sin reservas al liberalismo económico. La unificación y la salud de Europa presuponen un período de planificación que la especulación procurará impedir. Esta especulación deberá quedar reducida a la impotencia como todos los otros esfuerzos del egoísmo particular. Y puede ocurrir que sea en este circuito de la distribución donde se libren las batallas más duras. ¿Pero no sería una mentira y un engaño pedirles a los pueblos de Europa un inmenso esfuerzo de trabajo y de producción si al mismo tiempo no se adquiriera el compromiso de que los bienes así creados sean equitativamente distribuidos entre todos?

Todo esto es necesario hacerlo sin brutalidad pero sin debilidad.

No me gustan los controles, las inspecciones, los ruidos de botas: frecuentemente no sirven de nada. Pero el regreso a la propiedad y a la honestidad es una tarea urgente y capital en nuestros países de Occidente. Y no tenemos el derecho de desinteresarnos de ella. No hay porvenir para las naciones de Europa sin la propiedad y la honestidad. No llegaremos nunca a los objetivos que es indispensable esperar, la justicia social, la salud moral de la nación y la fraternidad de los hombres de la misma sangre, si no volvemos a ellas. No aceptaremos vivir en la inmoralidad, en la mentira y en la corrupción. No aceptaremos que quienes trabajan y producen sean perpetuamente esclavos encidos a su molino, girando siempre sin gozo sobre la misma pista. No aceptaremos que se les prometa siempre y que su miseria no cese jamás. Cuando usted lee en sus diarios, señor senador, que el salario mínimo vital acaba de ser *elevado* en Francia a veinte mil francos, es decir, a cincuenta dólares, eso quiere decir que en efecto hay hogares que no disponen de esta cantidad; eso quiere decir que hay hombres que se levantan a las cinco de la mañana para tomar el "metro" y que van a trabajar por menos de ese precio en una cantera situada a dos horas de su casa, a donde regresan a las ocho de la noche, y que eso se repite todos los días. Eso quiere decir que hay en Francia obreros a quienes se va a recoger a sus aldeas en camiones a las cuatro de la mañana y a quienes se pasea en un viaje de tres horas para llevarlos al trabajo: y muchos de ellos son casi niños, que no han tenido ni tienen otra juventud que esta vida esclavizada. Es necesario que sepa, señor senador, que hay miseria entre nosotros y que contra esta miseria no se hace nada. Hay hombres que llevan una vida inferior a la de los coolies chinos: pero ustedes no la ven en nuestros países de Europa a los cuales llaman "grandes democracias". Hay también hombres que ganan mucho dinero por pronunciar discursos en los cuales aseguran que esta situación de pauperismo no continuará así. Todo esto es lo que nos disgusta y lo que no queremos seguir viendo. Es todo eso también lo que constituye un immense peligro. Porque en otro tiempo había razones para esperar. Regímenes con los cuales podíamos no sentirnos siempre de acuerdo, habían logrado imponer a los grandes capitalistas de dentro y de fuera la voluntad del país, o a lo menos poner un freno a sus desmanes. Con frecuencia faltaba aún mucho que hacer para llegar a la justicia social en la cual soñamos. Pero a lo menos había resultados y había esperanzas. Sin revolución, sin ruinas, la vida de los trabajadores venía a ser otra cosa. No se sentían desalojados y aislados en su propia nación, sino que en cierto modo eran la nación misma. Hoy su miseria no es sino un gran río que conduce hacia la guerra y la destrucción. Ustedes han hecho

del comunismo el heredero de todas las miserias de los hombres. Los fariseos predicen en vano por los caminos. Ustedes han hecho de la Rusia roja la patria de los trabajadores oprimidos. Es tiempo de decirles que su propia patria les pertenece si lo quieren y que no tienen necesidad de invocar otra.

Ese derecho sagrado de quienes trabajan y la evicción de sus explotadores económicos y políticos es lo que nosotros deseamos en primer término. Quisiéramos que ese resultado no fuera adquirido al precio de la libertad. Creemos que no existe verdadera antinomia entre la justicia y la libertad. Hace cien años Lamennais decía: "entre el fuerte y el débil están la libertad que opprime y la ley que libera". Es una máxima para los Estados débiles. Por encima del fuerte y del débil está el soberano. Creemos que un Estado fuerte es el único que puede permitirse mantener la libertad sin que opima.

La libertad que deseo, señor senador, es la que deja intacta la libertad de todos y en particular la forma más alta de la libertad de todos, que es la libertad de la nación. Ser libre no es sino una palabra, si el extranjero reina, si es él quien fija los precios de los alimentos y de los vestidos, si es él quien decide de nuestra desocupación y de nuestro trabajo, si es él quien se ha hecho dueño de la prensa y por este conducto de nuestro pensamiento. ¿Para qué sirve esta libertad que choca en todas partes con la necesidad y con una necesidad que nos es prefabricada? Es esta ilusión la que nosotros rechazamos y ese fantasma de libertad el que repudiamos en nombre de la libertad. Queremos ser los amos en nuestra casa, queremos que nuestra voluntad nacional tenga un sentido y que no sea un voto emitido en el aire, una simple frase, cuya realización no permiten jamás los "hechos económicos". Queremos la libertad en cuanto sea la libertad del pueblo, porque es la única manera de obtener la libertad del individuo. Es a esta libertad política a la que damos la prioridad. Quienes nos la rehusan en nombre de palabras como libertad y democracia deben ser considerados como enemigos verdaderos de la libertad y de la democracia. Creemos que la libertad y la democracia comienzan con la independencia, en Europa como en todas partes del mundo, y que fuera de la independencia no hay libertad ni democracia.

Y esta verdadera libertad, señor senador, está tan profundamente grabada en nuestros corazones, que es la razón misma de nuestra posición política. En resumen, ella es nuestro único *casus belli*. Porque si usted nos pregunta por qué estaríamos dispuestos a batirnos, le responderemos que nos batiremos por no vivir en cuarteles, atados como esclavos a las usinas o a los *kolkhozes* que es prohibido abando-

nar, espiados por la policía, sometidos a amos invisibles, pobres hasta el último extremo, o exiliados, o miserables sin saber por qué, apilados en departamentos colectivos semejantes a gendarmerías, obligados a producir o a no producir según órdenes superiores, invitados a hacer hijos o a no hacer hijos, objetos transportables y maleables a merced de los superiores, rebaño de un dios desconocido, no teniendo nada de nosotros, ni nuestro trabajo, ni nuestras casas, ni nuestros hijos, ni nuestra alma. Nos batiremos porque queremos vivir como hombres y no como bancos de sardinas. Pero no queremos tampoco ir a tropezar con otra esclavitud, aun cuando sea atenuada. No soportaremos tampoco que la riqueza confiera los mismos poderes que la tiranía. La vía que tratamos de encontrar pasa entre la justicia y la libertad. Nuestras aspiraciones tienen su origen en nuestra sensibilidad antes que en una teoría. Hay un acto de fe en nuestra reivindicación. Queremos salvar lo más que sea posible de nuestra vida de otros tiempos y encontrar, sin embargo, lo que se adapte a un mundo que es de medidas distintas que el mundo anterior. Esta transmutación que hacemos sufrir a nuestro nacionalismo, haciendo de él la base de nuestros sentimientos europeos, es necesario que se extienda también a nuestro tradicionalismo, para que éste sea el origen de una nueva sensibilidad social.

Esta posición ideológica entre las dos concepciones contradictorias cuyos extremos están representados hoy por los Soviets y por los Estados Unidos es lo que dirige toda nuestra política. Ella le explica, señor senador, por qué no queremos estar en un campo ni en otro: no nos satisfacen las concepciones de ninguno de esos dos campos. Le explica también por qué nos hemos aferrado tan firmemente a nuestra voluntad de independencia: nosotros creemos que sin una independencia total la libertad es ilusoria y la justicia imposible. Defendemos lo que tenemos de más caro, lo que afecta más profundamente a nuestro pasado y a nuestra sangre, cuando buscamos una ruta entre dos rutas internacionales contradictorias, ninguna de las cuales está ni en nuestro pasado ni en nuestra sangre. Sólo remontándonos a las raíces más lejanas de nuestra historia encontramos, no solamente la noción de la comunidad que formamos, sino la línea diáfana entre los sistemas absolutos de la libertad verbal y de la justicia verbal que acaban por traicionar la verdadera libertad y la verdadera justicia. Los mismos problemas, en el fondo, se han planteado desde hace siglos. Nuestro drama no es nuevo, sino que simplemente se representa con otras palabras. Desde hace largo tiempo nuestros viejos pueblos han aprendido que los sistemas conducen a la tiranía, que la libertad de hacerlo todo termina en el poder supremo del más fuerte y que la

igualdad absoluta culmina en una jerarquía de tramposos. Desde hace largo tiempo sabemos también que se han levantado ideales puros, plantados sobre nuestro suelo, salidos de nuestra raza, cuya grandeza no hemos olvidado. El genio de Europa está en este recuerdo.

**

La hora de Europa volverá. Volverá cuando llegue la hora del valor y de la voluntad. No somos solamente una tierra de sabios o de ingenieros, sino que somos una tierra de hombres. Y nuestras derrotas y nuestras ruinas plantan en nuestro suelo, como Cadmio, las piedras de donde sale una raza nueva. Sí, amamos la fuerza, la batalla, la muerte de los héroes: sí, somos una raza de conquistadores. Cuando éramos niños, de un extremo a otro de Europa, en Liceos similares, se nos contaban bellas historias que son las de nuestro pueblo. Todos aprendimos a admirar a ese muchacho de Esparta que se dejaba rasgar el vientre por un zorro sin gritar; y se nos enseñaba también que en la batalla de Azincourt un caballero moribundo se batía gritando: "¡bebe tu sangre, Beaumanoir!" Ese grito quedó escrito en nuestros corazones como si fuera nuestra propia divisa. Toda nuestra historia está llena de pequeños Siegfrieds. Llevábamos en nosotros esos dioses. Y algunas veces la derrota y la mentira pueden hacernos vacilar, pero a pesar de ello tenemos en el fondo de nosotros mismos esa pequeña imagen que un día renacerá. Es ésta la razón por la cual nos decimos que la más grande de las cualidades del hombre es el valor, y por eso pensamos, como los hombres de todas las edades, como los hombres de las antiguas tribus, que un hombre es ante todo un soldado. No un ciudadano, señor senador, sino un soldado. Y todos nos ponemos en filas para formar la corona del hombre, no para las cualidades del ciudadano, sino para las cualidades del soldado: lealtad, respeto de la palabra dada, disciplina, y la más alta, la más antigua y la más bella de todas, fidelidad.

Como usted ve, no es en vano que se enseña a los niños de Europa la batalla de las Termópilas. Todos somos de Esparta, señor senador. Y hacemos poco caso de las virtudes cívicas, la principal de las cuales consiste en respetar al señor prefecto y en temer al señor procurador de la República. Déjenos tranquilos con las fanfarronadas de Atenas. Despreciamos las bocas que soplan el calor y el frío. Nos gusta que un hombre diga lo que es y se sostenga en ello. Estimamos a quienes tienen una fe y no reniegan de ella, aun cuando sean nuestros adver-

sarios. Amamos a los hombres que hacen sentir su peso de hombres. Amamos los oficios que son oficios de hombres: albañil, carpintero, cantero. No amamos a los escribanos, a los empleadillos y a otros dependientes sin importancia. Amamos a los hombres que saben enfrentarse a la tormenta y no se pliegan ante ella: no amamos a los llorones y los lacayos del más fuerte. Amamos a los que desprecian el dinero y confían en sus propias manos: no amamos a los que leen el curso de la Bolsa. Olvidamos más fácilmente los crímenes que las bajezas. No amamos al que intriga, sino al que es franco. No estamos convencidos de que un voto mayoritario indique siempre la mejor vía y preferimos que una opinión la imponga por su fuerza y por su precisión. No nos atenemos esencialmente a la castidad, que nos parece excelente para las mujeres. Nos parece poco importante que un hombre sea profundamente adicto a la Carta de las Naciones Unidas, porque lo esencial es que ese hombre sea justo y recto. Tales son las verdades que hemos extraído del "Epítome", señor senador. Si usted las considera rechazables, considera que la cultura grecolatina da una mala educación.

Somos profundamente adictos a la paz: le he dicho por cuáles razones vitales. Las cualidades que son virtudes de la guerra queremos traducirlas y exaltarlas en la paz. Y la paz no ofrece menos ocasiones de ejercerlas que la guerra. La lucha contra la miseria y por la libertad demanda tanto heroísmo como el combate por las armas, y la misma clase de heroísmo. Tenemos que batirnos en todos los países: en Occidente contra la mentira, contra el odio, contra la injusticia, contra la explotación. Tenemos que batirnos constantemente para ser hombres libres. Las virtudes del soldado son necesarias a todas horas. Ustedes quieren combatir al comunismo. Sepan comprender que la fuerza del comunismo está en esos hombres que se han dado íntegros a un ideal, que ponen al servicio de su partido todos los instantes de su vida, y si es necesario su vida misma, y que se designan en el vocabulario de la política con la misma palabra que quiere decir soldado: *militante*. Queremos formar en Europa *militantes nacionales*. Queremos oponer a lo que es la fuerza y el alma de los partidos comunistas, el *militante comunista*, lo que ha sido y lo que debe ser la fuerza y el alma de los partidos nacionales: los *militantes nacionales*. Y llegamos a desear que los hombres, algunas veces admirables, que sirven hoy en el partido comunista sean mañana nuestros camaradas y comprendan la grandeza y la justicia de nuestro ideal nacional y europeo. Queremos hombres que sean duros y queremos que sean también desconfiados. Queremos hombres que confiesen la verdad y que sepan reconocer y despreciar a los falsos profetas. Queremos que sepan escuchar y discernir y no tememos a su curiosidad. Queremos que sean des-

preciativos. Queremos que su sangre sea la sangre fiel del guerrero, que sean implacables contra el error y contra la mala fe, y que sean dulces con los débiles como lo son siempre los hombres fuertes. Queremos que sepan sufrir. No los llamamos para la riqueza y para los honores, sino para las pruebas y las persecuciones, en las cuales serán calumniados, cubiertos de lodo y de infamia: los llamamos para el sacrificio y para la pena. No es otro el destino que les ofrecemos. La justicia y la libertad sólo se consiguen a ese precio.

Cuando Europa haya visto levantarse esta cosecha, cuando haya en nuestros países de Occidente algunos centenares de millares de jóvenes sin miedo y sin tacha, apasionados por la justicia y la independencia, entonces no habrá que temer al comunismo, porque habremos hecho de Europa una ciudadela inexpugnable. Pero para esto es necesario despertar a los muertos que hay en nosotros. Nuestros pueblos de Europa estuvieron formados por esos hombres, que son parecidos a aquellos de quienes le he dicho que hicieron nuestra historia, es decir, esta civilización occidental que se llama también civilización cristiana. En su tiempo se los llamaba caballeros. Y en el lenguaje de su tiempo se les decía lo que yo acabo de explicarle, señor senador, en el lenguaje de nuestro tiempo. Después se les entregaba una espada. Esta espada, semejante a la cruz de Cristo, era símbolo de su valor y de su rectitud, les enseñaba que la sangre no debe decaer, y era al mismo tiempo y por el mismo hecho el símbolo de su vocación cristiana. Y no se le ocurría a nadie, en aquel tiempo, decirles que el juramento que hacían de ser hombres no estaba de acuerdo con el personalismo de ciertas revistas bien pensantes. Se los enviaba cubiertos con su casco a defender los caminos y a conquistar provincias para la cristianidad, es decir, a defender al Occidente contra otros pueblos que tenían otros dioses. Fueron los hombres que hicieron nuestra tierra, esta Europa de otro tiempo con los límites que usted conoce. No eran todos santos ni tiernos corderos. Bebían licores secos, juraban con firmeza, golpeaban duro y pasaban una buena parte de su tiempo en la caza con halcón o en el juego de pelota. Y en todo caso actuaban como modelos, encarnaban un pensamiento justo y fuerte. Aun cuando no fueran buenos caballeros, aun cuando se hubieran hecho felones indignos, estaba por encima de ellos, y esto era lo esencial, la noción de caballería, el respeto al juramento y a la espada, el culto del honor y de la fidelidad. Fué a causa de ellos, aun si fueron indignos, fué a causa de ellos, aun si, en realidad, esta imagen fuera pura ilusión, que los descamisados, los siervos y los descalzos de los cuales yo desciendo, supieron conducirse como hombres, y que de tiempo en tiempo, en la historia de nuestros pueblos, semejantes a sus señores, sabían

lo que era necesario hacer. En ese tiempo el Occidente tenía un alma. En ese tiempo, el Occidente, la cristianidad del Occidente, no tenía necesidad de buscar defensores. Usted puede volver a ver ese tiempo, señor senador. No será un milagro: será simplemente un despertar. Pero se lo digo por última vez, es necesario que ustedes no sigan engañándose con los hombres.

ÍNDICE

	Pág.
<i>Nota del traductor</i>	9
CAPÍTULO I. — El huevo rueda	11
CAPÍTULO II. — Por qué rueda el huevo	43
CAPÍTULO III. — El huevo se equilibra	67
CAPÍTULO IV. — Por qué se equilibra el huevo	103